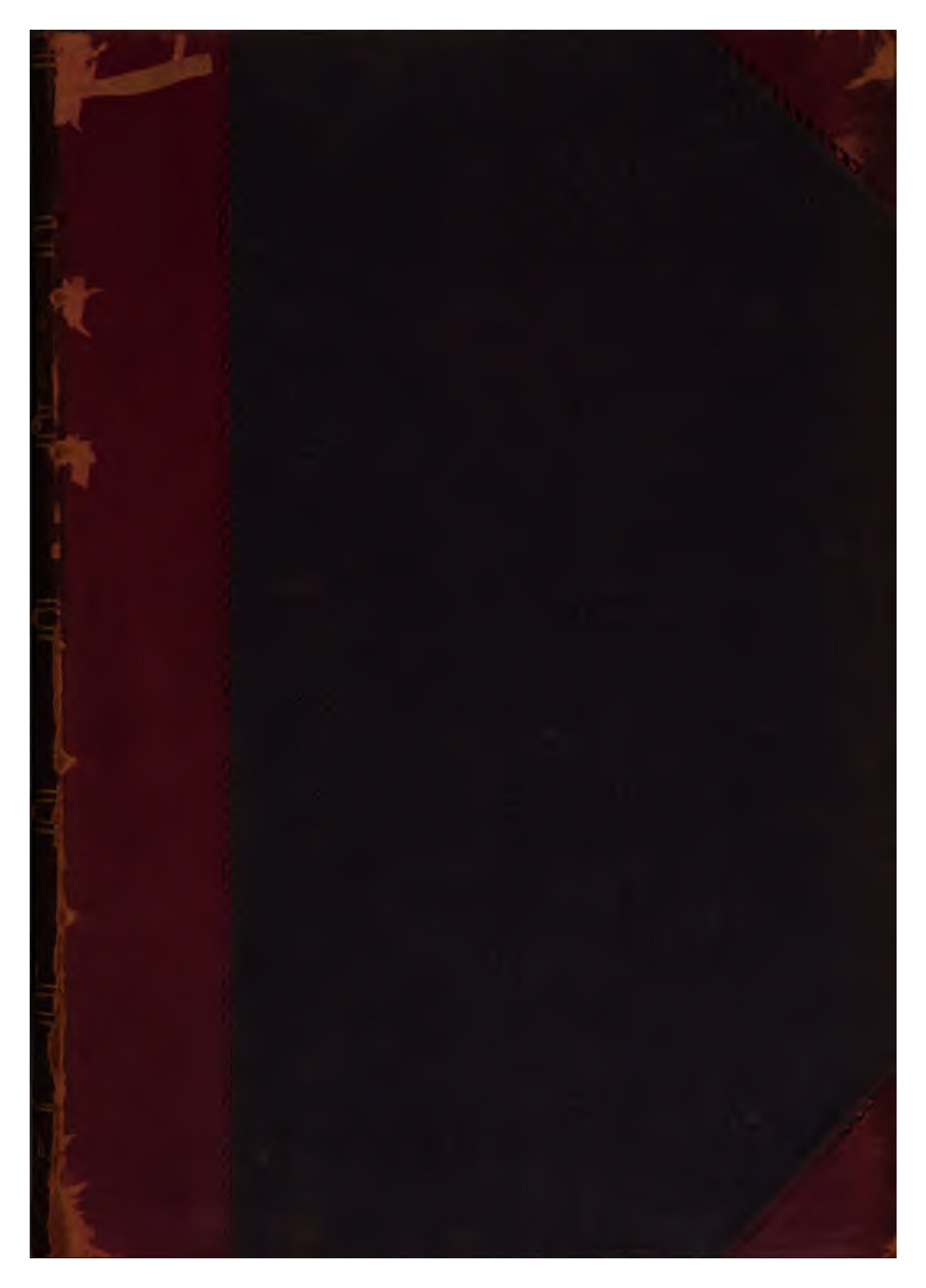




86



MEMORIAS

DE

SAGUNTO

POR

Don Vicente Boix

CRONISTA DE VALENCIA

VALENCIA:
IMPRENTA DE JOSÉ RIUS.
1865.

SAGUNTO.

A Mr. A. Neubauer
en testimonio de aprecio
el autor
Boix

SAGUNTO.

A Mr. A. Neubauer
en testimonio de aprecio
el autor
Boix

MEMORIAS

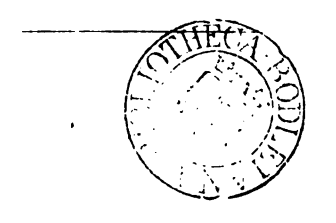
DE

SAGUNTO

POR

DON VICENTE BOIX

Cronista de Valencia.



VALENCIA:
IMPRENTA DE JOSÉ RIUS, PLAZA DE SAN JORGE.
1865.

INTRODUCCION.

Sin pretensiones de ninguna clase y sin otro objeto que el de recoger, como he practicado hasta ahora, los mutilados vestigios de un pueblo inmortal, cuya historia honra tanto á la nacion española, y cuyos destrozos se ocultan bajo el manto espléndido de nuestra querida Valencia, me he acercado respetuosamente á las grandes ruinas de SAGUNTO, para admirarlas y dirigirlas mi tributo de entusiasmo, como español y como valenciano tambien. Hace mas de veinte siglos que el tiempo, corroyendo menos que la mano destructora del hombre, esos monumentos de otras generaciones de titanes, ha visto pasar sobre ellos, en desordenado tropel, los multiplicados acontecimientos del tránsito de los pueblos, que han derrumbado al paso, piedra por piedra, las obras colosales de los ilustrados hijos de Zacynto. El romano respetó sus penates, porque eran unos mismos sus dioses, y los visitó con religiosidad, por gratitud al menos. El godo, el vándalo, el alano y el suevo, vieron las ruinas, sin detenerse á contemplarlas, porque no comprendian su grandeza pasada; y es que estos pueblos venian entonces á la vida política, escapados de los bosques, para dar comienzo á su existencia histórica. Los árabes y los moros se detuvieron aterrados

á la vista de aquellos ennegrecidos paredones, que les recordaban otras ruinas de la Siria y de la Mauritania, y acamparon silenciosos al pié de estos escombros, levantando sus casas, parecidas á sus aduares, con los despojos del pueblo griego y latino: acaso buscarian un asilo en esta soledad de destrozos algunos hijos de los soldados de Anibal y de Ingusta, durmiendo á la sombra de la destruida ciudad y sobre las cenizas de sus antepasados. Morvedre mereció de los árabes la honra de tener reyes; y en tiempos del Cid, parecia que los moros, reuniendo el valor de los saguntinos y de los cartagineses, pues señores eran de los restos de Cartago y de Sagunto, trataron de renovar los prodigios de otra edad, defendiendo con desesperada bravura las piedras, que aun debian conservar entonces las manchas del incendio, que las hizo volar.

Cuando Jaime el Conquistador mostró, desde su campamento de Burriana, donde salvaba milagrosamente su vida del puñal de un enemigo desesperado, la Cruz del Redentor, sus rayos llenaron de luz las aventadas ruinas de Sagunto, abandonadas por sus dueños, y ocupadas en seguida por el invicto aragonés, que se descubrió al saludarlas por primera vez. Su génio organizador planteó una administracion, á fuero de Aragon; y Murviedro se levanta desde aquella época, adornado con todos los despojos de los siglos anteriores, para ocupar siempre su puesto en la historia político-cristiana de Valencia, desde las sangrientas guerras civiles de la Union y de la Germanía, hasta su heróica resistencia á las legiones del primer Napoleon, regidas por el bravo é inteligente mariscal Suchet. Su alcázar, que encerró los dioses de la Grecia y de los iberos, las tumbas de ilustres saguntinos y la capilla de nuestros batalladores de la Independencia y de Isabel II, ha servido de centinela avanzado à su bella capital, conservando en todos tiempos su importancia, hasta que la han inutilizado las condiciones que ahora tiene el arte de la guerra. ¡Quién sabe si un dia volverá á resonar en sus recintos el canto de los soldados, guardando otra vez esos escombros venerandos!

Al hollarlos las generaciones, que nos han precedido, con indiferencia unas, con sus furores otras, no han dejado de separarse de sus grandes grupos, hombres pensadores, génios luminosos que se han detenido; y sentados sobre una de sus piedras, han evocado sus recuerdos históricos: y allí se han congregado Tito Livio, Aulo Gelio, Apiano Alejandrino, Strabon, Polibio, Plinio, Silio Itálico, Ciceron, el Nubiense, Viciana, Beuter, Escolano, Mariana, Zurita, Miñana, Martí, Ortiz, Borrull y otros mil, para cantar su historia y mostrar las bellezas que encierran esos restos despedazados. Los sábios de todas las naciones y los sábios que hablan nuestra lengua, los reyes y los príncipes de todos los tiempos se han detenido al pié de esas profundas grietas de los muros carcomidos del téatro saguntino, para inclinarse ante la grandeza de un pueblo de héroes, cuya memoria se ha invocado en la defensa de la patria, como el mas digno de los egemplos de valor y de lealtad. Muchos de los elevados personages, que han ido á ofrecer su tributo de respeto, han pensionado á hombres celosos para que conservaran esos venerables destrozos, y todos, al retirarse, y volviendo una y otra vez la cabeza, para saludarlas de nuevo, han esclamado: ¡Qué lástima!

Y este grito, que arranca la presencia de esos monumentos que desaparecen, no es mas que el eco fiel de la esclamacion, que todos vienen repitiendo de generacion en generacion; mientras el tiempo por una parte y la ignorancia por otra, prosiguen su trabajo incesante de zapa, que está minando esas construcciones, sin dar paz á la mano.

Cada siglo ha dejado una memoria del estado que entonces presentaban estas reliquias; y yo me apresuro á bosquejar el que tienen en mi tiempo, para añadir mis borrones al gran cuadro histórico y artístico, que los pasados han ido delineando. Lejos, muy lejos está de mi insignificancia literaria, la presuntuosa idea de ofrecer un trabajo completamente académico: mis aspiraciones no han alcanzado jamás á esa altura; y lo confieso con toda

la sinceridad de mi alma. Mi objeto es coleccionar cuanto ha llegado á mi conocimiento y cuanto he visto y observado, para reunir en un solo opúsculo, los vestigios históricos que he encontrado en las obras importantes de los historiadores y memorias de otros escritores, mas dignos que el humilde cronista de Valençia, en la mitad del siglo XIX. De este modo habré cumplido el compromiso contraido delante de una autoridad, para mí muy respetable, y delante del mismo pueblo de Murviedro, que se dignó espresarme solemnemente su deseo, en un acto que me fue escesivamente honroso. De este modo no habrá en nuestro antiguo reino un escombro, que no haya removido, un sepulcro que no haya saludado, ni un hecho grande á quien no haya dirigido mi profunda admiracion; y de este modo proporcionaré con mi pobre *Memoria*, si no un mentor ilustrado que conduzca instructivamente al viajero, para hacerle comprender toda la magestad de esas ruinas, un cicerone al menos que le mostrará lo que existe y le referirá lo que otros dijeron, y lo que cantaron otros.

Tal es, pues, el objeto de este opúsculo, que me atrevo á recomendar á la indulgencia de mis lectores, que no encontrarán las disertaciones luminosas de hombres competentes, sino la narracion y la descripcion de los hechos y de los monumentos, redactada con la mayor ingenuidad y buena fe. ¡Ojalá mis escasos talentos correspondieran á mi voluntad! Conténtome, sin embargo, con ser uno de los mas oscuros operarios que trabajan por la gloria de España y de Valencia, sin pretender que se grabe mi nombre en el monumento, que se levanta en honor de nuestra patria en el siglo actual. A tanto no aspira mi ambicion, y moriré tranquilo si mis contemporáneos dicen á la posteridad: «nuestro cronista fue útil á Valencia.»

FUNDACION DE SAGUNTO.

La Edetania fue en tiempo de la dominacion latina una de las regiones mas bellas y ricas de la España tarraconense, y tomó su denominacion de Edeta (Liria), aunque tambien se llamó Sedetania, por la costumbre, no estraña á los romanos, de añadir la letra s á las voces que, en los idiomas orientales hebreo y griego, comenzaban por vocal; así de ex pronunciaron sex y de epta septem.

La estension de la Edetania, segun las tablas de Tolomeo, comprendia todo el territorio que se estiende, por una parte, de Cæsaraugusta (Zaragoza) á Valentia; y por otra las costas del Mediterráneo hasta la desembocadura del rio Idubeda (Mijares). Abrazaba además las faldas orientales de Idubeda (sierra de Espadan); y por el occidente de Alcora hasta Mosqueruela, llamada Osikerda, dejaba un gran triángulo, para la Ilergavonia, que alcanzaba hasta Jerta, y encerraba toda la costa y la orilla del

Ebro con las vertientes orientales de las sierras de Eslida, Espadan, Peñacolosa, Puerto Mingalbo, Aliaga, Montalvan y Sierra Palomera. El occidente de estas sierras pertenecia á la Celtiberia, separada completamente de la Edetania por toda la estension de la sierra de Espadan.

Las ciudades mas importantes de la Edetania, eran Damania (Domeño), Edeta (Liria), Valentia (Valencia), Sepelaco (Onda), Arctalias ó Carctalias (Artana), Oleastrum (Eslida), Osikerda (Mosqueruela), Leonica (Castelserás), Etovisa (Ervés), Anitorgis (Benifazá), Lassira (Alcañiz), Arsi (Lezera), Bernama (Hijar), Belia (Belchite).

En esta region, tan estensa como notable por su poblacion y sus riquezas, y fraccionada actualmente en diferentes zonas que constituyen numerosas provincias, se halla la de Valencia y á cuatro leguas de su capital la respetable villa de Murviedro. El castillo, á cuyo pié se estiende la poblacion moderna, está situado entre los 39°38'34» de latitud Norte y los 3°25'14» de longitud Oeste.

La villa de Murviedro se levanta sobre la falda occidental de un monte que forma uno de los estribos mas avanzados de la sierra de Espadan y en la entrada de un valle fértil, variado y delicioso. Besa sus paredes el rio Palancia, á quien Pomponio Mela dió el nombre de Serabis, y cuyas avenidas han arrastrado con lamentable frecuencia los restos históricos, que existian aun inmediatos á sus riberas. Su cielo es puro, su atmósfera perfumada y la rodea una magnífica y variada vegetacion. Desde la salida del valle hasta el mar y á la una y otra banda del monte se estienden dilatados campos que forman una inmensa alfombra que se admira tendida desde Valencia hasta Almenara, que es cuanto alcanza la vista. Multitud de pueblos alzan sobre ese mar de verdura sus torres elegantes, y en último término las aguas tranquilas del mar Mediterráneo en toda la estension que Plinio llamaba Seno Sucronense. Desde lo alto del castillo se contempla este mismo panorama, embellecido con los accidentes que ofrece al norte la cadena de montañas que se agrupan,

creciendo, sobre la cintura del gigantesco Espadan, perdiéndose sus cumbres en el horizonte. ¡Qué pintoresco es aquel cuadro magnífico que la naturaleza despliega desde el apartado cabo de San Antonio, hasta las costas de Oropesa, encerrando los recuerdos de Dianium (Denia), Sætabis (Játiva), Sucro (Alcira), Edeta (Liria) y Aphrodisium (Almenara), habitados ahora por pueblos agrícolas y egemplarmente laboriosos! Sobre todos y en el centro de este imponente panorama, se descubre la poética Valencia, coronada de torres, y ceñida por infinitos pueblos de orígen árabe, y cuyos nombres recuerdan sin cesar la dominacion de la raza muslímica. La historia y la poesía vienen á encantar la imaginacion del viajero, que se detiene á contemplar desde lo alto de los muros del castillo el variado cuadro desplegado al pié de aquellas construcciones venerandas. Sentado sobre ruinas, respirando una brisa deliciosa, inundado por la claridad de un cielo azul, trasportado á los tiempos heróicos, cuyos escombros investiga, el viajero se siente trasportado á una region apacible, en que solo se percibe el susurro de las abejas, y el canto de los pájaros, hasta que le vuelve al ruido del mundo el agudo silbato de la locomotora, que anuncia la marcha del siglo XIX y que cruza ahora esos campos saguntinos, sin dispertar con su inmenso fragor á las generaciones de gigantes que se ocultan en su seno.

La villa de Murviedro, pacífica, labradora y deliciosamente dormida al arrullo de las auras del Serabis y á los gemidos, que el viento forma en las grietas de los elevados muros carcomidos de su célebre teatro y descansando sobre restos de gran recordacion, ocupa una parte de la inmortal y celebrada Sagunto, cuya memoria se perpetúa con respeto en el mundo de generacion en generacion.

Vamos, pues, á descubrir su orígen y añadir otra nueva ofrenda, siquier sea la mas pobre de todas, en el altar de gloria que los siglos conservan en su honor. Para encontrar á los primeros pobladores, es preciso remontarnos sin

embargo á la apartada época en que el pueblo griego despedia con frecuencia á multitud de aventureros y especuladores, que abandonaban el cielo de la Jonia, para llevar á remotos paises su lengua, sus costumbres, sus creencias y su civilizacion. Aquel pueblo, tan ilustrado como inquieto, se difundió por todas partes, desde el Asia Menor hasta las ensenadas mas ocultas del Mar Negro, desde el Nilo hasta el Báltico, hasta las costas Meridionales de la España y de la Galia y hasta la africana Cirene. «A estas colonias, dice el profundo y erudito César Cantú, corrian los jóvenes en busca de aventuras; de riqueza los comerciantes, y de reposo los vencidos: las repúblicas enviaban allí la gente revoltosa y el esceso de su poblacion; pues en las aristocracias, mas ó menos liberales, se miraba la administracion del Estado, como una fuente de ganancia, y los privilegiados querian reducirse al menor número posible, para disfrutar de mayores ventajas.

»Robusteciase con esto la aristocracia, pues los fundadores de colonias eran tenidos en ellas como sagrados, y la gratitud les elevaba á la categoría de reyes. Se repartia el territorio entre los colonos, observándose en el reparto aquella igualdad que fue el sueño de todos los estadistas griegos; pero duraba poco, y los que se enriquecian, volvian á la madre patria. Estas colonias hacian revivir en tierra estraña los nombres de sus paises nativos, como las nuestras han llenado la América y la Nueva Holanda de nombres europeos. La comunidad de origen no llevaba consigo comunidad de pensamientos, sino que éstos se desarrollaban segun las circunstancias locales. Las que fundaban los desterrados, eran desde luego independientes; y las que enviaba la metrópoli, seguian por lo general sus leyes, conservando los sacerdotes y los magistrados de la madre patria. Careciendo luego ésta de fuerza para dominarlas, debilitábase la dependencia y no quedaba mas que una alianza, cuyo vínculo era la comunidad de orígen y de religion.

»La principal fuente de su prosperidad era el comercio:

situadas en felices regiones y llamadas á constituir cada cual un gobierno y una administracion, multiplicaban los esperimentos y hacian madurar las ideas políticas y con ellas el desarrollo de la inteligencia: por esto salieron de las colonias los ingenios mas insignes de Grecia, como Herodoto de Halicarnaso; Hipócrates y Apeles de Coos; Homero de la Jonia; Tales de Mileto; Pitagoras de Samos; Jenofonte de Colophon; Anacrente de Teos y Anaxágoras de Clozomene. La arquitectura creó allí las órdenes jónico y dórico; la filosofía tomó su primer vuelo en Jonia; y en suma, las colonias griegas sirvieron como de conductos, para trasmitir á Europa los conocimientos de Asia y Africa.

»Aun despues de separadas de la madre patria, le conservaban aficion, pues de ella tenian las instituciones, las leyes civiles y políticas y el culto. Las colonias enviaban ofrendas al Apolo de Delfos, al Júpiter de Clide, y á la Palas de Atenas. Además, el derecho de hospitalidad, que se egercia entre los habitantes de los varios estados de Grecia, se estendia á las respectivas colonias, de donde resultaba que éstas contaban en la metrópoli con protectores, que les daba acogida en sus casas, los defendian y solicitaban el buen despacho de sus negocios. No solo asistian á los juegos públicos y á las solemnidades religiosas, sino que podian concurrir tambien á disputar los premios. Hallábase establecida en las colonias la libertad de esportacion é importacion con respecto á la metrópoli: ésta admitia entre los ciudadanos *(isopolitia)* á los colonos que lo merecian: y cuando los ciudadanos de la madre patria iban á las colonias, egercian allí la presidencia *(proedria)* en los sacrificios y fiestas públicas y se les admitia en las Asambleas del Senado y del pueblo.»

Con las mismas condiciones sociales, que tan bien describe el inmortal historiador citado, vinieron á las costas de la Edetania, en el golfo Sucronense, unas bandas de aventureros, salidas una de las tierras del Lacio en Italia; con el nombre de Rutulos, hijos de Ardea; y la otra de la frondosa isla de Zante ó Zacyntho *(nemorosa Zacynthos,*

de Virgilio) (1); y despues de haber reconocido sin duda las playas, entonces salvages y solitarias de Valencia, se fijaron por fin en el pintoresco valle que forman las faldas estremas de Espadan, bañado por un rio de límpida corriente y protegido por un elevado monte, cuya cumbre ofrecia todas las ventajas de un Acrópolis, como en Atenas. Con un cielo sereno, una vegetacion exuberante y un clima suave que recordaba el Mediodia de Italia y el mar de la Jonia, se decidieron á establecer su colonia entre el rio que se llamó Serabis y el monte que debia servir de defensa á los nuevos pobladores. Es probable que, ora vinieran á un tiempo los rutulos y los griegos, ora unos en pos de otros, se les unieran algunos iberos edetanos, turboletas, ó segobricenses, cerca de cuyos pueblos establecieron la colonia.

Segun el cómputo mas probable dieron principio á la fundacion de Sagunto en el año 3,300 de la creacion del mundo, 700 antes de Jesucristo, cuarto de la olimpiada XVIII y 40 de la fundacion de Roma.

Segun Plinio, distaba tres mil pasos del mar; y segun Polybio siete estadios ó una milla, y en tiempo de la dominacion romana, se hallaba como lo indica el itenerario de Antonino, entre las mansiones de Sepelacó (Onda) y de Valencia, correspondiendo al convento jurídico de Cartagena, que comprendia hasta la orilla derecha del rio Idubeda (Mijares). Los romanos daban el nombre de *mansiones* á los puntos donde pernoctaban las tropas, situándolas á cuarenta kilómetros próximamente una de otra. Sagunto, colocada entre las mansiones de Onda y Valencia, serviria tal vez de una de las *mutationes*, las cuales no eran otra cosa que puntos de descanso entre las mansiones.

---

(1) La isla de Zante se halla en el mar Jonio, frente de la costa de la Elide ó Elis y cerca de la de Mesenia. En el dia pertenece al gobierno de las islas Jónicas.

PRIMERA ÉPOCA DE SAGUNTO.

No es fácil determinar con exactitud matemática el área que ocupaba la primera poblacion; pero siguiendo cuidadosamente la línea de restos notables, que se encuentran en toda la estension de la villa moderna por la parte del monte, se colige que la ciudad primitiva comenzaba al pié del castillo, que mira al mar y se prolongaba por toda su falda hasta internarse en el valle entre el acrópolis ó ciudadela y el rio Serabis, cuyo álveo se hallaba entonces indudablemente mas distante de lo que está en el dia. Fuera de este perímetro, que no presento mas que como hipotético, no se han descubierto bastantes vestigios, para presumir la existencia de la primera poblacion, fuera de los límites que acabo de indicar; y todo induce á creer que la villa actual está asentada, al menos su zona mas alta sobre la antigua, formando la línea divisoria la angosta calle Mayor, incluyendo las casas de una y otra acera, que ofrecen restos antiguos, sobre los cimientos de la vieja

Sagunto. Alzanse todavia vestigios de viejos muros y torres de diferentes épocas, que dividen la poblacion de Murviedro en dos porciones que caracterizan perfectamente el orígen antiguo de la una ó sea la mas alta y el moderno de la otra ó la mas baja, desde la calle Real hasta el rio. Hállanse en la primera y sobre la falda del mismo monte en que se levanta el célebre Teatro Saguntino, una série de piedras labradas de inmensas proporciones y que afectan el carácter de las obras ciclopeas en su segunda época, que nos recuerda las de Troya y de Babilonia y de Tebas y de Palmira. Prolongando una línea desde este punto hácia el interior del valle se encuentran vestigios de algunas torres, colocadas á convenientes distancias, formando en aquel estremo un ángulo bastante agudo, cuyo segundo lado se descubre entre la villa vieja y moderna, y que parece terminar en el arrabal cuya parte mas alta se comprendia dentro de los muros de Sagunto. Su figura, pues, parecia ser la de un triángulo, si no engañan los vestigios encontrados, dejando fuera de muros el teatro en la parte del monte y el circo en el llano á bastante distancia entonces del cauce del Serabis.

Para investigar aproximadamente las construcciones y las costumbres de la primitiva poblacion, es indispensable distinguir dos épocas en la existencia de Sagunto: una que pertenece á los tiempos que precedieron á su gloriosa ruina y otra á la restauracion verificada por los esfuerzos de Scipion y proteccion decidida del Senado romano. La primera humilde, rústica y privada de ornato, y la segunda engalanada con los progresos de la civilizacion artística, que Roma habia comenzado á apreciar, despues de la segunda guerra púnica. La primera época ofrece la simplicidad griega de los tiempos inmediatos á la destruccion de Troya, y el valor de la raza pelásgica: la segunda el lujo y la ostentacion de la raza latina, despues de sus conquistas en el Asia.

Siendo los primitivos pobladores de Sagunto de orígen griego, debieron conservar por muchos tiempos el gusto y

las costumbres de la madre patria, modificadas, hasta perder su carácter primitivo, cuando se confundieron con los romanos, cuya alianza les habia sido tan costosa.

A imitacion de las ciudades helénicas, los saguntinos ciñeron con muros su nueva patria, abriendo puertas y trazando calles regulares *(eurri-aguya);* y en medio la plaza pública para la asamblea de los habitantes, las fiestas, las epæas ó cantos populares, y los juicios, rodeada de asientos de piedra, destinados á los próceres, segun el testimonio de Homero.

La construccion del suntuoso templo de Vénus en el Aphrodisio ó Almenara, corresponde indudablemente á esta primera época saguntina; aunque no es de suponer, que la primera colonia desplegara gran fausto en unos tiempos, en que el antiguo templo de Delfos era un caseron cubierto de ramas de laurel, y el célebre Areópago una cabaña de tierra. Calcúlese en consecuencia cómo deberian ser las primeras construcciones de Sagunto. Sus casas eran pequeñas y casi todas tenian delante un patio y detrás un jardin.

Las de los héroes ocupaban grande espacio y tenian muchos adornos, resplandeciendo en ellas el bronce y los metales preciosos, de los cuales se hacian tambien asientos, platos, armas y lechos. En los palacios mas espléndidos de Homero no dice el poeta que hubiese mármoles: estaban sostenidos por postes, en cuyos huecos se colocaban las armas, cuando no tenian clavijas á propósito para colgarlas; y aun cuando no es posible concebir bien la construccion de estos palacios, parece que consistian en un recinto de paredes, que encerraban la sala y el pórtico para recibir los huéspedes y alojar de noche á los forasteros y luego la antecámara y alcoba. Los techos eran planos y las puertas reforzadas, para defender á los moradores de las invasiones, que eran frecuentes.

En un principio los ídolos se representaban por toscas piedras ó troncos revestidos, y la primera estátua que vieron los griegos fue la de Minerva, que Cecrops llevó

de Egipto. Muy pronto se disgustaron de aquella rudeza, y nuevos Dédalos las hicieron tan naturales, que parecian vivas.

Las costumbres de los primitivos saguntinos eran tan sencillas como sus obras. La familia estaba mucho mejor organizada que lo que apareció en Grecia en los tiempos posteriores, pues no conocian aun la poligamia, ni el concubinato adúltero. Sin embargo, la muger se limitaba á cuidar de la casa; no se conocian las delicadezas del amor, porque tanto los hombres como los dioses, buscaban solamente el placer. El homenage tributado á la muger y á sus virtudes, debia brotar de otra fuente, como observa César Cantú. El esposo adquiria con servicios ó con regalos á su amada, á quien despues señalaba un dote proporcionado, y en caso de adulterio se devolvian al marido los donativos. La herencia se dividia en partes iguales entre los hijos legítimos.

Los saguntinos cultivaron al principio la cebada y la avena, fijando los límites de los campos con mojones de piedra; y mas adelante se dedicaron al cultivo de la vid. Terminada la vendimia, dejaban las uvas por espacio de diez dias con sus noches al sol y al sereno, y despues por otros cinco dias á la sombra, en sitio abierto; al décimosexto dia las esprimian el zumo y conservaban el vino en odres. Con la cebada fermentada sabian hacer tambien una especie de cerveza. Los griegos nó se alumbraron con aceite, ni cera, ni sebo, sino con teas de maderas resinosas y odoríferas.

Además de la agricultura y comercio marítimo, á que se dedicó la colonia de Sagunto, se introdujo tambien desde sus principios la fabricacion de la vajilla, que se perfeccionó en su restauracion. Esta vajilla, de que ya hablaremos en otra parte, era muy apreciable por su solidéz y poco peso, siendo en sumo grado delgada y al mismo tiempo muy barata; por eso la usaban los ricos y los pobres. Plinio coloca esta vajilla entre las mas dignas de estimacion: de ella habló diferentes veces el poeta

Marcial, aconsejándola á sus amigos por su nitidéz y baratura. Así decia en el Epígrama 14 del libro 18:

Sume Saguntino pocula facta luto,
Quæ non solicitus teneat, servetque minister.

Su comercio consistia, pues, en la esportacion de estas apreciables vasijas, de las producciones naturales y de las telas que salian de sus fábricas de lino y de carbasos, que servian para velas, conduciendo estos productos á los puertos de Ampurias, Barcelona, Tarragona, Bocas del Ebro, Denia, Ilici y Cartagena. Tambien construian los saguntinos máquinas de guerra, que eran muy apreciadas, así como las velas, cuyo tejido era muy acabado.

En las comidas no conocian delicadeza de ninguna especie, ni usaban pescado, ni caza: degollaban bueyes, carneros, machos cabríos y cerdos, y los ponian en el asador, todavía vertiendo sangre, ó los hacian cocer en anchas calderas; comian sin tenedores ni cuchillos, precipitadamente y siempre separados de las mugeres.

Vestian pieles de animales, con el pelo por fuera, sujetas á la cintura con los nervios de aquellos ó prendidos con espinas. Cuando se introdujo la fabricacion del lino y de la lana, los hombres vestian un sayo, que les llegaba hasta los piés y sobre él un manto atado sobre el hombro ó sobre el pecho y una túnica ajustada á la cintura. Lavaban este trage, pisoteàndolo dentro del agua: se dejaban la barba y se rizaban con cuidado el cabello, y los personages de valía llevaban baston. Pendíanles de los hombros largas y cortantes espadas, cuyo temple aprendieron á conocer los saguntinos de los iberos: llevaban colgado al cuello, cubriendo el pecho, un escudo de la magnitud de su persona, y para combatir lo volvian á uno y otro lado con la mano izquierda, echandoselo, para caminar, á la espalda, incómoda defensa que despues fue sustituida por el escudo cario, que se llevaba al brazo.

No usaban banderas, ni trompetas, ni otros instrumentos de guerra; y así era una gran cualidad poseer una voz robusta, como la de Estentor y Menelao. Así mismo

se elogiaba mucho la velocidad de los piés, para huir ó dar caza.

Las mugeres llevaban trages largos y ajustados, recogidos con broches de oro, brazaletes de oro y perlas y zarcillos de tres órdenes de adornos; se acicalaban el rostro, pero no hay señal alguna de que usasen bolsillos, botones, ni ropa blanca. Además de hilar y tejer, se ocupaban en el servicio doméstico. Ellas lavaban, iban por agua, encendian la lumbre, molian el grano y cuidaban de desnudar á los hombres, llevarlos al baño, perfumarlos y ponerlos en el lecho, pues sus muchos esclavos se ocupaban de las faenas del campo. Las mugeres eran un objeto de deleite y un medio para la propagacion, pero no hay en los poemas de Homero un pasage, que respire sentimientos de amor. Entre los aspirantes á la posesion de Penelope no hay uno que procure merecer su afecto: Telémaco habla con aspereza á su propia Madre. Aquiles no ama á su esclava y Menelao se lleva en paz á Elena, que habia vivido diez años con Paris.

La muger prisionera pasaba al tálamo del vencedor, la cual, despues de haberla hecho madre, era abandonada á cualquiera de sus compañeros de esclavitud. En el adios de Hector á Andrómaca, Homero no presenta al héroe enternecido, sino para con su hijo ó en gracia de éste: Andrómaca habia sido comprada por su marido con muchos dones. La muger, cayendo en la esclavitud, perdia hasta la personalidad, convirtiéndose en mercancía.

Tal es el cuadro que probablemente ofreció la primera poblacion de Sagunto, durante muchos tiempos, hasta que variaron de forma sus detalles, y desde que las guerras pérsicas, las del Peloponeso, las religiosas y las conquistas de Alejandro, que llevó á los griegos hasta el Indo, debieron modificar las costumbres homéricas y las orgías órficas, llegando, aunque tarde, su trasformacion á la colonia saguntina, tan apartada de su metrópoli.

SEGUNDA GUERRA PÚNICA.

Desde que Roma y Cartago habian hecho pública ostentacion del espíritu que dominaba á una y otra república y conocieron mútuamente la insaciable ambicion, que, bajo diferentes aspectos, inspiraba la marcha política de los dos pueblos, nació por fin y se alimentó sin tregua el ódio nacional entre la raza de Jafet y la raza de Sem. La vida de la una dependia ya de la muerte de la otra. Roma en la primera lucha con su rival habia perdido muchos ciudadanos; y Cartago no menos mercenarios. Aquella empero podia reemplazar con nuevos hijos adoptivos la pérdida de los hijos propios, y ésta veia á sus soldados convertidos en enemigos. Así temia el gobierno cartaginés que se reprodujeran á menudo las sediciones de sus guerreros asalariados, que llegaron en esta época á enseñorearse de la capital. Afortunadamente Amilcar ganó con dinero á los impetuosos númidas; y faltando el ausilio poderoso de su caballería á los rebeldes, principiaron á sentir la escaséz

de víveres. Enfurecidos, pero no domados, aprisionaron á Giscon, que habia ido á tratar con ellos, y junto con setecientos cartagineses ó defensores suyos, despues de haberles cortado las orejas y las manos, los desjarretaron y arrojaron vivos á un precipicio, jurando hacer lo mismo con cualquiera que les fuese enviado. Amilcar en represalias arrojó á las fieras á todos los prisioneros, y habiendo pedido ausilios á Roma y á Hieron de Siracusa, consiguió cercar á los rebeldes y reducirles al hambre, de modo que tuvieron que comerse unos á otros. En tan angustiosa situacion se presentaron á Amilcar varios gefes de los mercenarios rebelados, pidiendo la paz. Amilcar manifestó sus deseos de transaccion, pero exigiendo en rehenes diez personas de su eleccion. Los comisionados acudieron sin dificultad, y apenas se firmó el tratado, Amilcar esclamó: Vosotros sois los diez; y prendiéndoles les hizo crucificar, y acometiendo en seguida á los cuarenta mil sediciosos privados de sus gefes, logró que ni uno solo se le escapase. Otra banda, guiada por Matos, cayó tambien prisionera, y sus individuos animaron por mucho tiempo con sus gritos y agonía los espectáculos de Cartago.

Libre la república de sus enemigos, observó que le quedaba otro no menos temible, como era el vencedor Amilcar; y á fin de conducirle á su perdicion, por un medio que nada ofrecia de indecoroso, le mandó á hacer la guerra á los númidas, en cuya espedicion conquistó la costa de Africa hasta el Océano. De allí volvió con numerosas bandas de africanos, númidas y mauritanos. Pero no contando con recursos para su mantenimiento mas que la guerra y el botin, los trajo á nuestra Península. El gobierno de Cartago manifestó que no lo echaba de ver, confiado en que nuestros bravos lusitanos y celtíberos esterminarian á este egército, sediento de rapiña y al turbulento caudillo, que los regia.

Emprendió, pues, la guerra de España independientemente de su gobierno: dividia entre sus feroces mercenarios una parte del botin, reservándose otra para sí y

otra para granjearse numerosos amigos en Cartago, con el objeto de que no dejaran prevalecer las influencias de su antagonista Hanon, perpétuo consejero de la paz. Amilcar habia concebido otro proyecto mucho mas atrevido, no pudiendo olvidar que la Cerdeña habia sido arrebatada por los romanos en medio de la paz, ausiliados por otros mercenarios rebeldes. Antes, empero, queria someter la España, y se encontró de frente con otros celtas, hermanos de los que habia esterminado en Cartago, y sometiéndolos, se apoderó de la costa occidental de la Península. Pero los iberos, desesperados en la defensa de sus hogares, soltaron contra los cartagineses bueyes que arrastraban carros de materias incendiadas, con cuya estratagema fue derrotado y muerto Amilcar, desapareciendo un grande enemigo de Roma y quizá tambien de Cartago.

Sus amigos concedieron entonces su favor á Asdrubal, su yerno, el cual, apoyando á los plebeyos, estuvo próximo á levantarse con la tiranía de Cartago. Habiendo fracasado sus planes, pasó á España y se puso á la cabeza del egército de Amilcar. Gobernó á su capricho; pero se atrajo con su afabilidad y con su política, mas que con la fuerza, á los magnates del pais, y frente del Africa fundó á Nueva Cartago (Cartagena), como sede de un dominio español que acaso proyectaba, émulo de Cartago y Roma. Pero un esclavo galo, acordándose de que los Barcas (á cuya familia pertenecian Amilcar y Asdrubal), habian hecho grandes daños á su gente y de que Amilcar habia dado muerte á traicion á un amo suyo lusitano, se aproximó al general cartaginés y con la obstinacion que solian tener los asesinos del Viejo de la montaña, le persiguió de modo que al pié de los altares le dió muerte (222 antes de J. C.) y sufrió sonriendo los horrorosos tormentos que le dieron, satisfecho de haber consumado su venganza.

Privado de caudillo el egército africano proclamó á Anibal, que habiendo salido de Cartago á los trece años

de edad, podia decirse que era estrangero para su patria. Su padre le habia educado en los duros egercicios de la guerra de España y en el ódio á Roma; y al consagrarlo con el fuego en el ara de Melcarte, le habia hecho jurar perpétua enemistad á los romanos.

No podia legar su encono á persona mas digna. Ninguno tenia tanta capacidad para las cosas mas opuestas, para vencer y para mandar, para captarse la voluntad de los gefes y de los soldados, para formar un plan y para egecutarlo. Era además diestro en cuanto entonces se sabia de táctica y estrategia; el primero entre los peones, el primero entre los ginetes: igual á los demás en las marchas y en el campamento, distinto en la pelea por las armas y por el caballo; insensible á las fatigas, el primero en el ataque y el último en la retirada; sin piedad, sin fe, y sin consideracion ninguna á la santidad de los juramentos. Al aceptar el mando del egército, tenia Anibal veinte y seis años; y educado en la escuela militar cartaginesa, compraba la sangre de los hombres por precio de oro, adquirido con el sudor de la frente de sus esclavos, y convertia así en provecho suyo el furor y la imbecilidad de la raza humana. Los cartagineses eran tan atroces en las prácticas de su religion, como eran insensibles á las desgracias del hombre. Segun Justino, arrojaban en honor de los dioses á los niños en hornos encendidos, ó bien porque creyesen, que el candor de la víctima era mas grata á la divinidad; ó bien porque imaginasen, que era un acto de humanidad librar á aquellos séres inocentes de la vida, antes que esperimentasen amarguras.

Anibal, al concebir su plan de campaña, conoció desde luego, que para libertar á Cartago de su rival, era preciso llevar la guerra á Italia; pero comprendió tambien, que antes debia asegurar la sumision de los iberos del centro de España. Con este objeto acometió y venció á los olcades, los carpetanos y los vacceos de las dos Castillas; y en las orillas del Ebro se encontró por primera vez con los

romanos. Estos, celosos del engrandecimiento de Cartago, habian, aun en tiempo de Amilcar, acordado con los cartagineses que se consideraria como límite de sus posesiones el Ebro, quedando libre entre las dos provincias la ciudad de Sagunto.

A pesar de este convenio, el impetuoso Anibal deseaba subyugar á Sagunto, la mas grande y la mas rica de las ciudades de la Edetania, cuya posesion le facilitaba el paso á Cataluña y al Pirineo. Para llevar á cabo este plan, no tenia motivos suficientes, que hicieran justicable su agresion; y aunque no hubiera cejado ante consideracion alguna, tratándose de la egecucion de sus proyectos, procuró, sin embargo, buscar un pretexto plausible, para dar comienzo á la guerra saguntina. Aprovechóse, pues, de la rivalidad que hacia tiempo se habia declarado entre los saguntinos y un pueblo limítrofe, llamado de los turboletas ó turbolitanos. Anibal en su campaña del Ebro habia conocido á este pueblo, y despues de su regreso y construido el puente de Martorell, segun lo supone la tradicion, acampó de nuevo en el pais de los turbolitanos, que le habian recibido las dos veces con la mejor benevolencia. Allí investigó el orígen de la enemistad, que aquel pueblo profesaba á los saguntinos, y les aconsejó que le presentasen detalladamente las quejas, que tenian contra éstos. Los turbolitanos, halagados por el carácter simpático de Anibal, manifestaron, que los Saguntinos invadian con frecuencia sus tierras, apoderándose de sus pastos y talando aquella comarca, teniendo que defenderse de sus invasiones con las armas en la mano. El caudillo cartaginés, afectando la mas estricta legalidad, espuso á los querellantes la necesidad de que se dirigieran al Gobierno supremo de Cartago, apoyando estas quejas con cartas suyas de especial y eficáz recomendacion, en las que informaba el caudillo, que los agentes de los romanos escitaban á la rebelion á los pueblos y tribus, sujetas á la dominacion cartaginesa. El gobierno, dando oidos á los turbolitanos y acogiendo el informe de su delegado, tan de acuerdo con

su política, le mandó las órdenes oportunas, para que obrase enérgicamente contra los saguntinos.

Facultado Anibal con poderes omnímodos, que por otra parte él no hubiera abdicado jamás, se atrevió á exigir á Sagunto que le enviase algunos representantes, para que presentasen sus disculpas ante las fundadas quejas de los turbolitanos. Los saguntinos tuvieron la condescendencia de acceder á las exigencias del caudillo africano, el cual hizo comparecer igualmente á los delegados de los turboletas, para que ratificaran en presencia de los mismos saguntinos los agravios, que suponian recibidos de los griegos. Estos no solo se defendieron con energia de las inculpaciones, que se dirigian contra su lealtad, sino que recusaron tambien al mismo Anibal, negándole el derecho que se habia arrogado de constituirse en Juez árbitro de aquellas diferencias, y apelando al juicio imparcial del senado romano, del que los saguntinos se gloriaron ser los mas adictos aliados. Indignado Anibal por aquella entereza, que no se creia encontrar, despidió furioso á los saguntinos y dió en seguida la órden á su egército de invadir al fin su territorio.

En la misma noche avanzaron sus feroces huestes, talando, incendiando y destruyendo con todo el furor de aquellos mercenarios, que solo peleaban por el pillage: ***Ipse proxima nocte regionem saguntinorum depopulari et jam urbi machinas admovere cœpit;*** dice Apiano Alejandrino.

Los turbolitanos, á quienes Tito Livio llama equivocadamente turdetanos, son los de Teruel, cuyas fronteras lindaban con el territorio saguntino, por la parte de Olvia y orillas del Mijares, puntos que cruzó Anibal, para llegar á la vista de Sagunto.

SITIO Y DESTRUCCION DE SAGUNTO.

Hemos llegado rápidamente á la época, en que la historia debia ceder el puesto de honor al poema, y en que habia de escucharse la voz de Homero, ó el gemido de Virgilio, ó el entusiasmo del Tasso, ó la elevacion de Milton. Pálida ha de parecer la narracion humilde de una crónica desautorizada, para referir dignamente aquellos sucesos, que dieron alto renombre al primer pueblo del mundo en sus heróicas pruebas de lealtad, de independencia y de valor. Envueltos en un turbillon de luz y separados á tan larga distancia de nuestra vista y de nuestras impresiones, los héroes saguntinos se levantan en nuestra mente, como los héroes de la Iliada, pero superiores á éstos en el objeto de su indomable bravura. Héroes sin nombre, víctimas generosas inmoladas voluntariamente en aras de la patria y de la libertad, merecian un monumento nacional á su memoria y un Virgilio para cantor. Su noble sacrificio dejó apenas algunos restos de

las obras, que salieron de sus manos, y uno que otro nombre perdido en la inmensidad de la historia y en el rústico plano de alguna piedra, abandonada en la soledad de las ruinas. ¿Qué ha hecho la posteridad para mostrar su admiracion al recuerdo de aquellos héroes, conocidos únicamente de los que leen, de los que piensan y de los que aman con entusiasmo su pais? La adulacion servil, la ignorancia estúpida y el respeto obligado han levantado estátuas á los guerreros, que han arado las ciudades con sus carros de batallas, y han llenado la tierra de sangre y de lágrimas; y han erigído monumentos á personas, siquiera hayan merecido el aprecio de sus conciudadanos, confundiendo muchas veces en este tributo de gratitud á muchos, cuyas sombras se avergonzarán de venir á reposar sobre los pedestales, que no merecieron jamás. ¡Y la patria no ha tenido, en tantos siglos, un puñado de oro para costear el arreglo de un monton de piedras, labradas en honor de todo un gran pueblo! La patria ha oido aplaudir en todas las lenguas el inmenso holocausto de un pueblo generoso, y ha desdeñado fijar una sola lápida, donde se leyera esta palabra: ¡SAGUNTO! Sus restos van desapareciendo; el siglo XIX abre otras vias, que enseñarán á los venideros los medios de metalizar la existencia, reduciendo el espíritu á cálculos matemáticos, á pesar de los gritos de la filosofía, y á pesar del soplo de las ciencias; y dentro de poco pasará el viajero por delante de Murviedro y preguntará: ¿dónde estuvo Sagunto? Apresuraos, amantes de nuestras glorias, á sostener esos paredones, que amenazan desplomarse, y pedid á quien puede y debe una prueba de su amor á las glorias de nuestros antepasados. El tiempo vuela; y el siglo actual vuela tambien encaramado en las locomotoras, disputando al tiempo su velocidad; y mañana será tarde tal vez. No exigimos un monumento, que se amase con el sudor del pueblo, no; el valor de lo supérfluo de un banquete basta para satisfacer la deuda, que la patria tiene contraida con los primeros de sus héroes. Por honra de la nacion española

Sagunto y Numancia reclaman un recuerdo tangible, para que postrada siempre la juventud delante de ese trofeo, se le repita de generacion en generacion: aprended á amar á la patria, aprended á morir por ella.

Escuchad, pues, benévolamente al pobre guia, que os muestra esos escombros, por medio de una relacion sencilla, ya que no le es dado dispertar en el ánimo de sus oyentes las simpatías, que manan del arpa de Ossian; escuchad, los que no conoceis nuestra historia patria, lo que hizo un pueblo español, y lo que todos son capaces de hacer, cuando la honra pone á prueba su valor.

Faltaba á la insaciable codicia de los mercaderes políticos de Cartago la posesion de Sagunto, para dominar toda esta parte de la Iberia meridional, que enseñoreaban ya despues de la derrota de los olcades y los vacceos: *Jam omnia trans Iberum, præter Saguntinos, Carthaginensium erant;* y Anibal, pretestando vengar á los turbolitanos, dió comienzo á la grande epopeya, en que debia representar tan sangriento papel.

Al rumor de sus próximas hostilidades, el pueblo de Sagunto, reunido en asamblea solemne, acordó enviar sus legados á Roma, para esponer todo el peligro de su situacion, y alegando los derechos de aliados, invocar la proteccion de aquella poderosa República. Cónsules eran en aquel año P. Cornelio Scipion y Tiberio Sempronio Longo. Introducidos á la presencia del Senado los comisionados de Sagunto, los cónsules dieron cuenta del estado de la República, y despues de una detenida y razonada deliberacion, se acordó por último enviar legados á la España, para que se enterasen del estado de los negocios; y si lo creian conveniente, declarasen á Anibal la resolucion decidida del Senado de hacer respetar á los saguntinos, sus aliados, pasando, si fuere necesario, á Cartago, para exigir una reparacion por los agravios, que recibian los amigos leales de los romanos.

Acordada esta embajada, y antes de que salieran para su destino los legados, llegó á Roma la noticia de que

los africanos habian principiado ya las obras del sitio. Con este motivo volvió á reunirse apresuradamente el Senado, y se abrió un ámplio debate, sosteniendo unos, que era llegado el caso de asignar á los cónsules, como provincias de guerra y de conquista, la España y el Africa, haciendo la guerra por mar y tierra; y sosteniendo otros, que todos los planes de campaña debian encaminarse á la posesion de España, desalojando de ella á los cartagineses. Algunos, en fin, eran de opinion, que no debia procederse con precipitacion y esperar el regreso de los legados, para adoptar una resolucion definitiva. Esta última opinion, que en tiempos normales y tratándose de un enemigo menos astuto, valiente, irreconciliable é impetuoso, hubiera sido digna de un cuerpo grave y conservador, era en aquellas circunstancias un obstáculo demasiado débil, para detener á Anibal en su carrera de triunfos. A pesar de ello, prevaleció esta proposicion; invistiendo en seguida con ámplios poderes, para desempeñar su embajada, á Publio Valerio Flacco y Quinto Bebio Tamphilo, Marco Livio, Lucio Emilio, y Cayo Licinio; pero marcándoles en las instrucciones el itinerario y la esposicion de su cometido. Cumpliendo estas prescripciones, debian los legados presentarse al caudillo africano y exigir inmediatamente la suspension de las hostilidades, y en el caso de una negativa, dirigirse á Cartago, y demandar la persona de Anibal, como infractor de los tratados.

Mientras que el Senado romano empleaba los medios de una diplomacia, que ocultaba sin embargo, los deseos, mal comprimidos del pueblo rey, dispuesto siempre á la pelea, Anibal se habia aproximado ya á Sagunto á la cabeza de ciento cincuenta mil combatientes, númidas unos, mauritanos otros, algunos cartagineses y no pocos iberos, preparándose á batir la ciudad: *jam Saguntum summa vi oppugnabatur*.

Los sitiadores talaron, segun costumbre, los campos y arrasaron los edificios de las cercanías de la ciudad,

respetando, no embargante su ferocidad, el venerado templo de Vénus de Aphrodio, ó Vénus Aphrodites, que los saguntinos habian levantado en lo alto de una colina, á cinco mil pasos de la ciudad, segun el testimonio de Polybio (Libro 3.º). A imitacion de los isleños de Zacyntho, sus descendientes los saguntinos, construyeron un templo à Vénus Aphrodisia ó Hembra, cuyo fano sirvió despues tantas veces de cuartel general al célebre Viriato, segun refiere Apiano Alejandrino. Al pié de esta colina fue derrotado Plautio, que venia á batir á Viriato, bajando desde la Carpetania; desde aquí salió el invicto lusitano para sorprender á los segobricenses durante el sacrificio; y desde aquí marchó à continuar sus campañas en la Bastitania.

Este templo venerando, aun para los bárbaros númidas, ocupaba, pues, la altura de Almenara, voz corrompida de *Almæ ara* y no del árabe Almenara ó Atalaya, como suponen algunos. Todos saben que à Vénus, como diosa de la generacion, se la llamaba Alma ó Madre: *Æneadum genitrix hominum divumque voluptas, Alma Venus*, decia Lucrecio; y Virgilio cantó tambien: *Alma Venus genuit.* Macrobio decia tambien en sus *Saturnales: Venerem igitur Almam adorant, sive fœmina, sive mas est, ita ut Alma;* y por consiguiente del ara ó templo de la diosa *Alma* ha quedado el nombre de Almenara, con solo la interposicion de la *n*, para evitar el hiatus de las *æ, a.*

Anibal se apoderó indudablemente de esta posicion ventajosa, que mas tarde escogieron tambien los Scipiones, segun el testimonio de Polybio. Dueño de este punto estratégico, desde el que dominaba una vasta estension de territorio, formalizó el asedio, atacando, aunque inútilmente, en los primeros dias la ciudad, por tres puntos á la vez, que acaso serian por el valle, el mar y el rio, únicos puntos vulnerables.

Dióse principio á este memorable sitio en el mes de Marzo del año 216 antes de la Era cristiana y 532 de la fundacion de Roma.

Fácil creia este caudillo apoderarse de una torre que, adherida á la muralla, avanzaba hácia el valle, sobre un terreno bastante llano, y contra ella dirigió sus primeros ataques, arrimando á sus muros las máquinas, llamadas *vineas*, á cuyo abrigo pudieran obrar los arietes con entera seguridad. Numerosos batalladores emprendieron esta atrevida operacion; pero fueron bien pronto rechazados con pérdidas considerables, porque la muralla adyacente à la torre, que observada de lejos, aparecia de mediana elevacion, era mucho mas alta y mucho mas robusta de lo que habian creido los cartagineses, y porque lo mas brillante de la juventud saguntina habia acudido à la defensa de aquel punto.

Desde aquel dia no se contentaron los sitiados con rechazar al enemigo con toda clase de armas arrojadizas, sino que casi diariamente verificaban impetuosas salidas, acometiendo el campamento enemigo y destruyendo las obras de defensa, que se dedicaron á construir, haciendo perder à los sitiadores gran número de gente. De este modo corrian los dias, acreciendo la resistencia, el furor de los africanos, la esperanza de algun socorro, la audacia de los saguntinos. En una de las frecuentes acometidas de los cartagineses, Anibal se dejó arrebatar de su reconocida intrepidéz y llegó à aproximarse tanto à la muralla, que le alcanzó un dardo, arrojado desde ella, que le hirió en la parte anterior de la pierna, obligándole á caer en el suelo. Esta desgracia causó en el egército sitiador tan profunda sensacion, y desalentó de tal manera à sus huestes, que hubo momentos críticos, en que se pensó sériamente en levantar el sitio, abandonando el campamento y hasta las mismas máquinas de batir.

La herida del caudillo, cuya presencia era el alma de sus soldados, pareció suspender las hostilidades, dejando tiempo à los saguntinos, para reparar los daños que recibian sus obras de defensa. Curado Anibal y alentados los africanos con la indomable fiereza de su gefe, redoblaron sus esfuerzos, arrimaron por diferentes puntos á la vez sus

formidables arietes, é intantaron un asalto simultáneo y decisivo. Mas de 100.000 hombres, ardiendo en saña, y sedientos de botin, acometieron à un tiempo con espantosa gritería: entre montones de cadáveres lograron los cartagineses derribar tres torres y las cortinas, que las separaban, abriendo una espaciosa brecha.

Por un momento se creyeron los cartagineses dueños de la poblacion y masas compactas de sitiadores se arrojaron sobre la brecha, resueltos à penetrar. Los saguntinos, acudiendo à cien puntos á la vez, se batian cuerpo à cuerpo, defendiendo línea por línea la estensa cerca, que amenazaba derrumbarse. Animados con los aplausos de los ancianos y los gritos de sus mugeres, tan bravas como ellos, rechazaron en todas partes á los sitiadores, circunscribiéndose el combate à uno y otro lado de la brecha. Centenares de cadáveres obstruyeron por fin aquella horrible grieta, abierta en el muro; y los africanos, diezmados, fatigados y casi rendidos abandonaron por último aquel recinto de sangrienta carnicería, donde se puso à prueba el indómito valor de sus formidables enemigos. Durante los supremos momentos de esta lucha titánica se observó, contra la costumbre de los africanos, un silencio tal y tanta precision en las maniobras estratégicas, como si fuera aquello un campo de egercicios: unos y otros peleaban sobre escombros, inundados de sangre y sobre cadáveres y moribundos; à unos daba fuerza la esperanza, à otros la desesperacion; el cartaginés creia, que cada nuevo esfuerzo le facilitaba la victoria; y el saguntino, en vez de muralla, ofrecia desesperado su pecho; y así ninguno cejaba un paso, ni perdia terreno, ni se daba un golpe perdido, ni se recibia herida, que no fuera de muerte. En medio de aquel inmenso agrupamiento de batalladores, sobre los que se cernia la muerte, devorando víctimas, arrojaron los saguntinos sobre las masas enemigas, y como último y mas formidable recurso, la poderosa arma, llamada *Falárica*. Consistia este proyectil en un chuzo de hierro, de tres piés de largo, con su correspondiente astil forrado de estopa,

impregnada de pez; al dispararla, la prendian fuego, y con el movimiento adquiria tal llama, que asiéndose à la armadura de los enemigos, obligaba à éstos á arrojar las armas, para librarse de ella, quedando desarmados y mas espuestos á la agresion de sus contrarios.

Esta operacion, que tanta sangre habia costado à los africanos, les obligó á suspender de hecho y por algunos dias las hostilidades, para dejar el conveniente descanso à los batalladores, pudiendo aprovecharse los saguntinos de esta especie de tregua, para dedicarse con nuevos brios á la reparacion de las obras, que en el último ataque habian sido destruidas.

En este intérvalo aparecieron los buques romanos en la costa de Sagunto, llevando á bordo á los legados, que la República romana enviaba al campamento de Anibal, para hacer respetar allí y ante el gobierno de Cartago á sus aliados. Apenas llegó la noticia de esta llegada al caudillo cartaginés, se apresuró éste á hacerles comprender la conveniencia de que no se presentasen en su campo, para evitar cualquier insulto de parte de las gentes feroces, que seguian su bandera, añadiendo que no se creia autorizado para tratar con ellos, sin las órdenes, ó sin las nuevas instrucciones de su gobierno. Los legados aceptaron esta advertencia y sin dar nuevos pasos, para conferenciar con Anibal, se dirigieron á Cartago; pero temiendo el caudillo africano, que sus rivales aprovechasen esta ocasion, para hacerle perder la influencia que aspiraba á egercer en los negocios públicos de su pais, dirigió numerosas cartas á sus parciales los Barcinos, á fin de prevenirles y disponer sus ánimos á sostener resueltamente su causa. Anibal, juzgando el carácter de los romanos por el suyo, sospechaba que le faltasen parte de sus amigos, seducidos por el oro de los romanos. El Senado cartaginés, compuesto en su mayoría de personas adictas á los Barcinos, y prevenido en contra por los manejos de esta faccion, se negó á admitir á los legados romanos, haciendo imposible todo acomodamiento.

No faltaron, empero, hombres harto imparciales, que, superiores á las intrigas de la faccion Barcina, levantaron su voz en defensa de los derechos y tratados internacionales, distinguiéndose entre los senadores el severo Hanon, que se encargó de provocar en aquella asamblea un debate solemne. Los servicios, los años y el carácter justificado de este magnate dieron á sus palabras tal fuerza de autoridad, que sus colegas debieron escucharlas con el mas profundo silencio.

«Por los dioses, dijo, árbritros y testigos de los pactos, que tenemos celebrados con los romanos, me apresuro á anunciaros y preveniros, que no tolereis en vuestras huestes gefe alguno, que pertenezca al linage de Amilcar, si deseais respetar el descanso de los manes de vuestros antepasados; y si quereis hacer cumplir los tratos solemnes entre los dos pueblos, es preciso que desaparezca el nombre y la sangre de los Barcinos. Atizando vosotros mismos el incendio, habeis enviado al egército un mancebo, ambicioso de mando, abriéndole un camino para escalar el poder, y cuya codicia ha hecho surgir una guerra de otra, satisfaciendo de este modo sus instintos belicosos. Así habeis preparado el incendio, que ahora os consume. Vuestros egércitos han sitiado á Sagunto, contra el espíritu y la letra de los tratados; y esta agresion levantará á las legiones romanas, que se arrojarán sobre Cartago, protegidas por los dioses, que en la guerra anterior les dieron la victoria, porque habiais vosotros faltado á la paz, que aceptasteis con juramento. ¿Ignorais todavía quiénes son vuestros verdaderos enemigos y la fortuna de uno y otro pueblo? Vuestro caudillo se ha negado á recibir á los embajadores amigos, enviados por los amigos, violando de este modo el derecho de gentes. Estos legados, pues, arrojados, como no lo son los mismos embajadores enemigos, vienen á vuestra presencia, exigiendo con razon el cumplimiento de los tratados; y olvidando hasta el ultrage de esta violacion manifiesta, reclaman solamente al caudillo

culpable, que ha cometido esta iniquidad. Recordad que cuanto mayor es ahora su moderacion, tanto mas tremendas pueden ser despues sus exigencias, comenzada de nuevo la guerra. No olvideis las islas Egadas y à Erice, y los demás acontecimientos, que han sucedido por mar y tierra en el espacio de veinte y cuatro años, cuando Amilcar, padre de ese mozo, era un segundo Marte; y tened presente, que tambien entonces, por haber faltado à los tarentinos, como ahora à los saguntinos, os vencieron los dioses y los hombres, y no procurasteis decidir cuál de los dos pueblos habia quebrantado la paz: la victoria no fue para vosotros. Anibal, pues, ha sitiado, no á Sagunto sino à Cartago, amenazada por los formidables aprestos de destruccion. ¡Ojalá sea vano mi augurio; y que la caida de Sagunto no se verifique sobre nuestras cabezas, teniendo que luchar con los romanos, como ahora lo hacemos con los saguntinos! Tal vez alguno me dirá: entreguemos à Anibal à los romanos. Poca es mi autoridad en esta ocasion, atendida la enemistad, que profesé à su padre, pero yo os puedo asegurar que celebré su muerte; porque si viviera, nos hallariamos ya en guerra con los romanos. Por esto mismo aborrezco à su hijo y maldígole como una furia, y como la tea de esta guerra. Por consiguiente, no solo soy de opinion de que le pongamos en manos de los romanos, por infractor de los tratados, sino que, aun sin exigirlo nadie, debiamos desterrarle à las regiones mas apartadas de la tierra y del mar, para que sufriera las penas que merece, de tal manera que no pudiera llegar hasta nosotros ni su nombre, ni su fama, ni perturbar en adelante con su presencia el estado tranquilo de esta ciudad. Creo tambien que debeis enviar embajadores à Roma, para que den cumplida satisfaccion al Senado, y otros al campamento de Anibal, mandando levantar el sitio y prendiendo en seguida aquel caudillo, para entregarlo à los romanos; al mismo tiempo que otra tercera comision se encargue de hacer restituir à los saguntinos

cuanto les han robado, y reparar los perjuicios que hubieren sufrido.»

Ni una voz se levantó en el Senado cartaginés, para responder á esta arenga de Hanon; y solo se contentaron con manifestar tumultuosamente los partidarios de Anibal, que no se hubiera espresado con tanta animosidad, (infestius) si hablara el mismo Valerio Flacco, en nombre del Senado romano.

Mientras los romanos perdian, como dice Tito Livio, un tiempo precioso en inútiles embajadas, Anibal, para alentar á sus guerreros, cansados ya de tan largo asedio, les ofreció el saqueo y botin de la ciudad, halagando así sus instintos de rapiña. Esta oferta les volvió el valor, que principiaba á debilitarse, y en el primer momento de entusiasmo hubieran hecho los últimos esfuerzos, si se les diera la señal, para empeñar el asalto.

Los saguntinos no habian por su parte dejado perder la tregua que accidentalmente se les ofreció; y hombres, mugeres, niños y ancianos se ocuparon con ardor en levantar de nuevo los lienzos de muralla, que habian sido derribados en el frustrado asalto anterior. Durante esta suspension de armas, ocasionada otra vez por la herida de Anibal, sitiados y sitiadores se prepararon para otros y mas decisivos combates, con la esperanza éstos de recoger inmenso botin y la resolucion aquellos de perecer ó triunfar. El caudillo africano se restableció por fin, y su presencia colmó de entusiasmo á sus batalladores, que le acogieron con frenéticos aplausos.

Anibal, encargado otra vez de las operaciones del sitio, mandó verificar un ataque vigoroso por varios puntos á la vez. Para ello se echó mano de las catapulcas, de las ballestas y de los arietes, aparatos formidables en aquella época y que causaron prontos y seguros destrozos en las murallas; mientras quinientos peones cavaban con picos los cimientos de los mismos muros, cuyas piedras, que no estaban unidas con cal sino con barro, vacilaron bien pronto, comenzando á derrumbarse con estrépito y

obligando á los sitiados á abandonar la muralla. Alentados los africanos con el éxito de esta atrevida operacion, se apoderaron resueltamente de un punto alto, que fue por la parte del valle, y arrastraron allí las máquinas para batir un castillo, que se hallaba casi dentro de la ciudad: *castellum in ipsa urbe*. Dueños los cartagineses de esta posicion ventajosa, la cercaron en seguida con un muro, mientras los saguntinos, infatigables, vigilantes y bravos levantaron otro en frente, aprovechando un espacio que les quedaba espedito entre el nuevo muro cartiginés y la ciudad. Estas obras rápidas, se llevaban á cabo entre el fragor de combates parciales, empeñados entre los que protegian á los operarios de una y otra parte. Los cartagineses continuaban sin embargo sus obras de avance, y los saguntinos defendiendo en retirada cada edificio y levantando nuevas construcciones. Cada calle era un campo de batalla; cada casa una fortaleza, que era atacada y defendida con desesperada resistencia, interrumpiendo la noche estos sangrientos choques, para escuchar en el silencio de las sombras, los ayes de los moribundos, los gritos salvages de los centinelas africanas y las voces solitarias de los gefes saguntinos, que dirigian las obras de reparacion.

La ciudad, arruinada en su mayor parte, entre densas columnas de humo y cruzadas por ardientes llamaradas de los edificios que quedaban ardiendo, y á la vista de la multitud de cadáveres que yacian arrojados en las calles y plazas de la parte conservada de la poblacion, sentian los saguntinos la falta de los víveres necesarios, para los que trabajaban para pelear, y peleaban para morir, sin que lloraran las mugeres, ni se quejaran los ancianos, ni murmuraran los guerreros. En medio de este conflicto, y de aquellos dias supremos, en que los sitiados no veian otra perspectiva que la esclavitud ó la muerte, les sorprendió y alentó la noticia de que Anibal habia abandonado el sitio con fuerzas respetables, para sofocar un conato de rebelion, que amenazaba destruir sus operaciones en los pueblos oretanos y carpetanos.

Anibal, que veia próximo el término de aquel sitio, que le era hasta entonces tan funesto y temiendo una revolucion, que amenazara su retirada, si á esto le conducia su suerte, dejó al frente de Sagunto á Maharbal, y voló á reprimir la rebelion.

Este caudillo accidental, orgulloso con la confianza de su gefe, quiso corresponder á ella, continuando las operaciones con todo el ardor que le inspiraba su crítica, aunque honrosa posicion. No perdió el tiempo: cada dia un nuevo ataque; cada dia un paso mas; pero siempre delante el valor indómito de los saguntinos.

Anibal, vuelto vencedor al campamento, quedó satisfecho de la inteligencia y de la bravura de su segundo; y en su impaciencia, contrariada horriblemente por la indómita fiereza de sus enemigos, arriesgó un asalto general. Horrible fue el choque de los combatientes; multitud de víctimas cayeron al pié de los edificios derrumbados; pero la victoria, cerniéndose sobre unos y otros, parecia esperar nuevos destrozos, para arrojar la corona al vencedor.

La fatiga y la mortandad obligaron á los peleadores á descansar sobre los puntos, que respectivamente ocupaban; pero todo presagiaba la caida completa de Sagunto, reducida á sus últimos atrincheramientos, cuando dos personages de alta importancia aparecieron en medio de aquel cuadro de desolacion y de muerte, para impedir una catástrofe postrera. Eran aquellos héroes, Alcon, saguntino el uno, y Alorco, ibero, el otro, pero querido y respetado por los saguntinos. Ambos, nobles, generosos, admiradores de la constancia de aquel pueblo de héroes, se buscaron, conferenciaron, y animados de un mismo espíritu, solicitaron una entrevista con Anibal y el Senado saguntino, para obtener una capitulacion honrosa. Uno y otro habian concebido y adoptado este proyecto en el mas profundo secreto, temiendo herir la susceptibilidad de los saguntinos, poco dispuestos á cejar en su heróica resolucion. Alcon salió con este objeto de la poblacion á hora cauta y se presentó en la tienda de Anibal. Reflexiones, consejos, súplicas y

consideraciones de toda clase espuso el personage, para conmover y convencer al impetuoso caudillo cartaginés; pero fueron tales y tan duras las condiciones que éste impuso, que avergonzado y arrepentido Alcon de haberse humillado hasta aquel punto, siquiera lo hubiese hecho por amor à la patria, que concluyó diciendo: Prefiero morir aquí à llevar â los mios tan inicuas condiciones. Anibal exigia efectivamente, que los saguntinos devolviesen à los turboletanos cuanto habìan perdido en justas represalias; que le entregasen todo el oro y la plata de la ciudad, y que sus moradores abandonasen la patria, para ir à residir en el punto, que tuviere â bien señalarles. Alcon aseguró al cartaginés, que no llevaria jamás estas condiciones humillantes á sus conciudadanos; pero Alorco, lleno de hidalguía y de buena fe, se comprometió á presentarlas al pueblo saguntino, creyendo que seria fácil convencer su ánimo, en vista de su inminente destruccion.

Anibal consintió en ello; y Alorco, que era tan amigo suyo, como de los saguntinos, salió de la tienda del caudillo y se dirigió, lleno de confianza, á la casi destruida ciudad. Al llegar al estremo del campamento, dejó sus armas, se presentó á los centinelas de Sagunto y pidió ser presentado al Senado. Al anuncio de esta visita se reunió el Senado en la plaza pública, presidido por Murro, que era el prefecto, de origen Rutulo; y acaso se hallaban formando parte de aquella noble asamblea Grayo, cuya madre era saguntina, y estaba emparentado con los Dulichios de Roma, los héroes Metisco, Hosto, Pholo, Galeso, Lido, Durio, los hermanos Chomis y Gias, y el celebrado Dauno, el mas notable entre los héroes saguntinos, por su respeto á las leyes y por su elocuencia, que conmovia al pueblo.

Alorco, conmovido por el horrible espectáculo que la ciudad ofrecia á sus ojos y ante el aspecto grave, silencioso y resignado de aquel pueblo, que habia acudido presuroso á escuchar á una persona, tan autorizada, como querida, hubo de esperar un momento, para poder

hablar, siendo preciso despejar algun tanto aquel recinto, á fin de que el Senado no perdiera una sola palabra de las que tenia que dirigirle el respetable y oficioso mensagero. En medio del mas profundo silencio, Alorco habló de esta manera:

«Si asi como Alcon, vuestro ciudadano, se ha presentado á Anibal, para conseguir una paz honrosa, hubiese yo venido á traeros las condiciones de ella, vanos fueran los medios que he empleado para llegar hasta aquí; pero como él, por culpa vuestra ó suya tal vez, se ha quedado en el campo enemigo (culpa suya, si fingió miedo; y vuestra, si amenaza algun peligro á los que os dicen la verdad), yo por la antigua amistad, que os profeso, vengo para anunciaros, que aun hay algunas condiciones, de salud y de paz. Podeis comprender el interés con que miro y hablo en vuestro provecho, y no de otro, y por consiguiente la confianza que debeis depositar en mí, por la circunstancia de no haberos hablado de trato alguno, mientras habeis resistido con todas vuestras fuerzas, esperando los socorros de los romanos. Pero perdida esta esperanza, y cuando os faltan ya las fuerzas y yacen en tierra vuestros muros, haciendo imposible toda resistencia, os ofrezco la paz, mas necesaria, que justa y admirable, pero que encierra alguna confianza, si vosotros, á fuer de vencidos, diereis oidos à las condiciones que os impone el vencedor Anibal, y no creyereis que os ofende la pérdida de cuanto ya de derecho pertenece al vencedor, recibiendo, como una gracia, lo que buenamente se os dejare. Anibal quiere la ciudad, derrumbada ya en su mayor parte, y os deja en cámbio vuestros campos, señalándoos otro punto de residencia, para que levanteis otra ciudad. Pide que todo el oro y plata, así del tesoro público, como de los particulares, le sea entregado, y deja libres los cuerpos de vuestras mugeres, de vuestros hijos y los vuestros, con la única condicion de que abandoneis la ciudad, sin armas y con dos solas vestiduras. Esto es lo que pide, pues, el enemigo vencedor, y si bien

son duras y graves estas exigencias, vuestra desgracia os obliga á aceptarlas. Y espero aun, que cuando vosotros os resolviereis à acceder à ellas, algo mas os dejará de lo que reclama, siendo su opinion, que debeis aceptar estos tratos, antes que dejaros matar cruelmente y contemplar deshonradas en vuestra presencia à vuestras mismas mugeres y esclavos à vuestros hijos.»

Un grito de profunda indignacion respondió al razonamiento de Alorco, sin dignarse aquel Senado de héroes contestar á las humillantes condiciones, que les imponia Anibal, de cuya fe habia tambien fundados motivos para dudar. Los saguntinos comprendieron en seguida, que el objeto principal del caudillo cartaginés en aquella empresa, no tanto era el conquistar una gloria, cuanto el de apoderarse de las inmensas riquezas, que encerraba una poblacion, rica por su comercio y agricultura. Era una presa, que necesitaba su codicia, para pagar la avaricia de sus sostenedores en Cartago y los servicios de sus legiones mercenarias. Entonces fue cuando el prefecto Murro y los magnates saguntinos, *primores,* adoptando una resolucion, que escedia á cuanto la historia ofrecia, hasta aquella época, acordaron que cada uno, recogiendo cuanto poseia de valor y de mérito, en oro, plata y alhajas, lo depositase en la plaza pública, *in torum collatum,* y á la vista del pueblo y para darle un insigne egemplo de abnegacion, de desinterés y de bravura, hicieran perecer todas aquellas riquezas, para privar á Anibal de tantos y tan preciados recursos.

Ni uno solo de los saguntinos faltó á esta heróica determinacion; y en un momento se formó una elevada pira, que se convirtió en una inmensa hoguera. Grandes y pequeños, y las mismas mugeres, con la sonrisa en los lábios, arrojaron á las llamas todos sus tesoros, que se fundieron instantáneamente, desapareciendo casi del todo y en una hora la fortuna antigua de las familias, los productos del comercio y de la industria, adquiridos por largos años de fatiga, y los adornos que constituian la gala y la idolatria de las mugeres.

En medio del religioso silencio, con que Sagunto asistia á la pérdida completa de su grandeza, muchos de los espectadores, arrebatados por un entusiasmo, de que hasta entonces no se habia dado egemplo alguno, se precipitaron en las llamas, prefiriendo esta muerte al azar de los postreros esfuerzos, que debian hacerse para salvarse ó morir esclavos.

El noble sacrificio, que acababan de ofrecer á los lares de la patria, que se hallaba próxima á perecer, inspiró á los guerreros saguntinos la idea de morir matando, antes que caer en manos del vencedor. Unidos con un mismo pensamiento, combinaron el plan de verificar en aquella misma noche una salida, tan audáz, como digna de su heroismo. La ciudad se hallaba sumida en el mas profundo silencio, y las sombras de la noche envolvian el campamento africano, sus puestos avanzados y la soledad de las orillas del Serabis. Un cuerpo de egército, compacto, disciplinado y resuelto salió silenciosamente de Sagunto, mientras las madres, las esposas, las hijas y aun las mismas siervas, subidas en lo alto de las murallas que todavía quedaban en pié, despedian á los guerreros sin otras voces, que los mal sofocados suspiros, que arrancaba á sus almas el amor, el cariño y la gratitud.

Los saguntinos cruzaron el espacio, que separaba el campo enemigo de la ciudad, y acometieron el campamento cartaginés con la rapidéz del águila, la fuerza del leon y el silencio de la muerte. Pasaron á cuchillo los puestos avanzados y se lanzaron sobre los dormidos africanos, que dispertaban á centenares en la eternidad. Un rugido terrible puso en movimiento á los sitiadores que, acudiendo á las armas, empeñaron un combate, tanto mas espantoso, cuanto se herian y mataban en medio de las tinieblas.

La lucha fue pertináz y encarnizada, pero como el objeto de los saguntinos se cumplia, buscando antes la muerte que la victoria, bien pronto sucumbieron casi todos sobre montones de cadáveres enemigos. Conociendo

con su admirable instinto las mugeres, que estaban en la muralla, la catástrofe, que sentian, pero que no podian descubrir, se apresuraron á matarse de varíos modos, no sin dar antes la muerte á los niños, que sostenian en sus brazos.

Era apenas de dia y aun ardia en la plaza pública la grande hoguera con indecible actividad, y toda la poblacion que conservaba la vida, se hallaba sumida en el mas doloroso silencio, cuando retumbó súbitamente en los aires un espantoso fragor por la parte del alcázar; y era, que una torre, arietada por mucho tiempo, vaciló, y se derrumbó por fin, abriendo un ancho paso á las bárbaras huestes enemigas, que lanzaron al mismo tiempo una furiosa y salvage gritería. Sorprendidos los pocos guerreros saguntinos, que podian manejar las armas, fueron despedazados horriblemente, al paso que otros, mas desgraciados tal vez, se batieron con desesperacion en su última retirada, hasta el mismo alcázar, donde debian esperar su postrer sacrificio, y mientras la ciudad se desplomaba, devorada por un incendio general. Los ancianos fueron degollados, exhortando á sus hijos á la pelea, y los niños despedazados en los brazos de sus madres, que morian sonriendo bajo la espada ensangrentada de los bárbaros africanos. Anibal habia mandado que de catorce años por arriba no se perdonara sexo, ni edad.

Un silencio sepulcral sucedió á los espantosos alaridos de este postrer combate: solo se percibia el estridor de los edificios que se hundian, los ayes de los moribundos, el anhelito fatigado de los cartagineses, que no encontraban donde descansar y el rugido del viento que atizaba la inmensa hoguera, que devoraba los restos de la gran colonia de los zacintios. Sagunto acababa de perecer: *fuit Ilion et ingens Gloria Dardanidum*.

Anibal, contemplando aquel cuadro, en que se confundian las ruinas humeantes, con las elevadas piras de cadáveres que yacian abandonados en las calles, cubierto de polvo, y manchado con el humo y la sangre, dejó asomar

en sus lábios, enardecidos por el corage, una sonrisa sarcástica, porque habia hecho algunos esclavos y le habian presentado algunas alhajas y muebles de casa, arrancados á las llamas por sus mercenarios. «He devorado, esclamó, á los mejores aliados de los romanos; yo marcaré mi huella tambien en lo alto del Capitolio.»

Al hablar así, no hicieron oscurecer su vista las sombras de los sesenta mil mercenarios, de los ciento cincuenta mil, que habia conducido al pié de la inmortal ciudad, ni los de la multitud saguntina, sacrificada en aras de su independencia. Su mirada de águila se dirigió á Roma, mientras su horrible Dios Melcarte le contemplaba ceñudo desde el turbillon de nieblas, que las furias habian preparado, para que le sirvieran de escabel.

SEGUNDA ÉPOCA DE SAGUNTO.

SU RESTAURACION POR LOS SCIPIONES.

Dueño Anibal de las sangrientas ruinas de Sagunto, despues de ocho meses de sitio, adoptó las mas eficaces medidas, para impulsar á las abandonadas familias saguntinas á que volvieran á levantar sus casas, protegiendo la nueva poblacion, durante los meses que precedieron á la grande espedicion, que preparaba para llevar la guerra á Italia. Roma, provocada por la ofensa que los cartagineses habian inferido al mas leal de sus pueblos aliados, volvia á empeñar una lucha poderosa, no con ladrones de la Istria ó de Iliria, ni con los galos, feroces pero desordenados, sino con un pueblo, que hacia veinte años vencia á los indómitos iberos, que acababa de triunfar de la ciudad mas heróica de aquellos tiempos; que tenia un egército aguerrido y un gran general; y tratándose de una guerra de pasion, por la cual se combatia con las intrigas aun mas que con la fuerza, siendo muy vária la fortuna y peligrosa la victoria. Conociendo cuán fatal podia ser la derrota, hizo

Roma estraordinarios preparativos de egércitos, propios y aliados, y dirigió súplicas á los dioses. Pidió amistad á los pueblos de España; pero éstos respondieron que la buscase entre gentes, à quienes no hubiese enseñado el egemplo de Sagunto la eficacia con que protegian á sus aliados. Dirigióse tambien á los galos, para que impidiesen el paso de los cartagineses; pero los hijos de Breno, reunidos en consejo, contestaron diciendo, que ni Cartago habia merecido mal de ellos, ni Roma bien; y solo no olvidaban que Roma habia tratado de espulsar de Italia á sus hermanos.

Entre tanto Anibal, rico aun con los despojos de Sagunto, salvados de la voracidad de las llamas, dejó diez y seis mil hombres al mando de su hermano Asdrubal, para guardar la España y se dirigió á Italia. Los romanos le esperaban en el mar; pero Anibal se atrevió á abrirse un nuevo camino por los Apeninos y los Alpes; empresa espantosa, que nadie habia intentado hasta entonces, aunque nada parecia difícil, desde que Alejandro habia hollado las regiones de la India; y del mismo modo que el macedonio siguió las huellas de Baco, se propuso Anibal seguir las de Hércules, que habia cruzado de la Iberia á la Italia. Los antiguos preferian á toda empresa los riesgos de atravesar paises bárbaros, ganando á sus gefes y abriendo con audacia nuevos caminos.

Para rodear sus proyectos de una aura popular, hizo correr la voz de que se le habia aparecido en sueños en el santuario de Gades el dios Melcarte, anunciándole la victoria, y mostrándole el camino con las sinuosidades de la serpiente. Estas cosas eran para el vulgo: pero no descuidaba entre tanto enviar emisarios á los Boyos y los Insubrios, escitándoles contra los romanos, á quienes trataba de sujetar con las colonias de Plasencia y Cremona.

Al llegar á las cumbres de los Pirineos, hizo desaparecer la inquietud de los galos, que habitaban la pendiente septentrional con un tratado memorable por su singularidad; porque en él estipulaba, que cualquiera querella de los

cartagineses con los indígenas, seria juzgada por las mugeres galas.

No puede comprenderse en los limites de la historia, que vamos refiriendo, la relacion de la marcha de Anibal desde España á Italia, operacion militar, que ha servido de estudio á multitud de escritores, entre los cuales debe distinguirse á Polibio.

Mientras Anibal llegaba á las orillas del Pó y derrotaba á los romanos en el Tesino, en Trebia y en Cannas sobre las riberas del Ofanto, donde completó por entonces la série de sus victorias, merced al valor salvage de los africanos, revestidos de armas adquiridas en los combates anteriores, de los galos con sus largas y agudas espadas, y de los españoles con sus espadas puntiagudas, aquellos desnudos hasta el ombligo y éstos vestidós de blanco y con los escudos casi iguales, Roma que habia levantado tres cuerpos de egército, siguió con inquietud la suerte desgraciada, que dos de ellos habian sufrido en Italia, y no confiaba mucho del tercero, que á las órdenes de los hermanos Cneo y Publio Cornelio Scipion, operaban en España contra Asdrubal.

Los Scipiones habian hallado á la Península irritada contra los cartagineses, por la dureza con que arrancaban tributos y tropas, y en algun punto se habian sublevado ya los naturales, degollando hasta quince mil enemigos, lo cual facilitó las primeras victorias de los romanos.

Los Scipiones trataron de reparar el mal efecto, que habia producido en los pueblos íberos el abandono con que Roma habia dejado á sus aliados; y se apresuraron á operar contra los cartagineses, que dominaban á Sagunto. Al efecto pasaron el Ebro y vinieron á acampar y fortificarse en el templo de Vénus ó Aphrodisio de Almenara. Desde allí dieron comienzo á sus operaciones, estrechando de tal manera á los africanos, que despues de una inútil resistencia, hubieron de abandonar la ciudad, despues de cinco años de dominacion.

El pueblo saguntino aceptó su libertad con el entusiasmo del reconocimiento, y vió llegar á su venerable

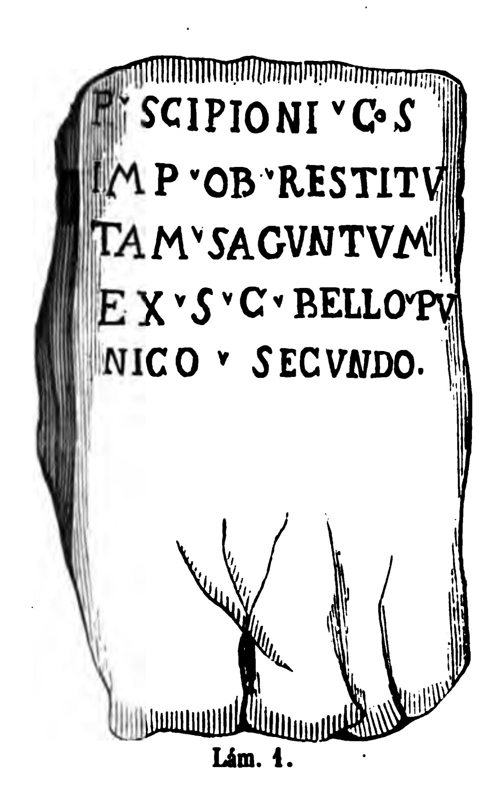
recinto á los dispersos hermanos, que vendidos por Anibal, habian roto el yugo de la servidumbre en los puntos donde alcanzaban las armas de la República. Halagados por los romanos, protegidos por sus legiones y ausiliados con los recursos, que los mismos Scipiones sacaban de los turboletanos y otros pueblos que eran enemigos, empezaron con incansable ardor á levantar nuevas murallas y torres, y á construir otra vez sus antiguas moradas. Respiraban al fin en el retiro de sus hogares, donde volvian á venerar á sus penates, cuando vino á interrumpir sus trabajos de reparacion la noticia de la derrota y sucesiva muerte de los dos Scipiones sus libertadores. No por eso perdieron los saguntinos el ánimo; dispuestos á una nueva lucha y contando únicamente con el ausilio de una corta guarnicion romana, se prepararon á sostener su independencia con la misma heróica bravura de que habian dado tan memorable egemplo.

Igual impresion que en Sagunto causó en Roma la derrota de los Scipiones; y fue tal el desconcierto que esta catástrofe introdujo entre los mismos senadores y patricios, que ninguno deseaba el mando de España, pero Publio Cornelio Scipion, que solo contaba veinte y cuatro años, se presentó al fin à vengar à su tio y à su padre. Este jóven, que despues debia merecer el sobrenombre de Africano, templaba el heroismo de los antiguos patricios con la amabilidad de la educacion griega; era del partido de los nobles, pero se valió de la plebe para su provecho; sabia servirse y reirse de las leyes, de la religion y de los tratados, segun convenia à sus intereses: era en fin, dice César Cantú, uno de esos hombres cuya popularidad y cuyo egemplo bastan para reducir à la servidumbre un pueblo libre.

Encargado del mando, vino á España, y en Tarragona reanimó à las desalentadas legiones; y diciendo que Neptuno le ordenaba marchar por entre los enemigos, para atacar á Cartagena, arsenal y granero de los cartagineses en la Península, se dirigió à marchas forzadas sobre aquel

punto, deteniéndose empero en Sagunto, para alentar y elogiar à sus bravos habitantes, que le recibieron con el entusiasmo, con que defendian el nombre y la amistad de los romanos. Bajo la proteccion del nuevo caudillo fue invadida y tomada la capital de los turbolitanos, eternos enemigos de los saguntinos y origen de la horrible destruccion que habian lamentado, vendiendo á sus habitantes en pública subasta: ***sub corona vendiderunt, urbemque eorum delevere.*** Libre Sagunto del único pueblo limítrofe que podia interrumpir su naciente prosperidad, y dueño tambien del territorio que habia pertenecido á los turbolitanos, creció y aumentó en tan poco tiempo su antigua importancia, que durante la continuacion de la segunda guerra púnica, facilitó à las legiones romanas, que pasaban por allí, cuantos recursos necesitaban, suministrándoles víveres, armas y caballos, apreciados entonces, como los mejores de España. Fue tan rápido este crecimiento desde la restauracion principiada por los hermanos Scipiones, que pudieron los saguntinos acompañar al nuevo caudillo romano y ser testigos de la toma de Cartagena, y asistir al degüello de todos sus hombres, de todos los animales útiles y hasta de los perros, segun una ley vigente entre los romanos. Sagunto siguió con interés las estraordinarias vicisitudes, que prepararon la humillacion de Cartago en la llanura de Zama, y la paz vergonzosa, que arrebataba al gran pueblo africano su soberanía, y acompañó al hijo de su restaurador, acusado de haber distraido los caudales públicos. «Romanos, dijo el grande Scipion, en este mismo dia, con los auspicios de los dioses vencí en Africa á Anibal y los cartagineses. Subamos al Capitolio à dar gracias á los númenes, y á rogarles que nos concedan siempre gefes que se me parezcan.» El pueblo en masa, acompañándole, le concedió otro nuevo triunfo. Scipion se desterró, sin embargo, voluntariamente á Linterno, donde los tribunos no le molestaron y donde hizo grabar sobre su tumba aquella célebre inscripcion: «Ingrata patria, no poseerás mis huesos (año 184 antes de J. C.)

El Senado de Sagunto, que debia á la distinguida familia de este héroe, tan señalada proteccion, con aplauso y aprobacion del mismo Senado romano, quiso dejar una prueba de su profunda gratitud, y perpetuar la memoria de su restauracion en una lápida, que no he visto publicada hasta ahora y que se conserva en el castillo. La inscripcion dice así:



Lám. 1.

Memoria consagrada por decreto del Senado al general y cónsul Publio Scipion por haber devuelto la libertad á Sagunto, despues de la segunda guerra púnica (1).

---

(1) Este monumento existia y lo encontré en la batería de San Jorge del castillo. Tiene tres palmos y medio de alto y dos y medio de ancho: es de mármol azulado.

No se contentaron los saguntinos con este tributo de reconocimiento rendido á la gloria de Scipion, sino que quisieron ofrecer tambien á todo el pueblo romano un solemne testimonio de deferencia y un voto público de gracias à Júpiter Capitolino. Al efecto nombraron diez legados para que pasaran á Roma, bajo el patrocinio del grande Scipion, y dando las gracias al Senado, depositaran en el Capitolio una magnífica corona de oro, con otros donativos.

Los legados, cumpliendo exactamente su mision politico-religiosa, llegaron á la ciudad eterna, mereciendo la mas entusiasta acogida del pueblo rey, que contemplaba en ellos á los representantes de aquellas ilustres víctimas, sacrificadas por su lealtad á los hijos de Rómulo. Objeto de las mas distinguidas consideraciones públicas y privadas, los saguntinos fueron recibidos en audiencia solemne por el Senado y en presencia de un numeroso pueblo.

Presidia entonces esta imponente asamblea el mismo Publio Cornelio Scipion, en compañía de Publio Licinio Crasso, que desempeñaban en este año el Consulado. Despues de tratados varios negocios, referentes al gobierno interior de la República, mandó Scipion presentar á los legados saguntinos, que fueron acogidos con la mayor benevolencia. El mas anciano de los legados espresó el objeto de su comision en estos términos:

«Padres conscriptos; como quiera que no hemos de sufrir ya mayores calamidades, que las que hemos pasado por conservar incólume hasta la muerte la lealtad, que os hemos jurado, tiempo es ya que recordemos los beneficios que hemos recibido de vosotros y de vuestros generales, y que han sido tales y tantos, que no podemos lamentar en adelante las desgracias sufridas en otro tiempo. Por nosotros empeñasteis la guerra y la habeis sostenido porfiadamente durante catorce años, haciendo dudosa la victoria y reduciendo á su peligro estremo al pueblo cartaginés. Mientras ardia en Italia la guerra, teniendo en frente al mismo Anibal, enviasteis cónsules á España, para salvar los restos que quedaban de nuestra destruccion; y

desde entonces Publio y Gneyo Cornelios nos dispensaron tantos beneficios, como males causaron á nuestros enemigos. Su primer cuidado fue restituirnos la ciudad y redimir de la servidumbre á nuestros ciudadanos, esparcidos por España, y enviando comisionados para libertarles. Y cuando nuestra fortuna se cambia de adversa en favorable, Publio y Gneyo Cornelios, vuestros generales, murieron con tanto sentimiento para vosotros, como para nuestro pueblo. Entonces parecia que volvíamos de apartadas regiones á nuestros destruidos hogares, solo para esperar otra nueva destruccion, porque sin que se nos hostilizase, ni perdiese otro egército y caudillo estrangero, bastaban los turboletanos para nuestra ruina. Sin esperanza alguna en aquellas circunstancias y cuando menos podíamos tener la mas ligera confianza, enviasteis de improviso en nuestro socorro á ese mismo Publio Scipion, al que saludamos hoy como vuestro Cónsul, y creyéndonos los mas afortunados de Sagunto, por haber podido contemplar en ese sitio al que fue nuestra esperanza, nuestro ausilio y nuestra salud. Ese caudillo, apoderándose de muchas ciudades enemigas, restableció á los saguntinos en sus antiguos hogares, arrancando á muchos de su terrible esclavitud. Por último llevó la guerra y destruyó la Turdetania, cuya existencia era un peligro perpétuo para Sagunto, dejándonos á nosotros y á nuestros hijos libres ya de todo temor. Vimos desaparecer la capital de los turboletanos, por cuya causa Anibal destruyó á Sagunto, recibiendo de sus campos el tributo, y que no lo aceptamos por la utilidad que nos dan, sino por la venganza que de este modo nos tomamos.

»Por tan señalados servicios, que mayores no podíamos prometernos de los dioses inmortales, el Senado y el pueblo saguntino, nos han enviado á diez embajadores, para daros las gracias y manifestaros su satisfaccion por la prosperidad de vuestras armas en Italia y España; pues teneis dominada á España, no solo hasta el Ebro, sino hasta donde el mar Océano termina las últimas tierras del mundo; y en Italia no quedan mas africanos, que los que se guarecen

en un aislado campamento. Y no solo venimos á rendir un tributo de gracias á Júpiter, Optimo y Máximo, que preside el alcázar del Capitolio, sino que somos tambien portadores de una corona de oro, para su servicio, en señal de victoria. Os rogamos, pues, que admitais este obsequio y confirmeis para siempre, si os parece bien, las distinciones que hemos recibido de vuestros generales.»

El Senado respondió elogiando el valor y la lealtad de Sagunto, aplaudiendo á sus gefes por cuanto habian hecho en su favor y concediendo el permiso de depositar en el Capitolio el servicio y la corona, que ofrecian sus caros aliados. En el acto se decretó tambien que se entregaran á cada uno de los legados diez mil dineros, y permitiéndoles que visitasen los pueblos de Italia, á espensas del Senado romano, ofreciéndoles guias y disponiendo que en todas partes fuesen recibidos con la mayor benevolencia y distincion.

Entre tanto continuaban los saguntinos sus obras de restauracion, embelleciendo sus construcciones, al paso que volvieron á recobrar su antigua importancia comercial y agrícola. Repararon el antiguo templo de Vénus, en Almenara, cubriendo sus techos con madera de enebro, que la antigüedad creyó incorruptible, y cuyos trabajos artísticos aun admiró Plinio en tiempos posteriores: dieron un estraordinario impulso al establecimiento de numerosas fábricas de alfarería, tan estimada en Roma, y á la construccion de ingenios y máquinas de guerra: fomentaron la agricultura, por los grandes productos que les rendian el vino, que era uno de los mejores de España, el aceite y sus higos esquisitos, celebrados por Estrabon: y se consagraron de nuevo á la cria de caballos, tan estimados en todas partes, como lo confirman los autores contemporáneos y sus mismas medallas. En la sangrienta batalla, que algunos siglos despues de la restauracion, se dió entre los romanos y los germanos, éstos regidos por Faramond y aquellos por Constante, describiendo el historiador las tropas del egército romano, hace mencion muy especial de

la caballería de Numancia, de Sagunto y de las orillas encantadoras del Betis. Esta caballería formaba el ala derecha del egército romano, fuerte de sesenta mil hombres.

Concíbese tambien su importancia industrial por la existencia de un gefe director de las construcciones de máquinas de guerra, con el título de Prefecto de los Fabros, gremio numeroso, que parecia tener alguna relacion con los ingenieros industriales.

Estos progresos rápidos, que dieron á la poblacion un aumento considerable en poco tiempo, y el recuerdo, no olvidado jamás, de su pasada gloria militar, impulsaron al Senado romano á conceder á Sagunto los honores de Municipio. Eran éstas unas ciudades confederadas, ó libres que, sin menoscabo de su existencia autonómica, gozaban de los privilegios de Roma, ó fuero latino. No consta exactamente la época en que se concedió á Sagunto este derecho; y solo se sabe que fue antes del año 697 de la fundacion de Roma; pues dice Ciceron, en su discurso en favor de Cornelio Balbo, que Quinto Metelo Pio habia otorgado el derecho de ciudadano á Quinto Fabio, natural de Sagunto, y Gneo Pompeyo á otros varios Fabros ó ingenieros mecánicos de la misma ciudad; lo cual deberia suceder inmediatamente despues de la guerra sertoriana, en que mandaron aquellos generales, pues desde aquella época se honraba Sagunto con el título de Municipio en sus medallas.

Desde su restauracion sirvió Sagunto de mansion á los legionarios romanos, marcándola en sus itinerarios entre *Noulas* y *Valentia*, y ausiliando con abundantes recursos à los soldados, que eran recibidos siempre con cariño, y que hallaban en esta mansion un descanso agradable en sus marchas fatigosas (1).

---

(1) Los soldados romanos marchaban al compás de un toque ó redoble, llamado *itinerarium*; y llevaban sesenta ó mas libras de peso, que consistia en trigo para quince dias, las armas, la segur, un rallo (rabrum), una cadena, una soga ó correa, una

Así adquirió Sagunto en pocos años una importancia, muy merecida, que conservó sin interrupcion durante la larga dominacion de los romanos, pasando á formar parte de la monarquía goda, sin haber perdido ni su nombre, ni sus riquezas.

Todos cuantos monumentos han existido, ó cuyos restos existen, pues, en Sagunto, pertenecen á la floreciente época de su restauracion, y de los cuales vamos á ocuparnos con la mayor estension posible, antes de que los tiempos le hicieran perder su primitivo nombre, para tomar el de Morbeter, ó Murviedro.

---

sierra, una cestilla ó capazo, una hoz y sus vestidos. Marchaban en cinco horas, de las de verano, veinte y cinco mil pasos; y si la necesidad lo exigia, andaban cincuenta millas en medio dia ó media noche. Por cada tres dias de marcha, tenian uno de descanso. En circunstancias estraordinarias en cada cinco horas andaban veinticinco millas. Cada milla constaba de ocho estadios, y cada estadio de 625 piés. La paga del soldado varió, segun los tiempos: desde la dictadura de Fabio (217 antes de C.) hasta César (50), se reducia á tres ases diarios, ó sean 27 céntimos. César la duplicó, haciéndola ascender á 18 dineros mensuales, ó 14 francos, 72 céntimos. Augusto la conservó; pero Domiciano la aumentó hasta 25 dineros al mes, ó 20 francos 47 céntimos. La gratificacion que Augusto asignó á los Pretorianos era de veinte mil sestercios, ó 4,035 francos, 24 céntimos, despues de diez y seis años de servicio; y de doce mil sestercios, ó sean 2,421 francos, 24 céntimos á los legionarios, cuando cumplian veinte años de servicio.

RUINAS DE SAGUNTO.

RESTOS LITOLÓGICOS.

A pesar de que el tiempo, menos destructor que la mano del hombre, ha derrumbado y hecho desaparecer casi todos los monumentos con que se engalanó Sagunto en su magnífica restauracion, quedan, sin embargo, bastantes vestigios y fragmentos diseminados en varios puntos de la actual villa de Murviedro. Sin haber practicado escavaciones de importancia, y hallados solo por casualidad, se conservan todavia restos preciosos, que atestiguan la grandeza del pueblo saguntino. No se dá un paso en la moderna poblacion, sin descubrir memorias venerables, que se recogerán al fin y se depositarán en el famoso teatro, cuyas grandes é imponentes ruinas se han cerrado con una cerca, merced al celo de nuestra autoridad superior de la Provincia, y á espensas de la Excma. Diputacion Provincial, para salvarlo todo de su completa desaparicion.

Nuestros historiadores y anticuarios han procurado ya conservar los recuerdos monumentales de Sagunto, distinguiéndose entre todos aquellos escritores el célebre Dean de Alicante D. Manuel Martí, D. Gregorio Mayans, y sobre

todos D. Antonio Valcarcel Pio de Saboya, Príncipe Pio, Marqués de Castel Rodrigo, cuyos trabajos sobre las antigüedades del Reino de Valencia y en especial de las de Sagunto, ha publicado la Real Academia de la Historia con notas é ilustraciones del entendido y laboriosísimo individuo de esta sábia corporacion D. Antonio Delgado.

En este opúsculo he procurado recoger cuanto los demás han estudiado y examinado y cuanto yo mismo he tenido la suerte de descubrir, para formar un museo arqueológico y facilitar al viajero el conocimiento de las antigüedades saguntinas.

Antes de comenzar, empero, el catálogo de esta coleccion, es necesario recordar que muchos de los restos que debian hallarse en Sagunto fueron conducidos á otros puntos, como tendremos ocasion de indicar, para construir nuevos monumentos, ó para desaparecer del todo. Entre los que existen trasportados sin duda, coloca el Príncipe Pio una lápida, que descubrió en el frontis del campanario de la iglesia de Mascarell, de la provincia de Castellon, encontrada por unos labradores en un campo llamado Alter. La inscripcion dice así:



Lám. 2.

Marcus Tettienus, Marci filius, Galeria, Pollio, ædil, duumvir, flamen Augusti, quæstor: Baebia Lucii filia, Lepida uxor.—Marco Tettieno Polion, hijo de Marco, de la tribu Galeria, que egerció el cargo de edil, el de duumviro, el de flamen, de Augusto, y habia sido questor: Baebia Lepida, hija de Lucio, su muger. (V. lám. 2.)

Esta inscripcion es notable bajo diferentes aspectos. El personage principal, á quien se refiere, pertenecia á unas gentes romanas conocidas por primera vez en esta inscripcion, pues con el nombre de *Tettienus* no las encontramos mencionadas ni en los fastos, ni en los historiadores, ni en los monumentos de aquellos tiempos; tal vez fuera este nombre corrompido de *Titinius* que, aunque poco generalizado, lo llevaron algunos de los tribunos de la plebe en Roma y triumviros monetales.

Parece que el sugeto, de quien habla esta lápida, egerció varios cargos públicos. El de edil, que equivalia en los municipios al de los Censores de Roma. Los duumviros egercian un cargo anual en los pueblos gubernativo y económico. Los flámines eran ciertos sacerdotes de los dioses principales, que disfrutaban privilegios especiales; tambien se nombraron para el culto del emperador Augusto, cuando despues de muerto fue considerado como una divinidad principal. Por último fue questor, y todos estos cargos hacen suponer fundadamente que esta inscripcion provenia de Sagunto que, como municipio de tanta consideracion, podia solo contar entre sus ciudadanos personas de tan alta valia. La lápida era de mármol negro, de un pié y tres pulgadas de alto, con otro y diez pulgadas de ancho.

Investigando ahora los monumentos, que se conservan de Sagunto, supone el Príncipe Pio, cuyos estudios vamos siguiendo, que el templo de Diana, único que respetó Anibal en la toma de la ciudad, estaba en el confin de la plaza mayor sobre la iglesia, y frente de la torre de las campanas, fuera de los muros de Sagunto. Allí existen aun trozos de inscripciones, cimientos de silleria y otras ruinas de grandes dimensiones, que ocupaban el corralon de la casa propia, que fue, del célebre Doctor D. Enrique Palos y otras inmediatas. Antes que el Príncipe habia creido lo mismo nuestro historiador Pedro Antonio Beuter.

En este punto se vé fijado el trozo de inscripcion que sigue:

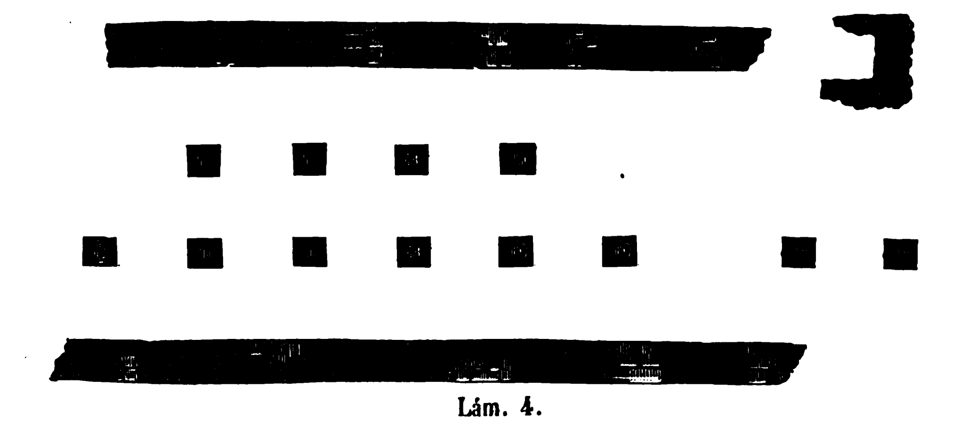


Lám. 3.

DIANAE.... CULTORUM.=*De los devotos de Diana.*—Tiene un pié y tres pulgadas de alto y dos piés y cinco pulgadas de largo.

Escolano se persuadió que estuvo el templo de esta diosa en el arrabal de San Salvador, añadiendo que Don Francisco Llansol de Romaní habia copiado su portada y que sobre ella se vió una inscripcion que decia: ***Templum Dianae;*** y encima en una cornisa mas alta: ***alva, vacca, et nigra Dianae;*** pero el Príncipe hace observar que Llansol en sus colectanos omitió la noticia del sitio en que se encontraba este templo. (V. lám. 3.)

Segun el mismo Príncipe, y segun lo que yo mismo he podido descubrir, entrando por la puerta del castillo á mano derecha, se observan los cimientos, bases de estátuas y el área de otro templo, cuyas paredes esteriores tenian el espesor de seis palmos valencianos; advirtiéndose en el centro las bases de columnas que se ven figuradas en la lám. 4.



Lám. 4.

Allí inmediato notó aquel escritor un pavimento de losas de mármol y parte del *victimarium* y otros restos, pertenecientes al mismo edificio. Un viajero inglés, llamado Mr. Coningham, hizo practicar diferentes escavaciones en aquel punto, y se encontraron las inscripciones siguientes:



Lám. 5.

Quinto Fabio, Gnaei filio, Galeria, Gemino, pontifici saliorum, decreto decurionum.—Por decreto de los Decuriones se dedicó esta memoria á Quinto Fabio Gemino, hijo de Gneo, de la Tribu Galeria, que fue pontífice de los sábios, esto es, de los sacerdotes del dios Marte. El Príncipe dice que habia en la villa otra inscripcion igual, como señal, sin duda, de que los saguntinos quedaron muy reconocidos á los servicios de este personage. Era de mármol negro, de dos piés y tres pulgadas de alto y uno y ocho de ancho. (V. lám. 5.)





Lám. 6.



Lám. 7.

Gnaeo Baebio, Gnaei filio, Galeria, Gemino municipes saguntini.—Los ciudadanos de Sagunto pusieron esta

memoria á Gneo Bebio Gemino, hijo de Gneo, y de la tribu Galeria. Mármol negro. (V. lám. 6.)

Gaio Fabio, Recti filio, Galeria, Probo, pater.—Recto dedicó esta memoria á su hijo Gayo Fabio Probo, de la tribu Galeria. Mármol azulado de un pié y seis pulgadas de alto y uno con siete de ancho. (V. lám. 7.)

Recorriendo todas las construcciones que encierra el castillo, se observan despojos de la antigua opulencia de Sagunto; pero tan trastornados, que es preciso un conocimiento muy práctico, para poder distinguir la época á que corresponden. En tiempo de la guerra de sucesion los vecinos de Murviedro fortificaron, para su defensa, el castillo, y aprovecharon para ello todas las inscripciones y piedras labradas de los saguntinos, de las cuales se ven muchas embutidas en las mismas murallas. Iguales trastornos se han verificado en la guerra de la Independencia y última contienda civil, salvándose milagrosamente el cuerpo ó tronco de una estátua togada de mármol blanco, de cuatro palmos de alta, que se veia todavía sobre la puerta llamada de Mahoma.


Lám. 8.

En la vertiente ó falda del castillo, en el sitio llamado Secanet ó Secanito de Vaquero, se encontró una inscripcion de caractéres desconocidos, que serán tal vez caractéres ibéricos. Era de mármol negro con cuatro piés y siete pulgadas de alto y uno con tres pulgadas y seis líneas de ancho. (V. lám. 8.)

En la parte esterior de la muralla, que media entre la torre de Barani y la de San Pedro, halló el Príncipe multitud de piedras con relieves, varias cornisas, preciosamente labradas, y mas de veinte columnas embutidas, que debieron ser del templo, que existió en el castillo, pues su diámetro correspondia con el de las pilastras ó bases de que se ha hecho mérito.

De la cisterna de una casa, situada junto al hospital, hizo estraer el Príncipe en 2 de Diciembre de 1789 la siguiente inscripcion:



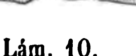
Lám. 9.

Baebia Megale, Nymphidiae liberta, annorum duodecim. Saturninae.—Esta inscripcion sepulcral debió servir, sin duda, para diferentes personas: la primera fue una niña de doce años, llamada Baebia Megale, liberta de Ninfidia, y despues para el sepulcro de otra llamada Saturnina. Era notable, porque tenia en sus adornos la cesta mística con sus serpientes, parecida á la que se ve en las monedas llamadas cistóforas de Efeso y de otros puntos del Asia menor. La piedra era de mármol azulado de un pié y seis pulgadas de alto, con otro y seis de ancho. Con la misma inscripcion se hallaron trozos de la misma piedra con labores y relieves, que debieron servir tal vez como parte del sepulcro, á que aquella pertenecia. (V. lám. 9.)

En el mes de Agosto de 1775, derribándose una casa junto á la puerta de la villa, se halló una columna de mármol, que tenia labrada una cabeza de frente con estos caractéres: A. N. P. Q. La copió un eclesiástico llamado el Dr. D. Pedro Juan Miró, el cual dió la noticia al Príncipe Pio.

En 1760 se encontró en la casa de la viuda de Tovar, situada en la calle del Camino real, un panteon con las siguientes inscripciones:




Lám. 10.



Lám. 11.

Comus, Fabia, Quinti liberta, Hóspita.—No puede formarse de esta inscripcion un juicio exacto. Si el nombre de Comus estuviera en dativo, diríamos que fue destinada á este dios, que, como dice Varron, presidia en las meriendas y fiestas nocturnas llamándole *Comessator* y *comessans*, por Fabia Hóspita, liberta de Quinto. Tenia seis pulgadas de alto y un pié y tres pulgadas de ancho. (V. lám. 10.)

Anton..... Augusto.—En el mismo sitio se encontraba esta inscripcion, que era de mármol negro con un pié y diez pulgadas de alto con dos y nueve de ancho; pero no se puede formar juicio de ella, á no creer que estuvo dedicada al emperador Antonino Augusto. (V. lám. 11.)



Lám. 12.



Lám. 13.

Parece sepulcral, que sirvió para distintas épocas: el primero y cuarto renglon se componen de iniciales, que completarian el sentido de una inscripcion sepulcral, que termina en *que libertis suis;* es decir, que el sepulcro serviria para el sugeto, para su familia y para sus libertos. Los

dos renglones del centro, parece que son de época posterior, y como si hubiesen acomodado à un nuevo sepulcro el fragmento de una inscripcion anterior y dice asi: ***Hermetis et Tullae uxoris*** (suple) ***monumentum.***—Monumento de Hermeto y de su muger Tula. (V. lám. 12.)

Diis manibus Severi, annorum triginta et octo. Benemerens fecerunt pro te.—Consagrado á los dioses manes de Severo, que murió de edad de treinta y ocho años. Te hizo este sepulcro, porque lo tènias bien merecido. Era de mármol negro, y tenia once pulgadas de alto con nueve de ancho. Masdeu interpretó de este modo el último renglon. —***Benemerenti filius pro testamento.*** (V. lám. 13.)



Lám. 14.

Fragmento de inscripcion, al parecer, dedicatoria; pero no puede entenderse su contesto. Tenia dos piés y siete pulgadas de largo, y hallóse en la citada casa de la viuda de Továr. (V. lám. 14.)

Prosigue el Principe diciendo que con motivo de haber dispuesto el conde de Cailús, capitan general de estos Reinos, que se compusiera el camino real de Barcelona, à la entrada de Murviedro, caminando desde Valencia, frente poco mas de diez pasos del meson ó parador llamado entonces de Armengol, hoy de D. Vicente Andreu, se encontraron jaspes de varios colores, escelentes por su lustre y hermosura, los cuales fueron trasladados desde alli al trascoro de la iglesia mayor, à fin de darles buen destino. Algunos de ellos tersos y pulimentados por ambos lados, y de un pié en cuadro, estaban taladrados y eran tan fáciles de quebrar, que desde luego se conocia que se habian calcinado, tal vez en algun incendio.



Lám. 15.

En este sitio se halló el famoso pavimento mosáico, que representaba á Baco montado sobre una pantera, coronado de pámpanos y con un ramo de vid en la mano, llevando además sobre el hombro un atributo, que tal vez representará un thyrso: al rededor de la figura hay una greca formada de sarmientos, plantados en cuatro jarrones, que están colocados en los ángulos. En los intermedios se ven varios génios vendimiando las uvas, que se figuran pendientes de los pámpanos.

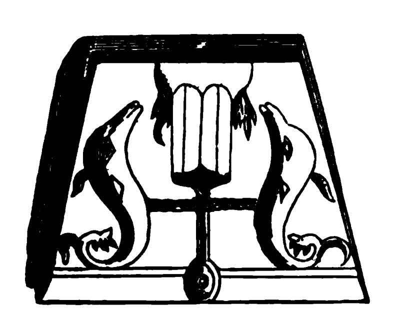
Este mosáico se mandó conservar, construyendo al efecto una casita: pero ya en tiempo del Príncipe Pio no existia. Sin embargo, como D. Francisco Puig, beneficiado de Murviedro, hubiera tenido la curiosidad de hacerlo pintar sobre un piso de ladrillos con las mismas medidas y colores; y como además D. Francisco Fabian y Fuero, Arzobispo que fue de esta Diócesis, hubiese hecho componer una copia con las teselas de otros mosáicos deshechos, la cual se conservaba en el museo público de la biblioteca del Príncipe, se pudieron sacar copias, que se han publicado en diferentes obras.

La opinion del Príncipe era de que este mosáico pertenecia á un panteon; diciendo que los pequeños jaspes taladrados debieron servir para formar los tabiques del sepulcro, encadenados con gruesos alambres, porque este era el modo que los antiguos conocian para formar las divisiones y puertas. Añade en apoyo de esta opinion, que en el templo de Santa Constancia de Roma, que sirvió tambien de panteon, se encuentra otro mosáico alusivo á Baco.

Acerca de la edad de este monumento cree que fuera anterior á la destruccion de Sagunto, deduciéndolo de las señales que tenian todas estas ruinas de haber sido quemadas. Sin embargo de esta opinion tan respetable, no cree el Sr. Delgado que en tiempo de Anibal, ni en el de la destruccion de Sagunto, hubiesen llegado los saguntinos á usar de ricos jaspes para sus casas y para sus sepulcros, y mucho menos de pavimentos mosáicos, costumbre fastuaria introducida despues, y ya en tiempo del imperio romano. No es estraño

tampoco que estas ruinas conservasen rastros del fuego, pues han sido tantas las agresiones y devastaciones que los pueblos han sufrido desde aquellos remotos tiempos hasta nuestros dias, que no hay motivo para elevarlas por dicha causa á mas antigua época. Funda además el Sr. Delgado su opinion en el gusto de las grecas y dibujos, mas en armonía con otros mosáicos romanos, que con la sencilléz de las artes del tiempo de Anibal.

El descubrimiento de este precioso mosáico se verificó en 19 de Abril de 1745, debiendo añadir que, abandonada la casita, levantada para su conservacion, fue destruida por los muchachos.




Lám. 16.

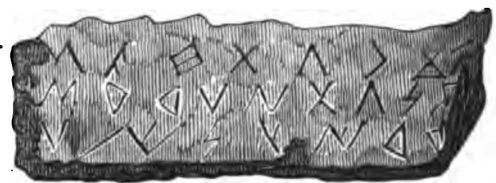


Lám. 17.

Tambien se encontró en este mismo sitio otra lápida, que copió el Príncipe en 1773, y que representa un timon entre dos delfines. Publicóla D. Luis Velazquez, tomando por caractéres las dos aletas de los delfines, que en forma triangular se ven representados en la piedra sobre el cuerpo de estos peces. Cuando el Príncipe volvió de nuevo á examinar estas ruinas, habia desaparecido aquel monumento. (V. lám. 16.)

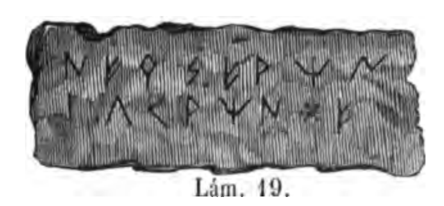
Representa, en bajo relieve, una figura desnuda sujetando dos brutos, la cual no se sabe á qué deidad atribuir, si bien cree el Príncipe que representaria alguno de los númenes, que adoraron los iberos, y cuyos nombres nos han conservado varias inscripciones de aquellos tiempos, como Endovelico, Antubel, Nabis, Baraeco, Sutuno, Togotis y

otros. Era de mármol azulado, y media un pié y seis pulgadas de alto, con otro de ancho. El Príncipe la vió sobre la puerta de una taberna en la calle del Camino real, y la copió en 22 de Febrero de 1790. (V. lám. 17.)



Lám. 18.

Es una lápida con caractéres desconocidos, si acaso no son ibéricos, como es lo mas probable. Era de mármol negro, con siete pulgadas de alto y un pié con tres pulgadas de largo. (V. lám. 18.)



Lám. 19.



Lám. 20.

Indudablemente es una inscripcion ibérica, de mármol negro, de seis pulgadas de alto y un pié con dos pulgadas de ancho. La halló el Príncipe en la calle de Ramos, en el ángulo de la casa de un Miguel Cambra. (V. lám. 19.)

Es de la misma clase, de mármol negro de ocho pulgadas de alto y un pié con dos pulgadas de largo: encuéntrase en el segundo pilar del claustro del convento, que fue de Trinitarios. (V. lám. 20.)



Lám. 21.

Pertenece á la misma clase de caractéres incógnitos, y era de mármol negro: tenia nueve pulgadas y ocho líneas

de alto, y un pié, siete pulgadas y seis líneas de largo. La vió el autor en el castillo, antes de llegar á la torre de Hércules, en el lienzo de la muralla de la derecha. (V. lám. 21.)



Lám. 22.



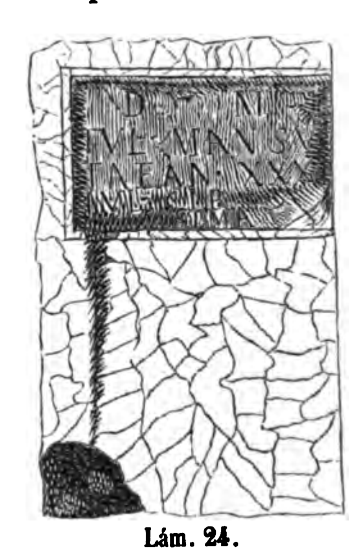
Lám. 23.

Tambien de mármol negro: la descubrió el Príncipe en el hospital, y tenia un pié y dos pulgadas de alto, con nueve pulgadas y seis líneas de ancho. (V. lám. 22.)

Aulo Aemilio, Paulli filio, Palatina, Regillo quindecimviro sacrisfaciendes, praefecto urbis juridicundo, quaestori Tiberii Caesaris augusti, patrono (suple) *saguntini*.—Los saguntinos dedicaron esta memoria á su patrono Aulo Emilio Regilo, hijo de Paulo y de la tribu Palatina, uno de los quince varones encargados de la custodia de los libros de las Sibylas, de interpretarlos y de hacer los grandes sacrificios, prefecto de la ciudad de Roma con facultad de aplicar la ley, y cuestor del emperador Tiberio César Augusto.

Esta inscripcion notable y de las mas importantes del reino de Valencia, ha sido publicada por varios autores. Masdeu la insertó en su coleccion lapidaria, leyendo Regilio, en lugar de Regilo ó Régulo, y Paulo por Aulo; y creyó que este personage fuera cuestor del emperador Tiberio en la provincia tarraconense. Antes que Masdeu la habian publicado en sus colecciones respectivas Grutero, Fabretti, Muratori y nuestro Ambrosio de Morales. Este último insigne anticuario, aun cuando equivocó tambien el pronombre de Aulo, ya acertó en que Emilio Regilo fue patrono de los

saguntinos en Roma, y suponiendo además que fuese cuestor del emperador Tito (leyendo sin duda T. CAESARIS por TI CAESARIS), juzgólo descendiente del cordovés Emilio Régulo, que segun los historiadores habia intentado quitar la vida al infame emperador Calígula. El infatigable señor Delgado cree, que pudo ser el mismo sugeto el mencionado en esta inscripcion, que el que nos recuerdan los historiadores, el cual, ya en tiempo de Tiberio, habia egercido en Roma los cargos importantes que se espresan; pues aunque estos últimos le llaman ***Regulus*** y no ***Regillus***, puede esta alteracion dimanar de errores de los copiantes de los antiguos códices, tal vez de que el Príncipe Pio creyese ver una I y una L donde debió estar una V; ó por último, de la frecuente permutacion, que entonces se hacia entre ambas vocales. Resulta de todos modos que los saguntinos, reconocidos á sus patronos, le dedicaron una estátua, para la cual serviria de pedestal esta inscripcion. El Príncipe la vió en la plaza del Castillo, pasada la capilla, en el zócalo de un paredon. ¿Seria la estátua que se hallaba en la puerta de Mahoma? (V. lám. 23.)



Lám. 24.



Lám. 25.

Diis manibus, Juliae Mansuetae, annorum triginta, Julius Cipius uxori piissimae.—Julio Cipio puso este

monumento sepulcral á los dioses manes de su piadosísima muger Julia Mansueta, que murió de edad de treinta años. El Príncipe hace notar que por esta inscripcion de Julia Mansueta puede deducirse, que aquel célebre español, llamado Julio Mansueto, que mató á su padre, sin conocerle, en la batalla de Cremona, segun refiere Tácito, fue natural de Sagunto, lo que confirman mas otras inscripciones referentes á reclutas ó soldados saguntinos, que sirvieron en las legiones romanas. El Príncipe la vió en el arrabal de San Francisco, colocada en la segunda grada de la escalera de una casa de Nicolás Llopis. (V. lám. 24.)

Marcus Acilius, Lucii filius, Fontanus.—Eripuit nobis unde vicessimus annus—Ingressum juvenem militiam cupide:—Parcae falluntur Fontanum quae rapuerunt—Cum sit perpetuo fama futura viri.=Marco Acilio Fontano, hijo de Lucio, entró en la milicia con entusiasmo; pero lo perdimos á los diez y nueve años. Se engañaron los Parcas al robarlo, porque será perpétua la fama de este varon. Era de mármol negro, con ocho pulgadas de alto y dos piés con tres pulgadas de largo, y existe en la calle de En Pau, en la pared de la casa que habitó un Mr. Duclos, y entonces era de José Romeu, ahora de Antonio Basilio. Antes que el Príncipe la publicaron el P. Diago, Pons y Masdeu, corrigiendo los defectos ortográficos, que se notan en el original, de la misma manera que la lee el Sr. Delgado. (V. lám. 25.)



Lám. 26.

Lucio Antonio, Lucii filio, Galeria, Numidae praefecto fabrum, tribuno militari legionis primae italicae, Lucius Rubrius Polybius amico.—Lucio Rubrio Polybio dedicó

esta memoria á su amigo Lucio Antonio Numida, hijo de Lucio, y de la tribu Galeria, prefecto de los ingenieros y tribuno militar de la primera legion itálica. Es de mármol negro, con un pié y ocho pulgadas de alto y tres con ocho de largo: la copió el Príncipe en la fachada del convento de Trinitarios donde existe. Masdeu la publicó tambien. (V. lámina 26.)


Lám. 27.

Lucio Antonio** Numidae, prefecto fabrum, **tribuno legionis primae**..... Marcus Sergius..... et Sergius **servus dedicaverunt.—Marco Sergio y su esclavo Sergio dedicaron esta memoria á Lucio Antonio Numida, prefecto de los ingenieros y tribuno de la primera legion itálica. Mármol negro, de un pié y nueve pulgadas de alto, con uno y once de ancho. Se vé en la pared de la capilla de San Vicente, plaza de San Francisco. (V. lám. 27.)


Lám. 28

Silano.... Justo.... Gnaeo Lepido.... Severo equitum.... urbano tribuno.... sorti.... Saguntini.—Los saguntinos dedicaron esta memoria á N. Silano, que mereció el dictado de Justo, y á Gneo Lepido, comandante de una de las seis decurias de caballeros romanos, que egerció cargo importante dentro de la ciudad de Roma, fue tribuno de alguna legion y á quien le cupo en suerte el mando de una provincia. La vió el Príncipe colocada á la derecha del portal de Terrizas, cubierta con el yeso del enlucido, que tuvo que quitar, para leerla en 11 de Diciembre de 1787: era de mármol azulado, con dos piés de alto y dos con tres pulgadas de largo. (V. lám. 28.)



Lám. 29.

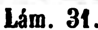


Lám. 30.

Gratus annorum triginta.—Grato, de edad de treinta años. Sepulcral; y la vió el Príncipe en la calle de la Placeta, en el frontis de la casa de Vicente Martí del Roi: era de mármol negro, con seis pulgadas de alto y un pié con cinco pulgadas de largo. (V. lám. 29.)

Antoniae, Lucii filiae, Sergillae, Vegetus libertus.—El liberto Vegeto dedicó esta memoria á Antonia Sergila, hija de Lucio. Mármol negro de un pié y ocho pulgadas de alto, con tres y seis de largo. Se halla en la portería del convento de Trinitarios. (V. lám. 30.)





Lám. 31.



Lám. 32.

Antoniae, Lucii filiae, Sergillae, Lucius Terentius Fraternus ad fini (pro affini).—Lucio Terencio Fraterno

puso esta memoria á su cuñada Antonia Sergila, hija de Lucio. Es tambien de mármol negro; tenia un pié y ocho pulgadas de alto y otro con ocho de ancho: se vé en el mismo sitio que la anterior. (V. lám. 31.)

Sergiae, Marci filiae, Peregrinae, Lucius Julius Actius et Porcia Mele fecerunt.—Lucio Julio Accio y Porcia Mele pusieron esta memoria à Sergia Peregrina, hija de Marco. Mármol negro de un pié y ocho pulgadas de alto y tres con ocho de largo. Se halla al pié del campanario del citado convento de Trinitarios. (V. lám. 32.)



Lám. 33.

Sergiae, Marci filiae, Peregrinae, Theomnestus et Lais et Didyme liberti.—Teomnesto, Lais y Didima, libertos, dedicaron esta memoria á su patrona Sergia Peregrina, hija de Marcò. Mármol negro de un pié y nueve pulgadas de alto con tres y seis de ancho: se vé colocada á la derecha de la porteria de los Trinitarios, y habia además otra perfectamente igual. (V. làm. 33.)



Lám. 34. Lám. 35.

Baebia, Gnaei liberta, Tavaccae aurigae.—Bebia, liberta de Gneo, dedicó esta memoria al auriga Tabacca. Mármol negro de siete pulgadas de alto y un pié con tres pulgadas de ancho; estaba en la plaza sobre la puerta de Matias Gil, debajo de los pórticos. Masdeu la leyó así: ***Baebia,***

Gnaei liberta, Tavacca Lauronense.—Bebia Tavacca, liberta de Gneo y natural de Liria. (V. lám. 34.)

Quintus Fabius Sotericus hic situs est, annorum quadraginta: Fabia, Quinti liberta, Anatole, annorum viginti et quatuor.—Aquí está enterrado Quinto Fabio Soterico, de edad de cuarenta años, y su liberta Fabia Anatole, de edad de veinticuatro años. Mármol negro de ocho pulgadas de alto y un pié con una pulgada de largo: estaba en el terrado de la casa de D. Gerónimo Barta, en la calle Mayor. V. lám. 35.)



Lám. 36.

Publio Calpurnio Armonico annorum viginti et quinque.—Publio Calpurnio Armónico, de edad de veinticinco años. Tiene debajo escrito con letras de puntos *Cali,* que tal vez indican las primeras sílabas del nombre del dedicante, pero que dejaron sin terminar. La vió el autor en la calle Mayor, en la pared de la casa de Miguel Vera, frente á la de Callares. (V. lám. 36.)

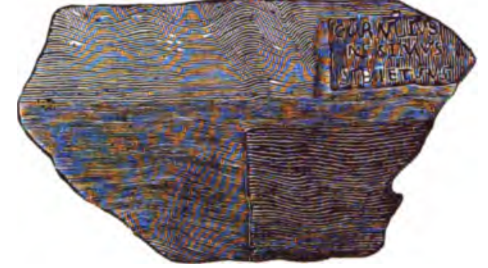


Lám. 37.

Es un fragmento de inscripcion dedicatoria, de que no se puede formar juicio: tenia un pié y cuatro pulgadas de alto, con once pulgadas de ancho, y estaba en la calle de las Parras á la puerta de la casa de Pedro Juan Flor. (V. lám. 37.)



Lám. 38.



Lám. 39.

Otro fragmento de inscripcion, en que se menciona una Bebia ó Bebio: mármol negro, de un pié de alto y medio de ancho, en la calle del Farol, en el ángulo que hacia frente al yesar, y salia al hospital. (V. lám. 38.)

Cornelius Onesimus, sibi et suis.—Tabla de mármol que sirvió para el sepulcro de Cornelio Onessino y para los de su familia. La vió el Príncipe en el rio, mas abajo de la villa, y la copió en 1782. (V. lám. 39.)





Lám. 40.



Lám. 41.

Basa de inscripcion sepulcral, en que solo se lee ***Piissimo:*** era mármol negro con dos piés y ocho pulgadas de

alto, con uno y cuatro de ancho. La copió el autor en 1782 en el campo de un Manuel Vidal, camino de Valencia, á la derecha de la entrada de la villa. (V. lám. 40.)

Aemilia..... Edetana annorum.—Sepulcro de una persona de la gente Emilia, natural de Edeta (Liria). Mármol negro de dos piés de ancho, que vió el autor en la calle de San Roque, al lado de la puerta de un cirujano, que se llamaba Don Miguel Palmer. (V. lám. 41.)




Lám. 42.



Lám. 43.

Gaio Grattio Polyantho annorum quinquaginta et quinque, Geminia Phebas viro et sibi.—Geminia Phebas hizo este sepulcro para sí y para su marido Gayo Grattio Polyantho. Mármol negro de un pié y tres pulgadas de alto, con dos piés de largo: está en el arrabal de San Salvador, en el ángulo de la posada. Los cognombres de estas personas son griegos: *Polyantho,* quiere decir mucha belleza, ó muchas flores. *Phebas*, providencia de *Phebus* ó del sol. Existe á espaldas del parador del Sol, de la propiedad de D. Luis Azopardo, en un ángulo de la casa, sobre el camino Real de Barcelona. (V. lám. 42.)

Deo Aureliano.—Al dios Aureliano. Los romanos deificaban á sus emperadores, despues de muertos, cuando por sus buenas acciones lo merecian, y esta es la primera noticia que se tiene de que hubiera obtenido este honor Lucio Valerio Domicio Aureliano, que fue proclamado el año 270 de la era cristiana y asesinado á los cinco años

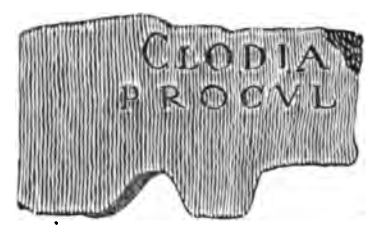
en la Thracia, por traicion de Mnestheo, su secretario, bien que por su valor y conocimientos militares se hizo digno de la gratitud de los romanos, pues restableció los antiguos límites del imperio é impuso á sus enemigos. El Príncipe vió esta lápida en el pórtico de la casa de Francisco Pastor, en un cipo de mármol acanelado de seis piés y tres pulgadas de alto y cuatro y una pulgada de diámetro. (V. lám. 43.)


Lám. 44.


Lám. 45.

Lucius Lucilius Duumvir.... turris et.... reficit (por refecit).—Lucio Lucilio, uno de los Duumviros de la ciudad, construyó torres y renovó otra parte de las fortificaciones que no se leen en la inscripcion. Era de las mas antiguas segun su estilo y forma de caractéres: mármol negro de un pié y seis pulgadas de alto, con uno y tres de largo. La vió el autor en el lindar de la puerta antigua del Castillo, que mira á San Salvador, llamada de los tres Castellets. (V. lám. 44.)

Vivens fecit (suple hoc monumentum), Popillia, Marci filia, sibi et Lucio Coelio.... questoris tabulario, viro optimo, annorum.....—Popilia, hija de Marco, hizo en vida este sepulcro para sí y para que sirviese desde luego al escelente varon Lucio Celio, tabulario ó secretario del cuestor, que murió de edad de.... La vió el Príncipe en la calle Mayor, frente á la puerta de D. Ramon Armengol, en mármol negro, de nueve pulgadas de alto y uno con tres de ancho. Masdeu la leyó así: *Vivens fecit Popillia, Marci filia, sibi et Lucio Coelio, Lucii Recessi filio Agorio viro optimo annorum*. El Sr. Delgado no juzga acertada esta interpretacion. (V. lám. 45.)





Lám. 46.



Lám. 47.

Clodia Proculla.—Parece sepulcral para una muger de este nombre. Tabla de mármol negro de un pié de alto y de otro con cuatro pulgadas de ancho: la vió el autor en la calle Mayor, en el corral de la casa en que vivia Mariano Mercader. (V. lám. 46.)

Fabiae Fabia Terentia.—Fabia Terencia dedicó esta memoria á su hija Fabia. En mármol negro de cuatro pulgadas de alto y un pié de largo; saliendo de la villa hácia Valencia, en la pared del campo del clero. (V. lám. 47.)



Lám. 48.



Lám. 49.

Valeri Germani.—Sepulcro de Valerio Germano: mármol negro de dos piés y tres pulgadas de alto y uno con nueve de ancho: existia en el corralon de la villa, á donde se condujo por el Príncipe, que la habia descubierto en el piso antiguo de la plaza. (V. lám. 48.)

Fabia, Quinti liberta, Hirundo annorum triginta.—Sepulcro de Fabia Hirundo, liberta de Quinto, de edad de treinta años: en mármol negro, de un pié y diez pulgadas

de alto y dos piés de largo: estaba en la pared de la capilla de San Vicente en la anteplaza de San Francisco. (Véase lám. 49.)



Lám. 50.



Lám. 51.

Fragmento de inscripcion sepulcral de uno que vivió treinta y cinco años, y cuyo nombre no se puede entender. Era de mármol negro, de un pié y una pulgada de alto y de otro con cinco de largo, y la vió el Príncipe junta con la anterior. (V. lám. 50.)

Lucius Manlius, Caii filius, Fabianus duumvir, de sua pecunia (suple *fecit.)*—Lucio Manlio Fabiano, hijo de Cayo, duumviro de la ciudad, hizo esta obra á sus espensas. De mármol negro, de un pié y una pulgada de alto y de otro y nueve pulgadas de ancho. La vió el Príncipe sobre la puerta del castillo, llamado de Mahoma. Esta inscripcion debe aludir á que el duumviro ó magistrado, que espresa, construyó á sus espensas alguna torre ó baluarte en la muralla, donde debia haber estado colocada la inscripcion. (V. lám. 51.)



Lám. 52.



Lám. 53.

Gnaeo Baebio, Gnaei filio, Galeria, Gemino, pontifici, aedili, salio, decreto decurionum.—Por decreto de los

decuriones de esta ciudad, se dedicó esta memoria á Gneo Bebio Gemino, hijo de Gneo, y de la tribu Galeria, el cual era pontífice, edil y salio, ó sacerdote de Marte. Mármol negro de pié y medio en cuadro. Esta inscripcion nos manifiesta que en Sagunto, así como en Roma, habia pontífices, ediles y salios, cargos sagrados y sacerdotales del politeismo romano muy conocidos. (V. lám. 52.)

Marco Calpurnio, Marci filio, Galeria, Luperco, aedili, duumviro, pontifici, Manlia, Gnaei filia.—Manlia, hija de Gneo, dedicó esta memoria á Marco Calpurnio Luperco, hijo de Marco, y de la tribu Galeria, que fue edil, duumviro y pontífice, sin duda en la misma Sagunto. (V. lám. 53.)



Lám. 54.

Marco Acilio, Marci filio, Galeria, Rufo procuratori Caesarum conventus tarrachonensis.—Dedicada á Marco Acilio Rufo, hijo de Marco, y de la tribu Galeria, que fue procurador de los Césares en el convento jurídico de Tarragona. Base de estátua de mármol negro, de tres piés y tres pulgadas de alta, con uno y ocho de ancha, colocada sobre la cisterna, frente la capilla del castillo. Masdeu, que publicó esta inscripcion, creyó que este Marco Acilio Rufo fue procurador del convento jurídico de Tarragona, en tiempo de Constantino. El Sr. Delgado la cree mucho mas

antigua y probablemente del tiempo de los emperadores Aurelio y Vero. (V. lám. 54.)



Lám. 55.



Lám. 56.

Gnaeus Baebius, Caii filius, Faustus.—Parece sepulcral y es de un pié de alto y otro con cuatro pulgadas de ancho. (V. lám 55.)

Viventes fecerunt Fabia, Marci liberta, Pindara, et Marcus Fabius Propinquus, filius.—En vida hicieron este sepulcro Fabia Pindara, liberta de Marco, y su hijo Marco Fabio Propincuo: tambien de mármol negro, de un pié y cuatro pulgadas de alto y de otro de ancho. Estaba colocada, como la anterior, en la anteplaza de San Francisco, en la pared de la capilla de San Vicente. (V. lám. 56.)



Lám. 57.

Vivens fecit Gaius Grattius Halis, sibi et Grathiae Mirsynae uxori Karissimae annorum quadraginta et

septem, sibi et suis.—En vida hizo este sepulcro Gayo Gratio Halis para sí, para su carísima muger Gratia Mirsyna, que ya habia muerto á la edad de cuarenta y siete años y para los de su familia. Mármol negro, de un pié y cinco pulgadas de alto y otro con once de ancho, que existia junto á las anteriores. Halis y Myrsina son nombres griegos y quieren decir el del primero ***vagamundo*** y el de la segunda ***ungida***. (V. lám. 57.)



Lám. 58.

Parece sepulcral, que debió servir para uno llamado Proculo y para otro cognominado Philocomo, liberto de Gneo. Mármol negro de once pulgadas de alto y de un pié y una pulgada de largo, que el Príncipe Pio vió en la calle Mayor, en el ángulo de la casa de Nicolás Blas, á la raiz del piso. (V. lám. 58.)



Lám. 59.

Publio Baebio, Lucii filio, Galeria, Maximo Juliano aedili, flamini, Popillia Avita ex testamento Caii Popillii. Cupiti patris.—Popilia Avita, por disposicion testamentaria de su padre Cayo Popilio Cupito, dedicó esta memoria á Publio Bebio Máximo, Juliano, hijo de Lucio y de la tribu Galeria, que fue edil y flamen. Mármol negro de dos piés y once pulgadas de alto y dos piés de ancho: la vió el Príncipe en la última torre del castillo, llamada antiguamente el Barani, y en el siglo anterior de San Pedro. (Véase lám. 59.)



Lám. 60.

N. Quinti filio Nigro..... pontifici ex decreto decurionum.—Por decreto de los decuriones se dedicó esta memoria á N. Nigro, hijo de Quinto, que entre otros cargos egerció el de Pontífice. Mármol negro de un pié y cuatro pulgadas de alto y de otro con una pulgada de ancho, que vió el autor en la pared de la capilla de San Vicente. (V. lám. 60.)



Lám. 61.

Marcus Popillius Martialis vivens fecit monumentum Propilliae....—Marco Popilio Marcial hizo en vida este

monumento para sí y para Popilia. Mármol negro de once pulgadas de alto y de uno con once de ancho: la copió el autor en 1779 en la casa de la villa. (V. lám. 61.)



Lám. 62.

Diis manibus: Geminae Myrines, annorum triginta, Lucius Baebius Pardus omni bono de se meritae fecit.— Lucio Bebio Pardo hizo este sepulcro dedicado á los dioses manes de su muy benemérita muger Gemina Myrines, que murió de edad de treinta años. Mármol negro de un pié y diez pulgadas de ancho y cinco piés de largo: la vió el Príncipe sobre la pared de la puerta del castillo, llamada de Mahoma. Masdeu la publicó tambien. (V. lám. 62.)



Lám. 63.

Caio Voconio, Caii filio, Galeria, Placido, aedili, duumviro bis; flamini bis, questori, saliorum magistro.

—Monumento dedicado á Voconio Plácido, hijo de Cayo y de la tribu Galeria, que egerció el cargo de edil, habia sido dos veces duumvíro, otras dos flamen, tambien cuestor, y por último maestro de los salios. Mármol negro de un pié y nueve pulgadas de alto, con cinco y dos de largo, que vió el autor enfrente de las gradas de la iglesia mayor. (V. lám. 63.)



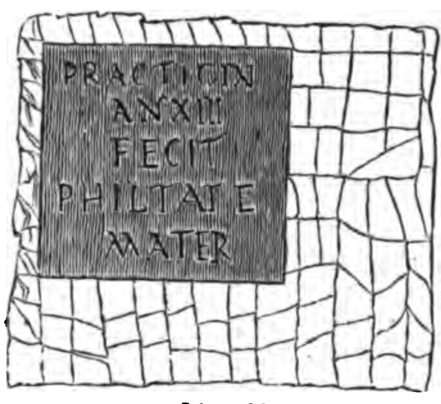
Lám. 64.

Popilliae, Lucii filiae, Rectinae, annorum octodecim, Caius Licinius, Caii filius, Galeria, Marinus, Voconius, romanus uxori.—Cayo Licinio Marino, hijo de Cayo y de la tribu Galeria, que tambien se llamó por adopcion Voconio, y era natural de Roma, dedicó esta memoria é hizo este sepulcro para su muger Popilia Rectina, hija de Lucio, que murió de edad de diez y ocho años. Mármol negro de un pié y once pulgadas de alto, con tres piés, nueve pulgadas y tres líneas de ancho, que el autor vió en el mismo sitio que la anterior. Masdeu, que la publicó, dice que Plinio, el jóven, mencionó á un Voconio, romano, hijo de una española, el cual fue flamen de la España citerior. (V. lám. 64.)



Lám. 65.

Caius Marius Iaccus, Maria Hygiaenusa, annorum octodecim, Maria Hygia, Maria Primigenia sibi et suis.— Sepulcro destinado para Cayo Mario Yaco y para María Hygienusa, que murió de diez y ocho años, para María Hygia y para Maria Primigenia, para ellos y para los suyos. Mármol negro de un pié y seis pulgadas de alto y uno con once de ancho, que vió el autor en la alquería de D. Ramon Berenguer, á un cuarto de legua de la villa, en el ángulo de la cisterna. Los cognombres de Yacco, Hygia y Hygienusa son griegos, adoptados de Baco, llamado tambien Yacco, y de ***Hygia,*** salud. (V. lám. 65.)



Lám. 66.

Practicino annorum tredecim fecit Philtate mater.— A Practicino, que murió de edad de trece años, hizo este

sepulcro Philtate, su madre. Mármol de un pié y seis pulgadas de alto, con dos y diez de ancho, y estaba en la entrada de la sacristía de la ermita de Loreto, colocada en el piso. (V. lám. 66.)



Lám. 67.

F. Probo annorum viginti et octo.—N. pro testamento filio et sibi.—N., por disposicion testamentaria de su hijo F. Probo, que murió de edad de veintiocho años, hizo este sepulcro para sí y para su hijo. Mármol de un pié de alto y diez pulgadas de ancho, que se encontraba en el jardin de la casa de D. Ramon Berenguer, á espaldas de la iglesia mayor. (V. lám. 67.)



Lám. 68.

Asclepio.... Aug.... ex testamento.... lidori honorem.—Dedicada al dios Asclepio ó sea Esculapio, que se mandó hacer por disposicion testamentaria de uno llamado tal vez Polidoro. Mármol de un pié y nueve pulgadas de alto y de un pié y dos pulgadas de ancho: existia en la calle Mayor en la pared de la casa de Felipa Marin. Masdeu la reintegró ingeniosamente en esta forma:

D. ASCLEPIO
L. P. AUGURI.
NUS. TESTAMENT.
ST. CUM. BASI. DEC.
PUBL. LIDORI
H. IN. HONOREM.
M. D. ASCLEPI.
ST. COR. AUR. ORN.

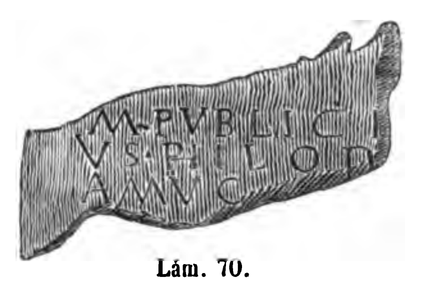
Lucio Publio Augurino decretó en su testamento una estátua con su basa al dios Esculapio. Publio Lidoro, su heredero, en honor del gran dios Esculapio, adornó la estátua con una corona de oro. (V. lám. 68.)



Lám. 69.

Lucius Antonius, Leuci libertus, Florus votum solvit libens merito.—Lucio Antonio Floro, liberto de Leuco, cumplió gustoso y como debia este voto. Falta el nombre de la deidad à quien se ofreció. Mármol de un pié y cuatro

líneas de alto, y uno con seis de ancho: la vió el Príncipe abandonada en la orilla del camino Real de Zaragoza, antes de llegar á la ermita de Monserrate. (V. lám. 69.)



Lám. 70.

Marcus Publicius Philodamus.—Nada mas decia esta inscripcion, que era de mármol de ocho pulgadas de alto y de un pié con tres pulgadas de largo: estaba en el callejon que sube á la calle del Jou ó Chou, en el ángulo que hace frente á la casa de José García. Philodamus es nombre griego y parece quiere decir en dialecto dórico «amigo del pueblo.» (V. lám. 70.)



Lám. 71.

Caio Licinio, Quinti filio, Galeria, Campano, aedili, duumviro, flamini, ex decreto decurionum.—A Cayo Licinio Campano, hijo de Quinto y de la tribu Galeria, que habia sido edil, duumviro y flamen, se dedicó esta

memoria por decreto de los decuriones. Pedestal de dos piés y diez pulgadas de alto y uno con nueve de ancho, que estaba en el castillo, en la plaza que antiguamente se llamaba Soloquia. (V. lám. 71.)



Lám. 72.

Crattiae Charite annorum.....—Memoria sepulcral dedicada á Gratia Charite, que murió de edad de..... Mármol de un pié y una pulgada de ancho, que vió el autor en una calle sin nombre, contigua á la de Larch, en el arco del corral de Vicente Graullera. (V. lám. 72.)



Lám. 73.

Semproniae, Lucii filiae, Nepotillae, Calpurnia, Quinti filia, Fusca, filiae optimae.—Calpurnia Fusca, hija de Quinto, dedicó esta memoria á su escelente hija Sempronia

Nepotila, hija de Lucio. Pedestal de mármol azulado de un pié y diez pulgadas de ancho y de dos con tres de alto: la vió suelta el autor en el cobertizo de la villa, linde con la ermita y cementerio, añadiendo que se descubrió en 15 de Marzo de 1789 al abrir los cimientos para la casa de la villa. (V. lám. 73.)



Lám. 74.



Lám. 75.

Fragmento de inscripcion dedicatoria de que no se puede formar juicio. Es de mármol negro de seis pulgadas de alto, y la vió el autor á la entrada de la puerta de Ferol, al lado de la casa de Joaquina Ausiach. (V. lám. 74.)

Fragmento de inscripcion sepulcral que no se puede leer. Mármol negro de un pié y cuatro pulgadas de alto y ocho pulgadas de ancho: la vió el autor en la anteplaza de San Francisco, en la pared de la capilla de San Vicente. (V. lám. 75.)



Lám. 76.

Dedicatoria á un Quinto Cecilio, hijo de otro Quinto, y de la tribu Galeria, que fue edil y pontífice: tambien en mármol negro de un pié y cinco pulgadas de largo, y seis pulgadas de ancho: estaba en la calle Mayor, en la pared de la casa de Gerónimo Basta. (V. lám. 76.)



Lám. 77.



Lám. 78.

Trozo de inscripcion al parecer dedicatoria á un Emilio, hijo de Lucio: mármol negro de seis pulgadas de alto y de un pié y cinco pulgadas de largo: se copió en 31 de Mayo de 1776, estando suelta en la falda oriental del castillo. (V. lám. 77.)

Diis manibus: Baebiae Nice, Felix uxori dulcissimae. —Consagrado á los dioses manes: Felix á su dulcísima muger Bebia Nice. Mármol negro de siete pulgadas de alto y nueve de largo, y la copió el autor el mismo dia que el anterior: se hallaba en la plaza. (V. lám. 78.)



Lám. 79.

Trozo de inscripcion dedicatoria á un sugeto que egerció un cargo en la legion tercera Gálica, en una cohorte de la misma denominacion y en un cuerpo de caballeros

romanos: tambien en mármol negro de siete pulgadas de alto, y un pié con tres pulgadas de ancho: estaba en el arrabal de San Francisco, en el arco de la puerta de la casa de Vicente Estrada, y se copió en 5 de Noviembre de 1789. (V. lám. 79.)

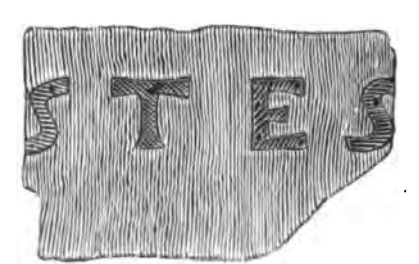


Lám. 80.

Fragmento de inscripcion sepulcral á un Quinto Licinio: mármol negro de nueve pulgadas de alto, y un pié con seis pulgadas de ancho: estaba en el callejon sin salida de la calle Mayor, colocada en la escalera de la casa de Juan Beltran. (V. lám. 80.)



Lám. 81.



Lám. 82.

Otro fragmento de inscripcion á un Quinto Valerio, en mármol azulado de ocho pulgadas en cuadro: estaba en el Cantó Gros, á la falda del castillo, al lado de la puerta de Manuel Andrés. (V. lám. 81.)

Trozo de mármol con cuatro letras de que no se puede formar juicio; pero que sin duda tuvieron sobrepuestas

hojas de bronce, conociéndose en la piedra las señales de los clavos que las sujetaban: mármol negro de tres piés y tres pulgadas de alto, y de otros tres con diez de largo: estaba en la muralla esterior de la plaza de Saloquia, hoy plaza de Armas, en un recodo bajando para los tres Castellets. (V. lám. 82.)



Lám. 83. Lám. 84. Lám. 85.

Inscripcion muy maltratada, al parecer, sepulcral: estaba en la calle de la Sangre, en el ángulo de la casa de Francisco Andrés. (V. lám. 83.)

Otro fragmento sepulcral en mármol azulado de un pié y diez pulgadas de alto, y de otro con ocho de ancho, suelto en el camino del Grao. (V. lám. 84.)

Piedra blanca con tres letras que se ven al lado de la puerta de la Soloquia en la parte oriental del castillo, frente á la ermita: tiene tres piés y dos pulgadas de alta y otros tres con seis de larga. Estas letras, así como las ya referidas de la lám. 82, tuvieron embutidas otras de bronce, conociéndose las incisiones, para sujetarlas, las cuales taladraban hasta la espalda, y cada caracter tenia un pié de alto, por lo que debe creerse sirvieron para el frontis de algun templo ó edificio principal. (V. lám. 85.)



Lám. 86. Lám. 87. Lám. 88.

Fragmento de inscripcion sepulcral de mármol blanco, de seis pulgadas de alto y diez de largo: estaba en el arrabal, callejon sin salida de la Raceta, á la puerta de la viuda de Vicente Arlandis. (V. lám. 86.)

Otro fragmento sepulcral en mármol oscuro, que estaba en la placeta del Olmet, en el corral de Vicente Vitoria. (V. lám. 87.)

Otro de mármol negro de siete pulgadas de alto y cinco de ancho: estaba en el Camino Real. (V. lám. 88.)



Lám. 89.



Lám. 90.

Otro de seis pulgadas de largo: camino de Gausa, en la cerca del campo de Joaquin Borgoñó. (V. lám. 89.)

Otro sepulcral en mármol negro, que estaba en la casa de Ignacio Valero, menor. (V. lám. 90.)



Lám. 91.



Lám. 92.

Otro de once pulgadas de alto y siete de ancho, en el molino que fue de Duclós, frente del huerto de D. José Maquivar. (V. lám. 91.)

Otro de seis pulgadas de alto con siete de ancho: estaba en el castillo, en la gorguera de la puerta de los tres Castellets. (V. lám. 92.)



Lám. 93.



Lám. 94.

Ladrillo de arcilla de polvo de piedra, sumamente estropeado, con caractéres ininteligibles: era de un pié y tres pulgadas de largo y estaba en la ventanilla del muro del teatro. (V. lám. 93.)

Inscripcion hebrea en mármol negro de dos piés y tres pulgadas de alto y de uno con cuatro de ancho: estaba suelta en el casinito de Vaquero. (V. lám. 94.)



Lám. 95.

Otra idem en mármol negro de ocho pulgadas de alto con un pié y siete pulgadas de ancho: estaba colocada en la capilla de S. Vicente con un letrero que decia asi: Hebreo rabino. (V. lám. 95.)



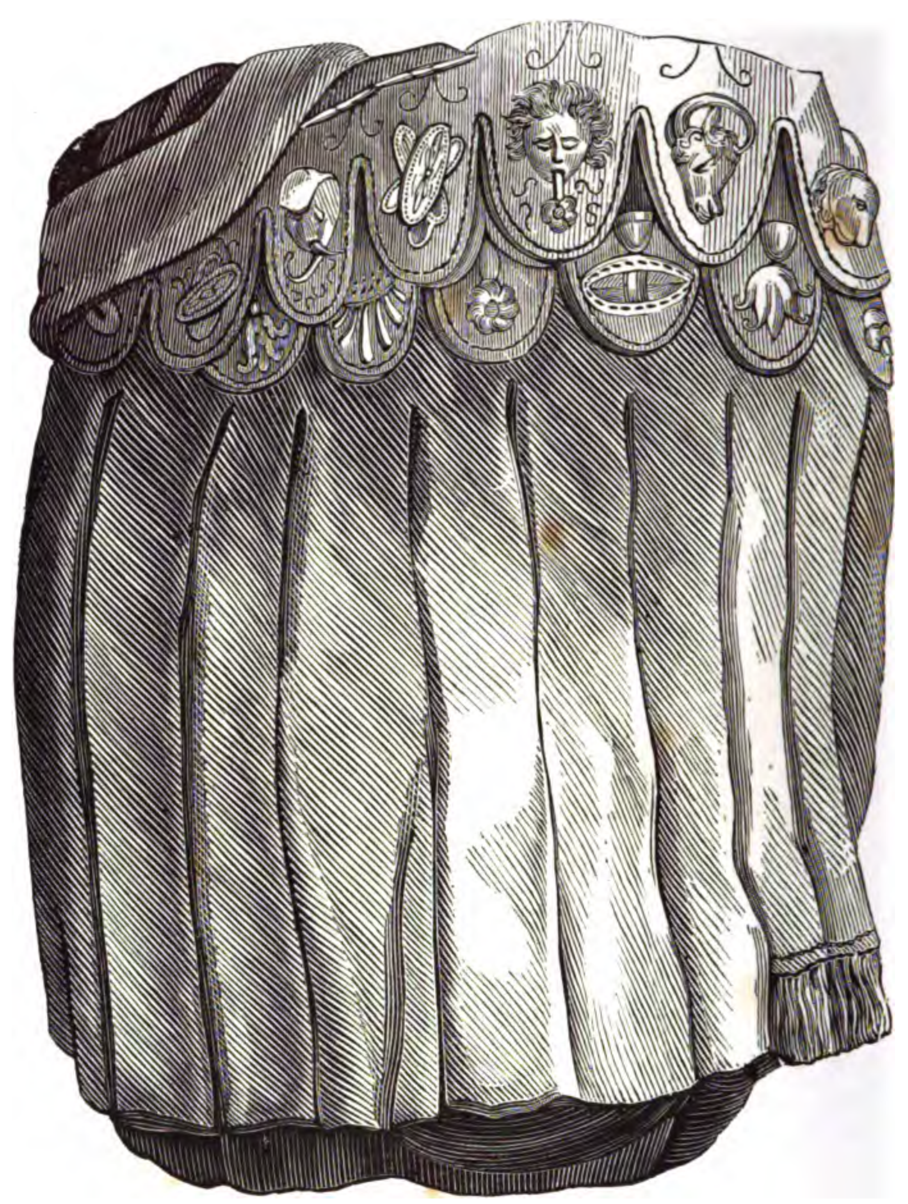
Lám. 96.

Otra idem con piedra blanca berroqueña, floja y esponjosa, muy mal conservada: tenia de largo dos varas y la vió el autor en la ermita de la Sangre. (V. lám. 96.)



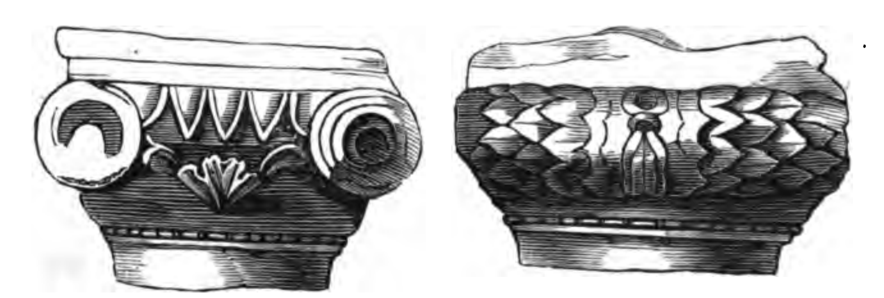
Lám. 97.

Trozo de estátua de mármol finísimo hallado entre las ruinas de Sagunto, de un pié y siete pulgadas de altura, y se conservaba en el corralon de la villa: la dibujó el



Lám. 98.

autor en 1782, presentándola de frente y de perfil. (Véanse láms. 97 y 98.)


Lám. 99.

Capitel de una columna de un pié y ocho pulgadas de ancho y de otro y dos pulgadas de alto: sirve de pié á la cruz que está delante de la capilla del castillo y seguramente procedia del templo inmediato, de que ya se ha hecho mencion. (V. lám. 99.)


Lám. 100.

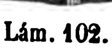
Capitel igualmente de mármol blanco y de las mismas dimensiones, que estaba suelto en la plaza de S. Francisco, y de alli lo hizo trasportar el Príncipe Pio al corralon del convento del mismo nombre. Dice además que en el hospital de la villa habia otro igual, aunque no tan bien conservado. (V. lám. 100.)

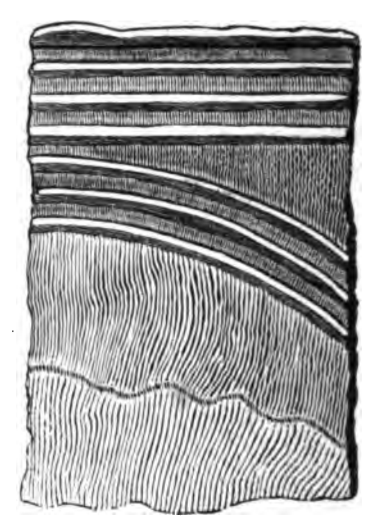
Lám. 101.

Capitel tambien de mármol, que se descubrió en presencia del Príncipe en el mes de Marzo de 1789, abriendo los cimientos de la casa capitular, y lo dibujó por los tres puntos de vista distintos, que presenta. (V. lám. 101.)





Lám. 102.



Lám. 103.

Piedras labradas, que se encuentran colocadas en la torre de Santa Ana, la cual fue construida casi toda con piedras antiguas de edificios romanos. (V. lám. 102 y 103.)

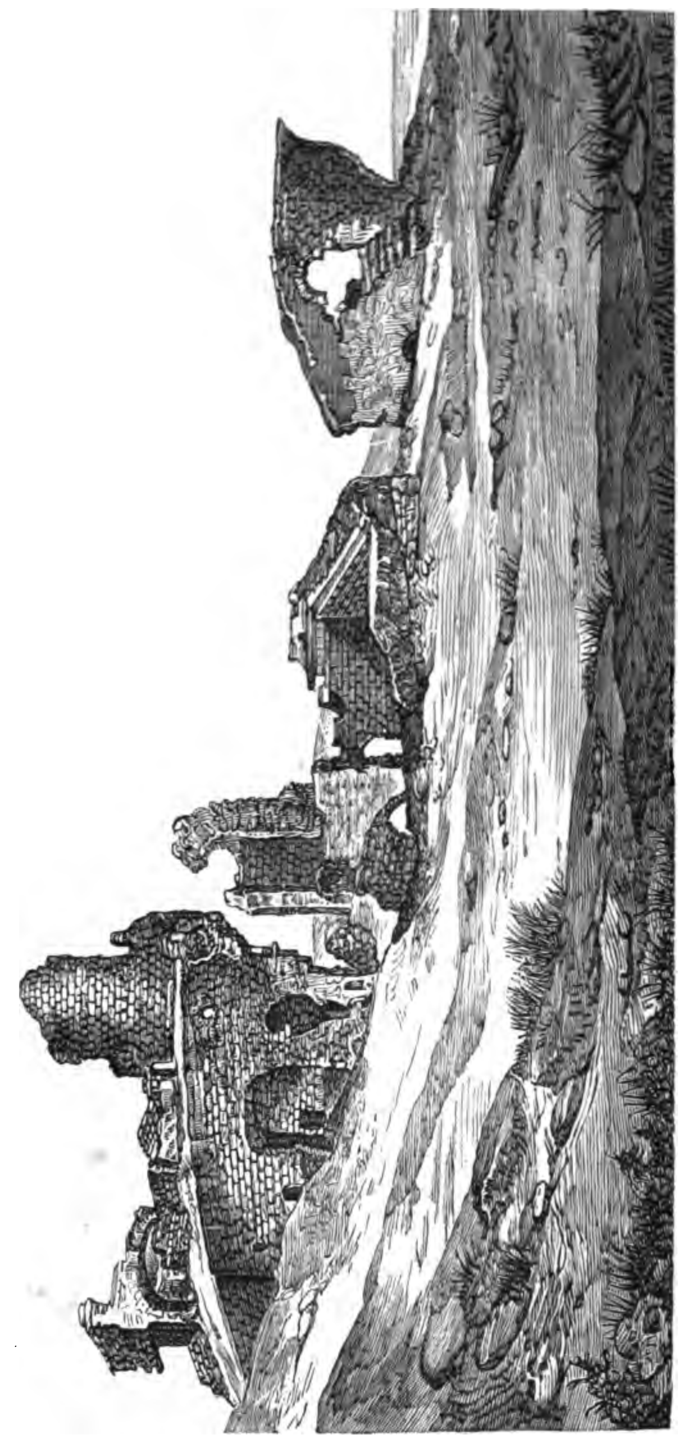
Añade el Príncipe que en el secanito de Vaquero, donde está la inscripcion de la lámina 94, en la parte esterior de la muralla inmediata á la torre de Barani ó la de S. Pedro, se veian multitud de fragmentos de vajilla de barros saguntinos, muchas piedras labradas de edificios

antiguos y mas de veinte columnas de todos tamaños, embutidas en la muralla y tendidas en el cèntro, por manera que solo presentaban el corte; y además se veia una cornisa de órden corintio, primorosamente labrada. Cree que todo esto correspondió al templo ya citado en la plaza de la Ermita.

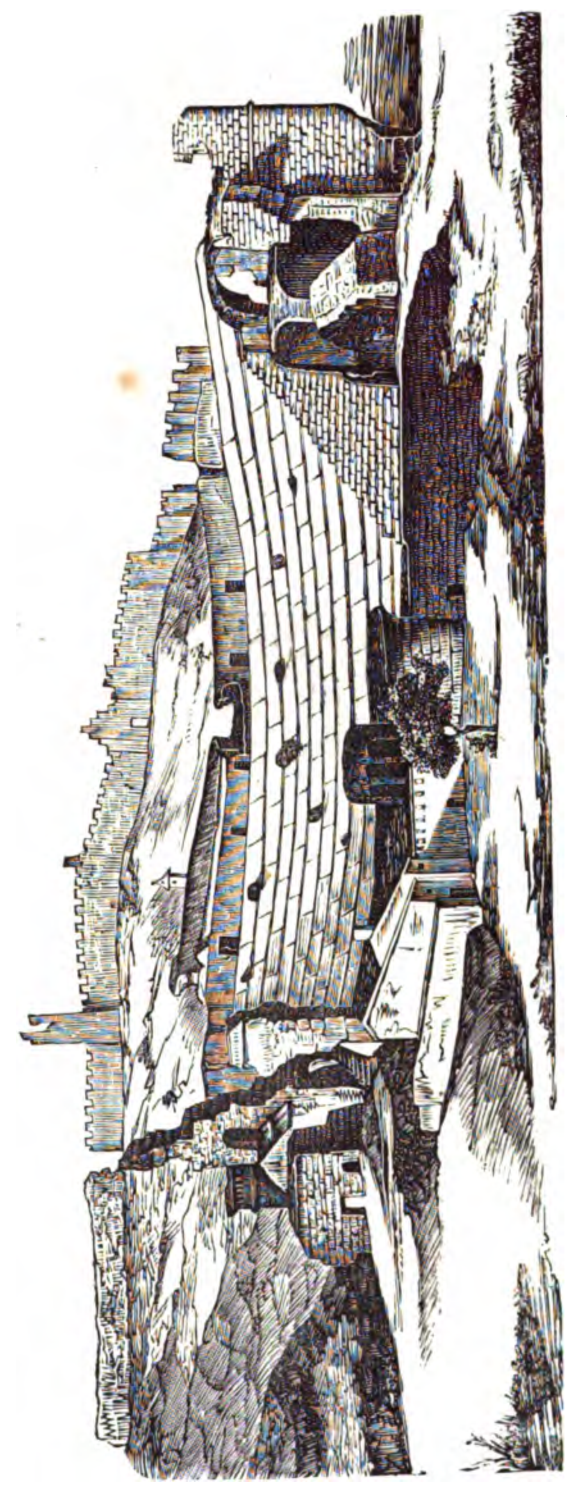
No se olvidó el Príncipe Pio, al describir las antigüedades que encontró en Murviedro, de los edificios públicos, cuyos vestigios reconoció; y al efecto trata del célebre teatro, haciendo copiar sus vistas en la forma que aparecen en las láminas 104 y 105. Con este motivo impugna, como lo hizo el célebre D. Manuel Martí, Dean de Alicante, á D. Enrique Palos, que describió este teatro, cometiendo notables equivocaciones en 1793, descripcion, que no mereció el permiso del rey, para publicarse, hasta que la protegió el Príncipe de la Paz.

En otro lugar insertamos íntegra la magnífica descripcion que del teatro escribió el citado Martí, y que insertó Montfaucon en sus Antigüedades esplicadas.

Continúa el autor describiendo otras ruinas no menos importantes, que existian en aquella ciudad. En el arrabal de la Trinidad, estramuros, descubrió los restos de un gran circo. Todo su recinto estaba cultivado y le ocupaban varios huertos, los cuales correspondian al Vicario, à las monjas Servitas y à D. Manuel Armengol. Las dos paredes esteriores tenian de largo desde Occidente á Oriente, quinientos cincuenta pasos naturales, y corrian paralelas distantes entre sí ciento catorce pasos, hasta los estremos en forma de semicírculo. Se conocia toda la pared que caia al Mediodía, esto es, mirando á la ciudad: la de la parte del Norte estaba á trozós caida dentro del rio Palancia, á cuyas orillas estaba situado: permanecia en pié el semicírculo oriental; pero no quedaban rastros del occidental. Las paredes, que quedaban, tenian solo la elevacion de tres piés y medio sobre la superficie de la tierra, y eran en parte de mármol ó piedra azulada, y el resto de la obra cimenticia piñoneada; y por la parte que



Lám. 104.



Lám. 105.

tenia mas altura se veia á la elevacion de siete piés y nueve pulgadas una hilada de piedra trabajada, que á modo de cornisa, sobresalia tres pulgadas.

A distancia de cien pasos del semicirculo oriental, en la pared del Mediodía, advirtió un trozo de obra de cantería sin cal ni otra lechada en las juntas, con una puerta de siete piés de alto y de cuatro piés y tres pulgadas de ancho. De la meta nada se descubria, ya sea por haberse arruinado, ó lo mas cierto, porque se habia elevado el piso del circo mas de ocho piés y tal vez estaria enterrada. Como era de poca elevacion para que los espectadores de una parte pudieran ver los carros, que despues de doblar los ángulos de la meta volvian por el lado opuesto, no duda se hallaria haciendo escavaciones con buen método.

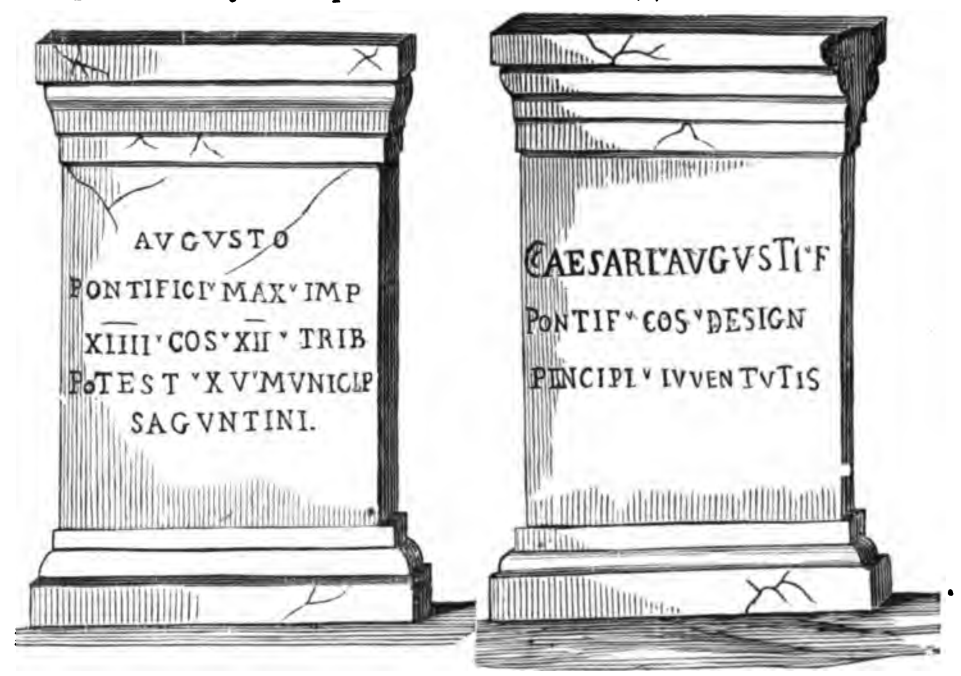


Lám. 106.

Advierte el autor que se conservaban restos del acueducto por donde en aquellos tiempos se condujeron las aguas á esta ciudad, y por último, recordando la disertacion que imprimió en el año de 1799, sobre los barros saguntinos, tan celebrados por Plinio y Marcial y que publicamos á continuacion, añade la inscripcion lámina 106 que estaba en una taza de este barro, hallada en 28 de Junio de 1786 en el castillo de Murviedro, junto la torre llamada de Hércules.

Terminaremos el catálogo de las lápidas recogidas por el ilustrado Príncipe Pio, con la noticia de las que últimamente se han descubierto y que han estudiado entre otros varios personages contemporáneos el distinguido anticuario Mr. Hubner, profesor de Berlin y del Instituto arqueológico de Roma y Berlin; el Excmo. señor Baron Techo, último Embajador que ha sido del Rey Víctor

Manuel en nuestra Corte, persona dotada de estraordinarios conocimientos literarios, y cuyo trato es tan simpático como su modestia, el Sr. D. Antonio Delgado, individuo de la Real Academia de la Historia, el Sr. D. Santiago Piñeiro, distinguido general de Artillería, y otras personas de que se hará mérito en esta obra, que tuvieron la amabilidad de asociarme en la espedicion científica, que verificaron á las ruinas de Sagunto. Despues de haber examinado todos los restos que existen en Murviedro y admirado su célebre teatro, recorrimos el histórico castillo, y no solo encontramos aun algunas de las lápidas publicadas por el laborioso Príncipe Pio, sino que hallamos otras no publicadas y de especialísima memoria (1).



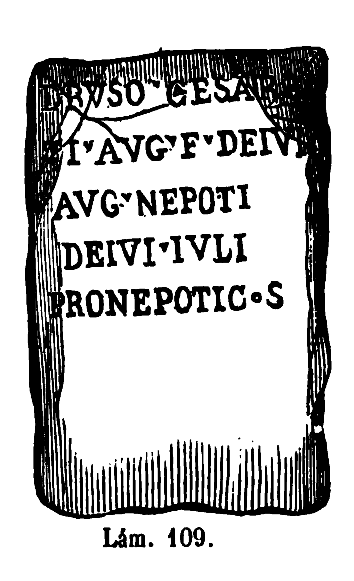
Lám. 107. Lám. 108.

Augusto Pontifici Maximo Imperatori XIIII Consuli XII tribunitia potestate XV municipium Saguntini.—El

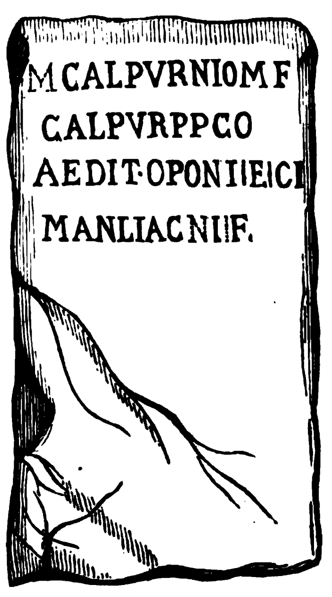
(1) Todas las lápidas que siguen hasta la 119 se encuentran hoy depositadas en el célebre teatro, á peticion del humilde autor de estas Memorias.

Municipio de Sagunto consagró esta memoria, á Augusto Pontifice máximo emperador, catorce veces cónsul, por doce veces honrado con la potestad tribunicia por 15. Base de estátua de mármol azulado que existe en la plaza de Armas de Isabel 2.ª, antes plaza de Soloquia, en el castillo. (V. lám. 107.)

Caesari augusti filio, pontifici consuli designato principi juventutis.—Memoria consagrada á César, hijo (adoptivo) de Augusto pontífice, cónsul electo, príncipe de la juventud ó de los caballeros escogidos. Base de estátua de igual piedra y dimensiones que el anterior. Conservábase en el mismo sitio. Aun se notan los agujeros que debieron servir para sujetar las estátuas que decoraban estos monumentos. (V. lám. 108.)



Lám. 109.



Lám. 110.

Druso Caesari, filii Tiberii Augusti, divi Augusti nepoti, divi Julii pronepoti cónsuli.—Memoria consagrada á Druso César, hijo de Tiberio Augusto, nieto del divino Augusto, biznieto del divino Julio, siendo cónsul.

Existe en la bateria de S. Jorge del castillo, y tiene

tres y medio palmos de alto y dos y medio de ancho. (V. lám. 109.)

Marco Calpurnio, Marci filio, Galeria, Luperco aedili pontifici Manlia Gnaci filia.—Manlia, hija de Gneo, dedicó esta memoria á Marco Calpurnio Luperco, hijo de Marco y de la tribu Galeria, que fue edil y pontífice. Existia casi borrada en el suelo de una batería: es mármol azulado, y tiene tres palmos de alto y otros tantos de ancho. (V. lám 110.)



Lám. 111. Lám. 112.

Quinto Varvio Cereali Quinti filio, Galeria aedili duumviro flamini vis saliorum magistro Quaestori, Publius Baebius Venustus amico.—Publio Bebio Venusto consagró esta memoria á su amigo Quinto Varvio Cereal, hijo de Quinto, y de la tribu Galeria, que fue edil, flamen dos veces, maestro de los salios y cuestor. (V. lám. 111.)

Marco Baebio Marci filio Galeria, Crispo aedili

Pontifici Saliorum, conclusores.—A Marco Baebio Crispo, hijo de Marco, de la tribu Galeria, que fue edil y pontífice de los salios. Dedican esta memoria sus colegas en la corporacion de los salios. Existia en la ciudadela del castillo: es de mármol azulado con tres palmos de alto y dos y medio de ancho. (V. lám. 112.)



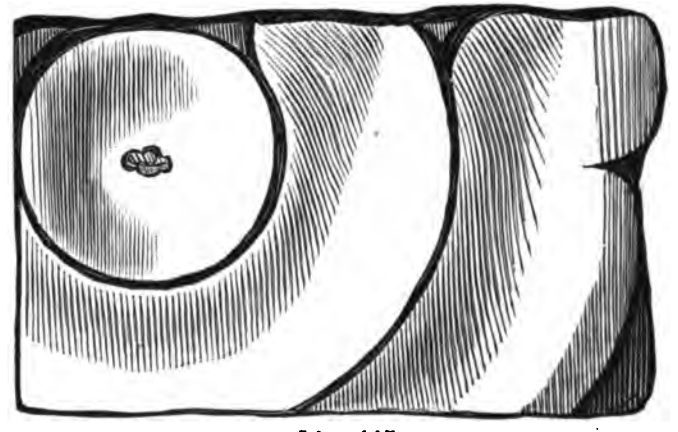
Lám. 113.

Diis manibus Lucio AElio Caereali magistro artis grammatice Lucius AElius AElianus libertus patrono benemerito. Vixit annorum LXXXV.—A los Dioses manes: Lucio Aelio Aeliano liberto dedica este sepulcro á su patrono, que lo tenia merecido Lucio Aelio Cereal, maestro en el arte de la gramática; murió á la edad de 85 años.

Existia al lado de la ciudadela del castillo y tiene dos palmos y medio de alto y tres de ancho: es de mármol negro. (V. lám. 113.)



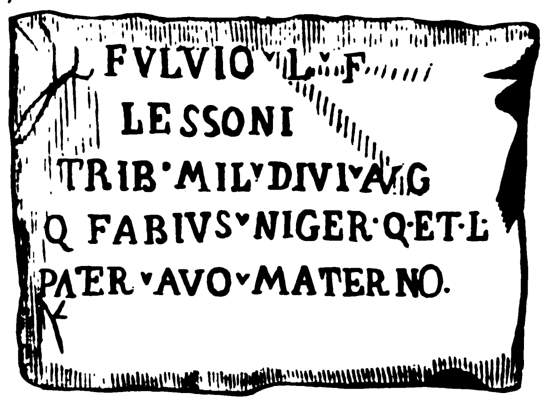
Lám. 114.



Lám. 115.

Tronco de una estátua togada que se encontraba embutida en la torre que hay junto á la puerta de Mahoma del castillo. (V. lám. 114.)

Trozo de un adorno, que existia en la ciudadela. (V. lámina 115.)



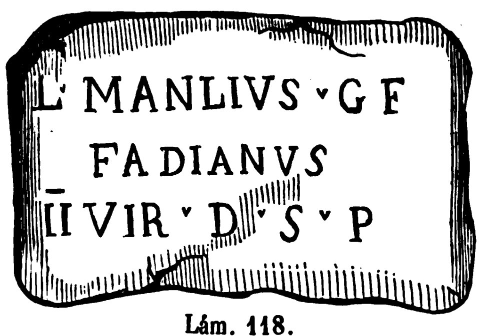
Lám. 116.



Lám. 117.

Lucio Fulvio Lucii filio Lessoni tribuno militum divi Augusti Quintus Fabius Niger qui et Lucius pater avo materno.—Quinto Fabio Niger y Lucio su padre ponen este sepulcro al abuelo materno Lucio Falvio Leson, hijo de Lucio, tribuno militar del divino Augusto. Existia en la puerta del cuartel de la Bóveda del Castillo: tiene dos palmos de alto y dos y medio de ancho. (V. lám. 116.)

Bajo relieve que representa la alianza ó la paz por medio de dos figuras que se dan la mano. Estas se hallan sin cabeza y son de piedra tosca y de una antigüedad notable. (V. lám. 117.)



Lám. 118.

Lucius Manlius Gnaei filius Fadianus duumvir de sua pecunia (suple fecit.)—Lucio Manlio Fadiano, hijo de Gnaco, que fue duumviro de la ciudad, puso esta memoria á sus espensas: tiene un palmo y medio de alto y tres de ancho. (V. lám. 118.)





Lám. 119.

Terminaremos este catálogo litológico, dando noticias de una lápida saguntina, que, como otras indicadas en la

coleccion del Príncipe Pio, se cree desconocida, ó al menos de orígen ibérico. Se halla perfectamente grabada en la obra que con el título de «Alfabeto de la lengua primitiva de España» escribió D. Juan Bautista Erro y Azpiroz, asegurando que este apreciable y gracioso monumento se comunicó, con la noticia de su hallazgo, al sábio Arzobispo de Tarragona D. Antonio Agustin, que empleó en su exámen ó interpretacion largas é infructuosas tareas, sin que pudiera leer estos caractéres. Muerto aquel Prelado pasó la inscripcion, ó una copia de ella, á poder de nuestro erudito bibliógrafo D. Vicente Ximeno, que la publicó en sus «Escritores del Reino de Valencia» aunque con una pequeña alteracion, que no es otra que la de haber inclinado la jucla en el segundo signo del segundo renglon á un lado, debiendo estar en el medio. Vista y examinada desde entonces por muchos, y por ninguno interpretada, llegó desconocida hasta el citado Erro, quien tuvo la satisfaccion, son sus palabras, de dar á conocer á los apasionados de la antigüedad este antiquísimo monumento de la célebre Sagunto, por medio del descubrimiento del alfabeto primitivo.

Esta piedra, que sin duda tenia encima el busto del sujeto á quien se dedicaba, segun se infiere del pronombre *ni*, esto es, *yo*, con que empieza la inscripcion, se erigió á un célebre nadador. Su contenido no espresa si fue una distincion á algun gran servicio particular, ó si es una memoria á su estraordinaria habilidad. Otro pretende que estos caractéres corresponden á los antiguos caractéres bascos, ó de la lengua escuara: este autor la traduce así:

NI IZaZ IRIN
IGUEL aRINIA

y quiere decir: «Yo en la ciudad marítima, nadador ligero,» ó lo que es lo mismo: «Yo el ligero nadador de Sagunto.»

Me juzgo incompetente para apreciar, como se debia, la opinion de Erro, y dejo á otros mas sábios la satisfaccion de poder tratar esta cuestion. (V. lám. 119.)

BARROS SAGUNTINOS.

Hemos seguido al ilustrado Príncipe Pio y á su comentador el no menos entendido Sr. Delgado, en la investigacion de los restos litológicos de Sagunto; y como aquel laborioso escritor estendió mucho mas la esfera de sus observaciones arqueológicas, debemos seguirle tambien en el estudio de los célebres barros, tan estimados en la antigüedad, como buscados en el dia para adornar nuestros museos.

El Príncipe publicó en 1779 una bellisima disertacion sobre estos monumentos, sirviendo de introduccion una carta del erudito é infatigable D. Gregorio Mayans y Ciscar; tan competente en el exámen de estos y otros restos arqueológicos. Mayans opina, pues, que los barros saguntinos estaban fabricados de una arcilla muy delgada y ligera, y se secaba sin fuego, ni sol, y aun sin viento, para que este no llevase materia alguna, que pudiera adherirse á la masa: moliáse bien; se pasaba por tamices muy delgados y espesos; se mezclaba con agua purísima; y quizá

se añadian algunos ingredientes para darle buena consistencia: últimamente se torneaban artificiosamente con notable variacion de figuras, añadiendo al mismo tiempo la hermosura y brillo á cada vaso, y luego se imprimia sobre la arcilla, aun blanda, el sello acostumbrado. Son varios los colores con que se presentan estos barros; pero los mas generales son rojo, blanquecino, ceniciento, negro, y alguna vez amarillo jaspeado; cuya diferencia de color procedia ó de la calidad de la arcilla, ó del uso á que se destinaba la obra: su objeto principal era para beber y otros mas comunes para guisar; admirando la consistencia de estas vasijas, que aun conservan su dureza, á pesar de las capas tan delgadas que las forman.

Ambrosio de Morales decia lo siguiente de estos apreciables fragmentos:

«En todos los lugares que fueron de romanos, se hallan ahora unos caxquillos de vasos comunes de servicio, como platos y escudillas, y otros tales, y son de tal barro, que ahora no le tenemos semejante, y son de una rez ó barniz, ó sea vidriado (aunque no le parece) de un color rojo muy diferente de todo lo que ahora conocemos; de tal manera, que en viendo estos caxquillos, luego los estrañamos, y no parece cosa de ahora, aunque en el color y lustre son algo semejantes á los barros ó búcaros que traen de Estremor en Portugal; sino que el casco todo es mas firme y mas delicado. Estos tengo yo por vasos de romanos; porque veo yo se hallan estos caxquillos en todos sus lugares que fueran antiguamente de romanos, y en ningun lugar, que no haya sido de aquel tiempo, los he visto. Y he pensado muchas veces, que éstos deben ser los vasos, que labraban en Murviedro, cabe Valencia, y eran de tanta estimacion que los llevaban hasta Roma, y los estimaban allá, como por versos de Marcial y por Plinio y otros aparece. En los caxquillos que comunmente se hallan, hay unos mas delicados que otros, y el maestro Alvar Gomez, que lee Cátedra de griego y Rhetórica en Toledo, y por la mucha doctrina que tiene en la lengua griega y en

todas buenas letras es muy conocido, tiene un gran pedazo de un suelo de este barro, y en el pié tiene por defuera


Lám. 120.

estas letras: OFF. PATR. que dicen *Officina Patritiorum,* lám. 120, y denotan, que aquel vaso se labró en casa de un oficial, donde no se labraban vasos mas que para gente noble y caballeros. El Secretario Gerónimo de Zurita, cuyo ingenio y letras, sin las otras partidas de su merecimiento y dignidad, son tan conocidas en España, sin que sea menester decirlas yo aquí, tiene otros tres caxquillos de éstos, todos hallados en Aragon, en el despoblado antiguo donde estuvo la *Colonia celsa,* cabe el lugar que ahora llaman Vililla. El uno de estos caxcos tiene estas letras: L. FATII. El otro: A. VIBI, y faltan mas que se borraron, y las del otro no se pueden leer. Yo tengo otro caxquillo, que se halló en Osuna con estas letras: C. VIBI. ENIVARI. Este caxquillo me hubo mi hermana Doña Cecilia de Morales, madre del Doctor Molina, del Consejo Real de S. M. y de D. Antonio de Morales, Obispo de Tlaxcala en la Nueva-España. Todos éstos tienen letras impresas al formarse el vaso con uno como sellitos y puédese pensar fuese del oficial, que ponia así su nombre en su obra, como preciándose de ella, para que viéndola tan buena, muchos fuesen á comprar de él, como tambien ahora lo usan nuestros plateros.»

Conocidos los colores, mas frecuentes, de estos barros, observa el Príncipe Pio, que los rojos son de una especie de masa blanquecina y tersa, con un barniz que afecta el color carmesí, pero tan brillante y consistente que casi compite con el de la China, no cediendo su hermosura y lustre, despues de tantos años, á la accion del tiempo. Los cenicientos son de la misma masa, pero el barniz varia en el color, como igualmente los amarillos

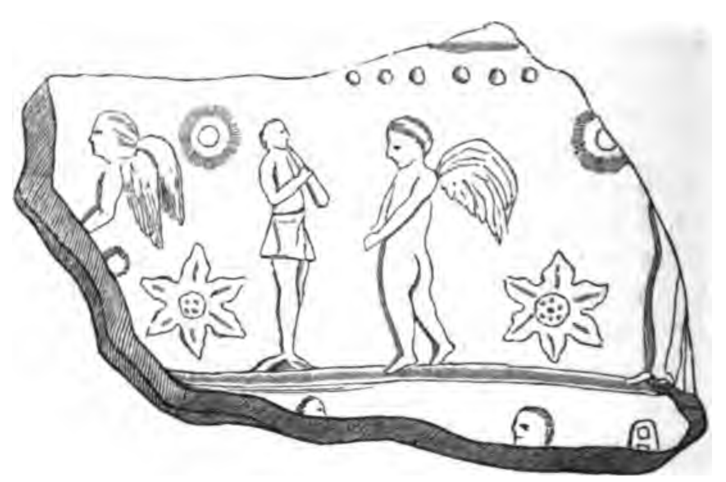
con betas rojas, ó jaspeadas; y los otros son como nuestros ladrillos regulares sin barniz, pero mucho mas gruesos que los anteriores.

Los barros rojos y jaspeados servian para vasos, platos, barreños y tazas: y los cenicientos para ollas, pucheros, cazuelas y demás instrumentos de fuego. Confirma esta opinion la circunstancia de que en ninguna de las dos primeras clases se observa señal alguna de fuego, y se hallan todos limpios y brillantes; al paso que los cenicientos ostentan la accion de la lumbre, y su masa se halla por eso mas oscura.



Lám. 121.

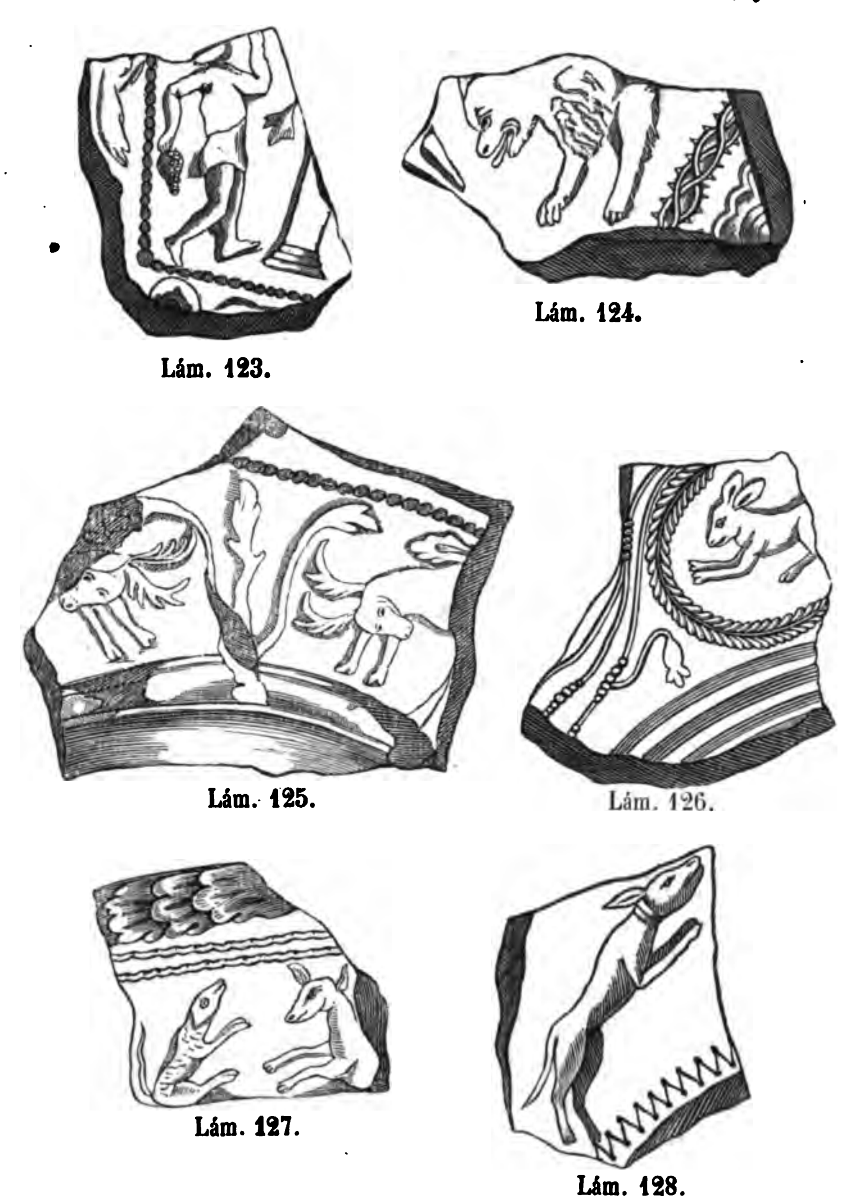
Los barros rojos están labrados por de fuera con relieves, como lo indica la lám. 121. Estos relieves re-



Lám. 122.

presentan varias deidades del Politeismo, Cúpido con

flauta, Apolo entre dos Genios, tañendo la flauta, lámina 122, Baco con un racimo de uvas, lám. 123, y otras



Lám. 123.

Lám. 124.

Lám. 125.

Lám. 126.

Lám. 127.

Lám. 128.

que seria fatigoso enumerar; y el Príncipe Pio poseia trozos distintos de barro, donde se veian esculpidos Júpiter,

Diana, Hércules, Pan, y tambien á Sileno en una candileja. Encuéntranse igualmente varios cuadrúpedos, como leones, lám. 124, venados, lám. 125, conejos, lámina 126, y con mas frecuencia liebres, perros y zorras, láminas 127 y 128. Los mas comunes solo tienen flores y ramas y á veces algunos Genios.

En el Museo que formó parte de la antigua Biblioteca arzobispal de Valencia se hallaba un trozo rojo, con un círculo rodeado de abejas, y un ginete, que no podia distinguirse si llevaba lanza.



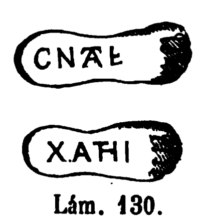
Lám. 129.

La lám. 129 es un trozo de taza, en el que se ven grabadas las Bacantes, ó los salios con sus ropas talares tañendo las tubas. En otros se ven los atributos ó símbolos de las deidades, como el águila de Júpiter, la clava de Hércules., el caduceo de Mercurio.

La clase cenicienta y la jaspeada carecen de relieves, y son lisos con algunos filetes que adornan los estremos.

Lo mas notable de estos monumentos es el nombre de los artífices ó fabricantes, que se encuentra grabado en la parte interior, de la que Ambrosio Morales asegura que tenian otras por de fuera; y el Principe Pio asegura qne en mas de mil y quinientas, que vió, se

hallaba la inscripcion en la parte interior del asiento; y solo en uno de una taza descubrió estas letras L. FA, pero grabadas en fondo, sin sello: todas las demás inscripciones están estampadas en relieve por la parte interior.



Lám. 130.

Estas marcas manifiestan que se estampaban con cuño. Algunos forman la huella perfecta de un pié; y en éstos las letras suelen variar de tamaño, como representa la lámina 130.

Marcial nos ha dejado, entre otras, una memoria preciosa de estos barros en los siguientes versos, hablando de los regalos de un Abogado.

Piceno quoque venit á cliente
Parcæ cistula non capax olivæ;
Et crasso figuli polita cæno
Septenaria Synthesis Sagunti,
Hispanæ luteum rotæ toreuma,
Et lato variata mappa clavo.

Escribiendo en otra parte contra un sugeto, llamado Eucto, que se gloriaba de poseer vasos de mucho precio, dice:

Archetypis vetuli nihil est odiosius Eucti;
Ficta Saguntino cymbia mala luto.

Entre los epigramas de este célebre poeta se halla uno con este título: *Calices Saguntini.*

Quæ non sollicitus teneat servetque minister,
Sume Saguntino pocula ficta luto.

Juvenal tenia tambien noticia de estos celebrados barros, cuando decia en una de sus sátiras:

Pugna Saguntinâ fervet commissa lagenâ.

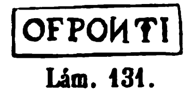
Plinio habla de este modo de los cálices saguntinos: *Calicum tantum Surrentum, Asta, Pollentia: in Hispania Saguntum, in Asia Pergamum.*

El Príncipe Pio cita con este motivo el siguiente texto, copiado de Juan Andrés Strany, cuyos escritos se conservaban en la selecta libreria de Mayans: *Saguntum. Quod tum regionis emporium erat, postea traslatum Valentiam: vico autem Maniziis et Alaquazzo, cui lingua punica arcus nomen dedere, ad sextum utroque ab urbe lapidem, operum ejusmodi elegantia et copia.*

Muchas debieron ser las fábricas que en Sagunto se dedicaban á esta clase de industria, pues el Príncipe Pio cita las siguientes entre la multitud, cuyos restos se han perdido.

OF. IVCVN.	OF. LVCVND.
OF. CALP.	OF. CAL.
OF. DOM.	OF. SIIS.
OF. PARIC.	OF. IABI.
OF. PRIMI.	OF. MARRAN.
OF. SIIV.	OF. PASSI.
OF. ROS.	OF. SABIN.
OF. SILVIN.	OF. ALBIN.
OF. MON.	OF. VENMAN.
OF. VERINA.	

En el asiento de una taza se lee *Officina Pontificense,*



Lám. 131.

lám. 131, y en este caso se refiere á Porcuna, antiguamente *Obulco*, probando esta circunstancia que en esta fábrica solo trabajaba los barros destinados á Obulco.

En algunas vasijas se ponia así la inscripcion:

EX OF. HIRUND.

Este Hirundo es el mismo tal vez, á quien se refiere una lápida de que se ha hecho mérito en su lugar.

Otras fábricas se anunciaban de este modo:

ALBINUS F.

Las fábricas de ladrillo y tejas blanquecinas ponian la

L·HER· OF· — Lám. 132.

L·HER C — Lám. 133.

HER·OF· — Lám. 134.

inscripcion, como se presenta en la lám. 132, cuya inscripcion se encuentra en una teja de acueducto, hallada por D. Manuel Peris, Bibliotecario que fue del Palacio Arzobispal, en una escavacion que practicó cerca del Puig. El Príncipe Pio poseia dos trozos de ladrillo, de una pulgada de grueso; al primero le faltaba parte de la inscripcion de la lám. 133 y el segundo la conservaba entera, lám. 134. Los caractéres de estos barros eran mayores que los de los rojos y jaspeados, y las letras están grabadas sin sello alguno, esto es, como en las inscripciones sobre mármol y piedra fuerte. Algunos de estos ladrillos solo tienen por marca unos ramos grandes, picados de agujeros, como los adornos góticos.

Estas fábricas subsistieron mucho tiempo en Sagunto, segun se colige por hallarse inscripciones griegas y del tiempo de los godos, además de los romanos.

En un cuello de tinaja de barro blanquecino tosco, sacado en las escavaciones referidas del Puig, se halló la

ЄΡΜΟΓ
ЄΝΟΥC

Lám. 135.

inscripcion griega de la lám. 135, esto es, *Hermogenes*, que seria el nombre del fabricante. En otra inscripcion

del mismo artífice faltan las EE de las dos lineas. En otros dos trozos solo hay esta marca T.

Hállanse tambien en barros rojos y jaspeados los nombres y los pronombres de los fabricantes, sin la voz *Officina*.

C. ASSIL.	P. COR.
P. AESTOR.	P. RIMICCO.
C. RESTI.	CL. OHEL.
L. GELI.	A. SULPIC.
L. RASINP.	L. FAB.

Esto es: Cayo Asilio, Publio Cornelio, Publio Aestor, Publio Rimicco, Cayo Restituto, Cayo Ohelio, Lucio Gelio, Aulo Sulpicio, Lucio Rasinpo, y Lucio Fabio.

En otro trozo se leia:

G. GRATI.

De este Gayo Gratio se habla en una lápida, que se ha copiado en su lugar.

Otros barros presentan inscripciones difíciles cuyo verdadero sentido no puede interpretarse:

VITALIS.	LANC.
LACNO.	MINIM.
L. RPIC.	FIRMO.
PELTA.	S. M. R.
MPERCR.	S. M. T.
CALV.	MESTO F.
PCO.	M. R.
	T.
M. RR.	COR.
	P.



Lám. 136.

TVSCVL

Lám. 137.

Como son tan varias las marcas de los barros copia el Príncipe las de las láms. 136 y 137.

Algunos solo tienen el pronombre:

SEMPRO. MATERNO. NIGRO.

Otros ponian solo el sello con la inscripcion en dos líneas en esta forma:

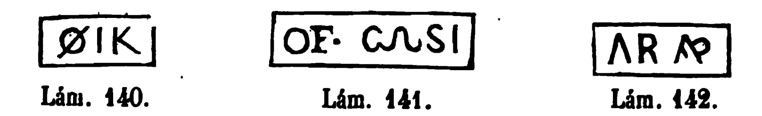
(ROM / ANV) (HILA / SEST)

Esta oficina trabajaria barros para Roma, segun lo indica la inscripcion.

HILAR MILA
ASEST. SES.

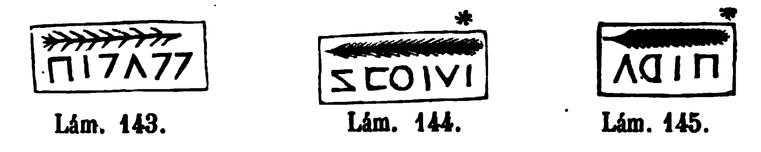
Lám. 138. Lám. 139.

Hállanse tambien cruces, como se ve en la lám. 138. Son raras las que se encuentran con letras incusas, aunque el Príncipe poseia un egemplar y otro el Museo del Palacio Arzobispal, como se ve en la lám. 139. Otras



Lám. 140. Lám. 141. Lám. 142.

marcas tienen en fin letras góticas y griegas como las láminas 140, 141 y 142. Otros parecen de caractéres desco-

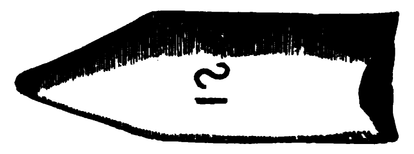


Lám. 143. Lám. 144. Lám. 145.

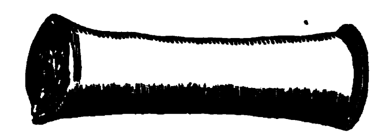
nocidos con una palma sobre la inscripcion láms. 143, 144 y 145. La leccion es por consiguiente muy difícil como en las siguientes, aunque parece que presentan por de pronto algun concepto:

SALV. PHI IOI
EL SV.

En el centro de una ánfora romana, hallada en las ruinas de *Lucentum* (Alicante), están los caractéres que



Lám. 146.

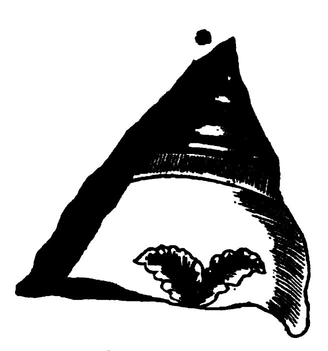


Lám. 147.

espresa la lám. 146, y en otros no se encuentra inscripcion alguna, como la lám. 147 que es un arcadúz de barro blanquizco, que poseia el Príncipe.



Lám. 148.



Lám. 149.

Los barros cenicientos solo tienen por marca generalmente uno ó dos ramitos, como palma silvestre, sellados en la parte interior. (V. lám. 148 y 149.)

Para completar estas noticias debo añadir que en un campo de las inmediaciones de Denia (antigua Dianium) se encontró un trozo de teja que obra en mi poder, en que está sellado y grabado el nombre de su fabricante,

L. SULPICI
SABINI.

y al nombre va adherido en la segunda línea un ramito que sea tal vez la señal de la fábrica de este sugeto.

TEATRO SAGUNTINO.

Muchos son los monumentos que se hallan esparcidos en diferentes puntos de Murviedro, y que el viajero entendido busca y examina con el entusiasmo que inspira el amor á la antigüedad; pero la multitud se dirige siempre con preferencia á contemplar los imponentes y solitarios restos del célebre teatro saguntino. Colocados en un recodo, que forma la montaña, sobre cuya cumbre se levanta el castillo, envueltos casi siempre en la sombra que proyecta aquella altura, sorprenden al observador, que se siente sobrecogido ante la grandeza de estas obras, que parecen aumentar de volúmen por el recuerdo de su antigüedad y su renombre. El espectador registra aquellas galerías, sube las gradas, se coloca bajo sus elevados arcos y se sienta sobre cualquiera de aquellos escombros, respetando silenciosamente su magestuosa soledad, cuya poesía aumenta mucho mas, cuando se conoce la historia del pueblo, que levantó este monumento gigantesco de

las artes. Yo he tenido la complacencia de visitarlo à la luz de una luna brillante, ya desde lo alto del castillo, cuando el amor á la patria me colocara allí en servicio de la Reina y de las instituciones liberales, con el ojo sobre las sombras de las ruinas y el oido vigilando cualquier rumor, que indicara la aproximacion de los enemigos, ya tranquilo y trasportado á otros tiempos, otras costumbres y otro pueblo, y sentado en la última grada contemplando con estupor la marcha de los siglos y el paso de las generaciones; y mi alma se elevaba sobre el mundo actual, para engolfarme en un abismo de consideraciones profundas. Seguia la invasion de la sombra, que iba cubriendo aquellos restos colosales; admiraba el lánguido brillo de la luna, que no se veia reflejada en ningun punto de aquellas masas de piedra; percibia el susurro de los insectos, la caida de alguna piedrecita que rodaba por las gradas, el murmullo de la brisa que se mecia sobre las yerbas que tapizan las ruinas, y el ladrido de los perros, y contemplaba á lo lejos el mar, la colina donde estuvo el templo de Vénus, el cauce seco y pedregoso del Serabis ó Palancia, los campos saguntinos donde acamparon las legiones de Anibal, un cielo purísimo, y encima de mi cabeza la estensa y ondulada muralla del castillo, que cada siglo ha remendado, destruyendo lo que los otros habian construido, pero que conserva las huellas de los saguntinos, de los romanos, de los godos, de los árabes y de los cruzados conquistadores de los reyes de Aragon, y el sello del siglo actual que lleva impresa la invasion francesa y la última guerra civil. Historia, artes, conquistas, destrucciones, política, todo lo pasado cruzaba por mi mente, atropellando héroes, nombres, recuerdos para confundirlos y para elevarme sobre un turbillon desconocido, desde el que contemplaba una corriente impetuosa de acontecimientos, que no me era fácil detener para examinarlos. Cuando algunos amigos, tan atónitos como yo, me pedian en voz baja, como temiendo perturbar el silencio de las ruinas y

llamar la atencion del centinela de la puerta del castillo, que recitase algunas versos alusivos, pareciame que debia responder invocando á los genios de Roma, y siempre me ha ocurrido Virgilio, cuya lengua hablaron los concurrentes á este mudo teatro: he recitado siempre algunos trozos de la sentimental Eneida, para concluir con aquel recuerdo tan doloroso, como espresivo:

Fuit Ilion et ingens
Gloria Dardanidum.

¿La destruccion de Sagunto no ofrece un gran drama, como la destruccion de Troya? ¿Silio Itálico no es el Homero de Sagunto?

Preciso es sacudir los recuerdos que vienen otra vez á asaltar mi mente, y desempeñando de nuevo el papel de guia, pero guia que recita al viajero lo que ha aprendido de otros, voy á ocupar el único puesto, que me compete, ya que nada puedo ofrecer de nuevo á las Academias.

Convienen los anticuarios en que las fiestas conocidas en Grecia con el nombre de *Dionisiacas*, porque se hacian en honor de Baco, que tambien se llamaba *Dionisio*, dieron origen á las construcciones teatrales. En los primeros tiempos los coros, que cantaban los himnos á esta divinidad, iban sobre un carro ó sobre una especie de tablado; y aun despues por espacio de algunos siglos no tuvieron los poetas mejor lugar para hacer que se representasen sus obras trágicas ó cómicas. Créese que hasta la época de Temistocles no fueron reemplazadas estas construcciones por otras mas durables; y segun Suidas, hácia la olimpiada LXX, se incendió el teatro de Atenas, que era de tablas, estándose representando una obra del poeta Pratinas, ocasionando este incidente la muerte de gran número de personas. No mucho despues, caminando ya á su perfeccion la poesía dramática de los griegos, persuadió el ateniense Esquilo á sus compatriotas á que construyesen un teatro de piedra, y se dió el encargo de dirigir las obras á los arquitectos Demócrates y Anaxágoras, eligiendo para

su construccion una llanura, situada al pié de otro monumento célebre llamado *Acropolis*. Las gradas para los espectadores se hicieron, como despues en Sagunto, en los lados de la colina. La parte del edificio llamado *scena*, que era la que ocupaban los actores y los coros, cuando cantaban ó representaban, se construyó de mármol y fue magníficamente decorada. Al principio las representaciones se egecutaban en Grecia en un sitio cubierto de árboles ó de hojas, y este sitio se llamó tambien *scena*.

En su comienzo los teatros de Roma se construian para casos determinados, y duraban á lo más un mes, aunque se adornaba con mucha elegancia su armazon de madera, llegando hasta dorarla y platearla, y se colocaban en ella las estátuas y otros despojos de los pueblos vencidos. Escauro hizo edificar uno capáz de contener ochenta mil espectadores, adornado con tres mil estátuas y trescientas setenta columnas de mármol, vidrio y madera dorada. Pompeyo, despues de haber vencido á Mitridates, fue el primero que hizo construir uno permanente, á semejanza del de Mitilene, y en el cual cabian cuarenta mil espectadores, en quince órdenes que subian desde la orquesta hasta la galería superior. El de Marcelo fue edificado por Augusto, en semicírculo, cuyo diámetro interior tenia cerca de cincuenta y cinco metros y ciento veinticuatro el del recinto esterior. Imitaban á los griegos en la forma; con la diferencia de que entre éstos se destinaba el fondo del semicírculo para los bailarines, mientras que entre los romanos era el sitio donde se colocaban los senadores y los altos funcionarios. Los caballeros ocupaban los primeros puestos detrás de la orquesta, separados del pueblo, que tenia su asiento en las gradas superiores, por una balaustrada.

Cayo Curion, no esperando sobrepujar en magnificencia á sus predecesores, los venció en estravagancia, haciendo construir en los funerales de su padre dos teatros, que podian dar vuelta sobre un eje con todos los espectadores, de modo que terminadas las representaciones escénicas,

giraban hasta reunirse y los espectadores se encontraban trasladados á un anfiteatro.

Se confunde generalmente el teatro saguntino con el anfiteatro, y conviene recordar que los anfiteatros eran dos teatros unidos, que formaban de este modo un óvalo y que estaban destinados principalmente para los gladiadores. Daba vuelta á la arena el *podium* ó sea el sitio reservado para los magistrados y altos funcionarios; seguian despues los caballeros y detrás el pueblo como en los teatros. Solamente en tiempo de Augusto se fabricó uno de piedra; luego Vespasiano y Tito, en el año 72 de Cristo, construyeron el coliseo, cuyas ruinas se admiran todavía. Su elipse tiene 534 metros de desarrollo en el esterior y en lo interior 239: la fachada esterior se eleva á 49 metros, en cuatro órdenes sobrepuestos el uno al otro, y en su recinto cabian noventa mil espectadores. Marco y Decio Bruto introdujeron por primera vez, 266 antes de Cristo, el espectáculo de los combates de gladiadores y lucha de las fieras, con motivo de celebrar las exequias de su padre.

Algunos escritores opinan que la poesía dramática tiene su principio en la natural propension de los hombres á imitar las acciones humanas. Los chinos, nacion antiquísima del Asia, han sido siempre y son ahora muy aficionados á la composicion dramática, á pesar de no haber hecho en ellos grandes progresos. El docto jesuita Premaré nos ha dado una traduccion de una tragedia china, titulada: *El huérfano de la casa de Tchao*, que despues imitó Voltaire.

Los árabes, aunque muy dados á la poesía, no han contado entre sus diversiones las teatrales. Conócense algunas composiciones suyas en verso y en forma de monólogo; y la que mas se acerca á la forma dramática es una composicion, que se atribuye á Mahomad de Velez.

Ignórase si los hebreos tuvieron teatro; pero un rabino, llamado Moisés Zacuto de Mantua, hizo un ensayo dramático, poco conocido aun de los de su misma nacion, al cual dió por título *Fundamento del mundo*.

Hide encontraba algo de dramático en la historia ó novela persa de Mitra y Júpiter.

En Méjico y en Perú se divertian los indígenas con unas farsas en algo parecidas á juegos escénicos.

No es empero el Asia ni la América, sino la Europa, la que ha visto nacer, desarrollarse y perfeccionarse el teatro en alto grado, tanto en los antiguos como en los tiempos modernos. La tragedia nació en Atenas: los himnos que se cantaban en honor de Baco en las fiestas, que era costumbre celebrar despues de la vendimia, fueron al principio improvisados; algo mas tarde fueron composiciones meditadas. Tespis hizo que los coros, que imitaban con sus movimientos ridículos á los satiros y silenos, se manchasen la cara con las heces del vino, y que una persona recitase una breve relacion de algun suceso fabuloso en las pausas que hacian los cantores. Esquilo sustituyó el diálogo al monólogo, cubrió los rostros de los actores con una máscara que imitaba el del personage que representaban, les dió el coturno y los vestidos adecuados y les hizo representar sobre un tablado, que adornó con decoraciones. Sófocles y Euripides que vinieron despues mejoraron esta invencion, y la tragedia llegó en pocos años al mayor grado de regularidad y de belleza. Suidas dice que Phryniches, ateniense, discípulo de Tespis, que fue contemporáneo de Solon, fue el primero que admitió mugeres en el teatro. Hácese mencion en la historia griega de un Cherilo, poeta trágico de Atenas, á quien se atribuyen ciento y cincuenta piezas de teatro, y escribió en verso la victoria de los atenienses contra Gerges, dándole en remuneracion tantas monedas (de las llamadas *Stateras*), cuantos eran los versos del poema. Acheo de Erithrea compuso varias tragedias y se atribuyen muchas á Aristarco de la Arcadia, á Jon, hijo de Orthomenes, de la isla de Chio, á Jochon, hijo de Sófocles, á Sosicles de Siracusa, y á otros varios, cuyas obras se han perdido completamente.

La comedia fué cultivada tambien por los grandes

ingenios de Atenas, y si bien nació en Sicilia, indudablemente la perfeccionaron Menandro y Aristófanes. Algunos conceden el honor de la invencion á Chionides de Atenas, por los años 256 de la fundacion de Roma; y otros creen que la inventaron además de Aristófanes, Eupolis, llamado el Príncipe de los cómicos, y Cratino, que fueron contemporáneos de Eurípides, Demóstenes y Sócrates. Segun algunos autores, escribieron comedias en diferentes épocas Phriniche, Aristhómenes de Atenas, Antiphanes de Carintia, Dioxippo de Atenas y otros citados por Suidas y Vozio.

La tragedia y comedia griega se diferenciaron no solo en su origen, sino principalmente en su objeto: el de la primera no era otro que ensalzar á los dioses y á los héroes: el de la segunda poner en evidencia los defectos de los hombres. La comedia no fue en Atenas, al principio, como llegó á serlo despues, una composicion destinada á ridiculizar los vicios y los errores, sin señalar las personas, sino una sátira personal en que se criticaban los errores del gobierno y se escarnecia á los magistrados y aun á los hombres mas eminentes por sus virtudes, representándolos con sus propios nombres y hasta con sus mismas facciones. Pericles fue objeto de las burlas de los poetas cómicos: el virtuoso Sócrates se vió representado en el teatro de Atenas de una manera, que hizo reir á los espectadores, y de Alcibiades se cuenta que hizo arrojar al mar al poeta Eupolis, por haberle puesto en ridículo en una comedia. Al fin se prohibió, por necesidad, no solo nombrar las personas, sino hasta señalarlas de otro modo cualquiera.

Moralizado el teatro de Atenas, el gobierno lo puso al cuidado de los principales magistrados, y los atenienses llegaron á tal estremo en su aficion á los espectáculos teatrales, que Justino les acusa por gastar las rentas públicas en poetas, en actores y en teatros, á los cuales asistian con mas frecuencia que á los egércitos.

Los Etruscos conocieron tambien los espectáculos

teatrales. Varron cita á un autor llamado Volumnio, que escribió tragedias etruscas. Maffei, Gori y otros anticuarios dan noticias sobre el teatro etrusco; pero no las suficientes para conocer el gusto poético de aquel antiguo pueblo de Italia.

Los romanos le debieron la institucion de los juegos escénicos, que se consideran como el orígen de su teatro; pero la perfeccion de él se debe á la influencia de los griegos.

Afligido el pueblo romano por una peste desoladora, en el consulado de Sulpicio Pético y Licinio Stolon, y no encontrando alivio en los remedios humanos, se llamaron de Etruria algunos histriones, para que le divirtiesen con sus acompasadas danzas: de aquí nació la costumbre de divertirse los jóvenes, diciéndose burlas y versos festivos que dieron orígen á las fábulas llamadas *atelanas*. De modo que cuando Livio Andrónico y otros griegos se establecieron en Roma, estaba ya muy generalizada la aficion á aquellos juegos, y solo faltaba la forma dramática, para que se crease el teatro romano. Livio Andrónico, Nebio y Ennio, fueron los primeros que compusieron fábulas dramáticas para los romanos; pero tan rústicas y desaliñadas, que ninguna de ellas era leida en los buenos tiempos de la literatura latina. Plauto, Terencio y Afranio, que florecieron despues, compusieron varias comedias, tenidas en muy alta estima hasta por los romanos mas cultos. Si en la comedia hubo un Afranio, que supo igualar al griego Menandro, y un Terencio á quien faltó poco para igualarle, tambien se consagraron á la tragedia algunos hombres dotados de ingenio poco comun: Accio, Pacuvio, Ovidio, Vario y Séneca, cultivaron tambien este difícil género, pero sin llegar jamás á la perfeccion de Sófocles y Eurípides. El mal gusto del pueblo fue la causa principal de esta inferioridad: la plebe interrumpia muchas veces las representaciones, pidiendo á gritos osos y gladiadores. Así lo dice Horacio:

Media inter carmina poscunt
Aut ursum, aut pugiles, his nam plebecula gaudet.

El mismo crítico censura á los caballeros la preferencia que daban á los ojos, sin cuidarse de las bellezas literarias:

Verum equitis, quoque jam enigravit ab aure voluptas.
Omnis ad incertos oculos et gaudia vana.

Aun no habia llegado el arte dramático á su perfeccion, y los romanos preferian ya la declamacion, que tuvieron en mucho, degenerando despues este gusto en una pasion desenfrenada hácia los mimos y pantomimas.

Los romanos, tán inferiores á los autores dramáticos griegos, les aventajaban efectivamente en la declamacion y en la pantomima, si hemos de atenernos á la admiracion con que hablaban de Batilo y de Pilades, griegos sin embargo, y si juzgamos por el nombre de Esopo y de Roscio, el cual abandonó la careta, en lo cual fue imitado probablemente por otros. No obstante este aprecio, los actores eran generalmente esclavos ó libertos, que á fuerza de estudio aprendian la exacta pronunciacion del latin. Los teatros romanos eran además vastísimos, de tal manera, que el actor tenia que esforzar la voz para que fuese oida por ochenta mil espectadores; los papeles de muger fueron egecutados casi siempre por hombres; se cubrian la cara con caretas y así es inesplicable el efecto que, segun Ciceron y Quintiliano, producian. Esopo y Roscio iban al foro para aprender los movimientos de los mejores oradores, de los reos y de los concurrentes. El primero, que fue amigo de Ciceron, se enriqueció tanto, que dejó á su hijo veinte millones de sestercios. El mismo Ciceron tomó lecciones de Roscio, y uno y otros se desafiaban á cual de los dos espresaria mejor, aquel un pensamiento y éste un gesto. Roscio ganaba cada año quinientos grandes sestercios, ó sean cien mil francos: no es nueva por consiguiente la liberalidad en los actores.

Los mímicos ó imitadores adquirieron tanto renombre, que lo mismo que los chirónomos griegos, formaban las delicias de los romanos. Un poeta anónimo latino describe de este modo á un mímico acreditado.

Egressus scenam populum saltator adorat,
Solerti spondens prodere verba manu.
Nam cum grata Chorus diffundit cantica dulcis
Quæ rosant cantor, motibus ipse probat.
Pugnat, ludit, amat, bachatur, vertilur, astat:
Illustrat verum, cuncta decore replet.
Tot linguæ, quot membra viro, mirabilis est res,
Quæ facit articulos, voce silente, loqui.

Era tal la destreza de estos farsantes, que Luciano refiere la siguiente anécdota. Dábase una gran funcion en el teatro y entre los espectadores habia un bárbaro. Advirtiendo éste, que habia en escena muchas personas, pero que solo habia una que gesticulase, preguntó á un ciudadano que tenia cerca:

—¿Cuántos trabajan ahí?

—Uno, respondió el romano.

—Mentira, replicó el bárbaro; ese hombre tendrá un solo cuerpo, pero de seguro tiene tambien muchas almas.

Conocida someramente la historia literaria del teatro griego y latino, vamos á dar una idea arqueológica del célebre teatro saguntino, objeto preferente de esta parte de nuestro artículo.

Tres descripciones se han publicado de este importante monumento: la primera, en una carta del Dean D. Manuel Martí al Excmo. é Ilmo. Sr. D. Antonio Felix Zondardari, Arzobispo de Damasco y Nuncio del Papa cerca de S. M. Católica: la segunda, otra fecha 31 de Octubre de 1715, suscrita por un Thecophilacto á Basilio Pirgopaleo, inserta en las obras de Grenovio; la tercera, la descripcion del Doctor D. Enrique Palos, y la cuarta, la del Dean D. José Ortiz, que tenemos á la vista, así como un diálogo, que sobre la antigüedad y construccion del mismo teatro sostuvo el célebre P. José Manuel Miniana, con el citado Dean Martí, D. Vicente Torres, D. Juan Castellví, Conde de Buñol, D. Isidro Costa y el celebrado matemático D. Juan Bautista

Corachan, que acompañaron al P. Miniana en una espedicion á Murviedro.

De estos y otros autores, que tendremos ocasion de citar, hemos estractado las mas preciosas noticias, que pueden contribuir al conocimiento del magnífico monumento de Sagunto.

El escritor mas antiguo que, segun Escolano, nombra este teatro, es el moro Rasis ó Razi, en cuya memoria manuscrita, que poseia el Dean Ortiz, se leia lo siguiente: «Et Monviedro es lugar muy preciado, é hay *tomitos* (vestigios) de poblacion antigua: que Monviedro ha razon sobre el mar: fecho por tan gran maestría, que es marabilla, que el home que lo viere, podrá hacer como á fecho.» En otra parte dice: «Hay en Monviedro un palacio fecho sobre el mar, por tan gran maestría, que mucho se marabillan las gentes de que lo ven, porque arte es fecho.»

A fines del siglo XV Lucio Marineo Siculo, hablando de las cosas memorables de España, escribia: «Fue Sagunto.... colonia romana, en la cual hubo un teatro, cuya forma y ruinas todavía subsisten.» A mediados del siglo XVI Mario Arecio en su *Chorographia Hispaniæ*, dijo: «Sagunto, no lejos del mar, poblacion de ciudadanos romanos, hoy Molviedro, donde se ve un teatro con su escena, á quien nada le falta, y otros muchos vestigios de antigüedad.»

Per-Anton Beuter en su *Crónica de España* hizo una pequeña descripcion que está muy lejos de ser exacta; y Escolano lo describió tambien, dándole una antigüedad que no tiene, pues cree que se construyó doscientos años antes de Cristo.

El P. Francisco Diago en sus *Anales del Reino de Valencia* hizo otra descripcion, poco inteligente.

El Dean Martí lo describió con mas detenimiento que los escritores que le precedieron, con una magnífica elocuencia latina; pero atribuyó á sus antecesores muchas cosas, que no se hallan en sus obras, y cometiendo por su parte diferentes errores, que el Dean Ortiz señaló con oportunidad. Martí se empeñó en que él habia sido el

primero en conocer que este monumento era un teatro; pero los mas entendidos de los escritores antiguos y ahora todos los anticuarios, convienen en que es un teatro, con todas las condiciones, que exige Vitruvio para esta clase de monumentos. Hasta el mismo Bartolomé Leonardo de Argensola le llamaba teatro ya en su tiempo:

Con mármoles de nobles inscripciones
(*Teatro* un tiempo y aras) en Sagunto,
Fabrican hoy tabernas y mesones.

Y á pesar de este y otros textos el Dean Martí, apoyándole D. Gregorio Mayans, quiso hacer creer que él solo habia descubierto el objeto de este edificio.

Por los años 1774 habló ligeramente de este teatro D. Antonio Pons en el tomo IV de su *Viage de España,* compendiando la descripcion del Dean Marti; y en 1790 se imprimió en Dublin otra descripcion hecha por Guillermo Cuningham, tesorero de la Real Academia Irlandesa. Cuningham habia visitado detenidamente algunos años antes las ruinas de Sagunto, verificando escavaciones, midiendo y copiando los monumentos, cuyo dibujante conoció el Dean Ortiz.

En 1793 el Doctor D. Enrique Palos, natural y vecino de Murviedro, imprimió una Disertacion con bastante copia de conocimientos, pero falta de crítica histórica, siendo Palos y Martí los únicos, que publicaron un dibujo de esta obra gigantesca. Cualesquiera que sean los errores en que incurrió Palos, debe la posteridad agradecerle el celo y la eficacia con que conservó estas memorables ruinas de la voracidad de la ignorancia, correspondiendo dignamente al honroso cargo de *Conservador,* que le concedió el Rey.

Aficionado tambien á las antigüedades D. Ignacio de Muzquiz hizo construir de corcho en 1796 un modelito de este teatro, de unas dos varas de diámetro, que regaló á la Academia de San Fernando. En la de San Carlos

de Valencia existe otro, no sabemos si original, ó copia de aquel.

Atendido el género de construccion de nuestro teatro y comparando entre sí las épocas mas señaladas de los progresos del arte dramático entre los romanos, es poco aventurado asegurar, que la construccion de este célebre monumento de Sagunto no se remonta mas allá del siglo III de la Iglesia.

La obra es de sillares pequeños, llamados ***adoquines*** por algunos, desiguales en longitud y tan pequeños, aplicados á un edificio tan colosal, que ninguno escede de media vara en largo, variando los tamaños hasta el de un palmo y tambien menos. La altura es bastante igual en las respectivas filas ó filadas; pero éstas son desiguales entre sí, aunque sea poco. Así, pues, la faz de los muros del edificio forma la estructura, que los griegos llamaron ***falso-isodoma,*** que es la de ***filas de piedras desiguales en altura.***

Las piedras no están pulimentadas, ni trabajadas con escuadra, escodas, escoplos, etc., sino desbastadas solamente con mazos ó piquetas, buscando para los paramentos esteriores la cara menos escabrosa. El interior de las paredes es de la estructura ***cementicia*** de Vitruvio, esto es, de piedra irregular y menuda, tomado del desbasto de las canteras, y con tal abundancia de mortero, que la piedra está anegada en él, formando nuestra argamasa actual.

Los sillares tienen en sus puntas una soldadura de mortero, resaltada del tendel, de un dedo de ancho, con un realce de cerca de medio, semejante á nuestros agramilados, pero irregular por la desigualdad de los sillares. Es una mezcla tenáz y fuerte; y está ya petrificada con la antigüedad y cales que se filtran del monte. Algunas veces se sacan chispas, hiriéndola con eslabon. La arena con que se compuso no es de mina, ni de mar, sino del rio Palancia, ó mas propiamente Serabis. La piedra empleada en el edificio es del mismo monte, sobre el que está construido, y es de escelente calidad. No se gastaron

ladrillos en la obra, por lo menos ordinarios, pues no se descubre ninguno ni en los arcos, ni en las bóvedas. Estas y aquellos en pórticos y puertas están admirablemente firmes, especialmente la del pórtico inferior. Se halla tan petrificado ya, que mas parece una mina abierta en la peña que pórtico de estructura.

En ningun punto de la obra se notan señales, ni restos de columnas, ni de pilastras, ni de cornisones, por donde se pueda conocer un órden de arquitectura, pues el pórtico ó galería superior, que hoy llamamos grada cubierta en las plazas de toros, donde los antiguos ponian columnas, está cerrado de pared y sin mas vistas que las puertas de entrada al tendido y gradería. Estas galerías solo servian, pues, para retiro de los espectadores, en caso de una lluvia repentina. Tal vez la fachada de la escena tuviera pilastras, ó columnas arrimadas; pero hoy no se ve señal alguna, ni se conoce escritor que haya descubierto algun vestigio que caracterizase el órden arquitectónito del monumento. Por consiguiente, se equivocó el Dr. Palos cuando escribe que «la obra es de órden toscano muy usado entre los griegos.»

Hé indicado en otra parte que el área del teatro se estiende sobre un terreno escalonado en un recodo que forma el monte, coronado por el castillo. Buscaron esta posicion, como la del teatro de Atenas, para abrir en la peña parte de las gradas, y supliendo con argamasa los vacios que dejaba la peña. Así debió economizarse mucho material con el macizo del monte, para levantar el pórtico y las *cuñas* (cunei), esto es, las porciones de gradería entre dos escalerillas de ascenso, porque su macizo forma una figura de cuña, ancha por arriba y angosta por abajo. No podia apelarse al mismo sistema, tratándose de la construccion de la escena, que tenia que levantarse al través en la profundidad del barranco, que se forma desde lo interior de la orchêsta, y para llenarla, hasta enrasar con el llano de la misma, hubiera sido preciso acumular una inmensa masa de materiales.

Sin embargo el hábil arquitecto supo escogitar un medio para evitar este gasto, sin perjuicio de la solidéz y de la firmeza. Levantó al efecto dos paredes largas que debian sostener la escena, y luego construyó entre ellas diez y seis paredillas ó postes trasversales, paralelos entre sí, de la misma estructura de silleria que las largas, y á proporcionadas distancias, aunque no del todo iguales. Llegados estos postes á debida altura, los cubrieron con una bóveda semicircular, de la que quedan aun los arranques y varios fragmentos de ellas en la primera pared larga: sobre esta bóveda se construyó el zócalo de la escena. Casualmente resultaron diez y seis postes ó paredillas trasversales, que fueron las que se necesitaban para llenar la tirantéz de la escena, que es de doscientos cincuenta palmos; por consiguiente, los intérvalos ó huecos fueron quince.

Diago, Martí, Palos y con ellos la gente sencilla, han dicho de éstos que parecen pozos, bellísimos despropósitos, segun la frase de Ortiz. Diago creia que en aquellas cavidades, sin puertas, sin salidas y sin abertura alguna, encerraban á las fieras, que no era posible lidiar en la escena, porque faltaba el podium, que era la barrera de seguridad en los anfiteatros y los circos, y que tenia generalmente doce palmos de altura. Martí creyó que estos pozos servian para colocar ciertas máquinas, sin esplicar de qué clase. Esto no era posible tratándose de unos pozos, que tienen diez palmos de latitud, treinta y dos de profundidad y veintidos de longitud. Algunos han creido que estos pozos debian servir de *valvas régias y hospederias;* pero desconociendo, sin duda, las formas del drama griego y romano, no han recordado que las valvas y hospederías, de que se hablará mas adelante, tenian sus puertas de madera para cerrar *(fores),* puestas en el medio de un ancho marco ó márgen que las ceñia, y todo su punto se llamaba *valvae,* segun se colige de Vitruvio. Estas puertas practicables, se abrian y cerraban, cuando la accion del drama lo exigia. Cerradas estaban en el *Orestes* de

Eurípides, cuando en el verso 1567 dice Orestes á Menelao. «O tú, Menelao, no llegues con tus manos á esas puertas cerradas, como tu orgullo presume; pues si las tocas, te rompo la cabeza con este fragmento del muro. Atrancadas están con barras contra tus ímpetus, para que no puedas entrar en casa, etc.» En las *Fenisas* del mismo poeta, el mensagero que llega al proscenio por la puerta llamada de *á perègrè,* halla cerradas las valvas ó puertas y esclama: «¡Oh los que estais á las puertas de esas casas! abridlas y sacad á Iocasta.» En la *Medea* del mismo Eurípides, pregunta Jason á una muger de las del coro, en dónde ha degollado Medea á sus hijos, si en casa, ó fuera de ella; y la muger responde: «Abre las puertas y verás muertos á tus hijos.» Jason grita entonces: «Quitad, romped, criados, los cerrojos y pestillos de esas puertas, para que pueda yo ver muertos á mis hijos y castigar á Medea.» «Para qué te cansas, Jason, responde ésta, en querer abrir esas puertas á fuerza de palancas, á fin de ver á tus hijos muertos y á mí que los maté?» En efecto, Jason, no pudo abrir; y en el resto de la tragedia habla con su muger Medea desde la calle, delante de su palacio, estando, al parecer, Medea en alguna ventana.

Acerca de las máquinas, llamadas *periactous,* esto es, *versátiles,* que eran dos triángulos sólidos, en cuyas tres caras ó lados se pintaban varias cosas para ciertas mutaciones en el drama, las esplica Vitruvio de este modo: «Las escenas tienen sus propias particularidades; de forma que la puerta del medio debe tener decoracion de palacio real; y á una y otra mano estén las hospederias. Junto á ella están los espacios para las mutaciones. A estos espacios llaman los griegos *periactous,* porque hay en ellos ciertas máquinas con unos triángulos versátiles, y cada uno tiene tres diversas decoraciones. Estas máquinas, cuando suceden algunas mutaciones en los dramas, ó venida de Dioses con truenos repentinos, dan giro y mudan el ornato de las caras. Junto á estos espacios salen las versuras, las cuales dan entrada al proscenio: la una á los que vienen

del foro y la otra á los que vienen de fuera de la ciudad.» Estaban, pues, estos triángulos, prosigue Ortiz, casi delante de las puertas de las hospederías, ***secundum hospitalia;*** y cerca de allí las paredes, que á ángulos rectos con la escena, salian hácia los estremos de la gradería. Vitruvio las llama ***versuras***, como lo son en efecto, por las cuales salian al proscenio los actores, que fingian venir de fuera de la ciudad ó del foro.

Vitruvio describe con bastante claridad ciertos vasos de cobre ó bronce, con que pretendian aumentar la voz de los actores y el sonido de los instrumentos que salian del proscenio, para que llegasen mas perceptibles á los oidos de los espectadores mas distantes en la gradería y pórtico. Vitruvio los distribuye en el semicírculo de la gradería, arreglados en sus sones á las voces cantables, segun el cánon músico de Aristóxenes Tarentino, discípulo de Aristóteles. Estos vasos se colocaban en sus particulares celdillas, dejadas de propósito en el macizo de la gradería, como la mitad de su tendido en los teatros medianos, dejando en cada una una ventanilla, de dos piés de larga, y medio de alta, en la frente perpendicular de la precinccion.

Si el teatro era grande, se dividia el tendido en tres secciones iguales, y en medio de cada una se practicaba una fila ó série de trece celdillas, escepto la de en medio que tenia doce, en las cuales se colocaban treinta y ocho vasos. En la série de la primera cávea se colocaban los vasos acordados del género enarmónico: en la del medio los del cromático; y en la de arriba los del diatónico.

Como los vasos teatrales se colocaban en la gradería y los pozos del teatro saguntino quedaban condenados debajo de la escena, carece de fundamento la idea del doctor Palos, que creia pendian dentro de los pozos ciertas cadenas ó argollas de hierro, los cuales pulsados ó tañidos respondian con los acordes de los vasos de la gradería.

Resulta, pues, que estos grandes huecos ó pozos que

tanto llaman la atencion, no son otra cosa que subconstrucciones de la escena, ni tuvieron otro uso, ni destino que sostener la fachada con economía de materiales y de gastos. En lo mas hondo del barranco, que se forma desde la orchésta hasta mas abajo del proscenio, corre una alcantarilla de bóveda muy fuerte de medio cañon. Su anchura es de cuatro palmos, y su altura de veinticinco hácia su boca, donde es mayor. Por ella desaparecian las aguas llovedizas de todo el edificio, así como las inmundicias. Se cree que desde los puntos estremos del semicírculo vienen otras dos alcantarillas, y se juntan con la primera en el centro de la orchésta, donde hay sumidero: conócense todavía sus vestigios.

La orchésta, la gradería y quizás el pórtico superior estaban soladas con bellísimas losas bruñidas, de la misma calidad de piedra que la de todo el teatro, que es de un color aplomado, y casi tan dura como el pedernal: pero fueron arrancadas de allí y se trasportaron para pavimentar con ellas algunas iglesias. Quedan, empero, algunos restos en varias gradas, si bien las pocas que vió Ortiz en el año 1800 fueron robadas poco tiempo despues.

El teatro se halla colocado en una buena posicion topográfica, y como la exige Vitruvio, igual á la de los teatros de Argos, Lacedemonia, Atenas, Tindaris, Segesta, Taormina, Siracusa, Clunia y otros.

El teatro Saguntino no es completamente griego, ni completamente latino, presentando de uno y otro una porcion de detalles, que no es fácil comprender, sino se tienen presentes todas las condiciones de aquellos antiguos modelos. Falta además el conocimiento de la nomenclatura que á los diferentes pormenores de esta clase de edificios se ha dado en aquellos siglos, en los que introducia variaciones sucesivas el gusto de cada pueblo. Para describir minuciosamente el teatro saguntino, era preciso tener una idea exacta del griego, como la dá Ortiz en su *Viage Arquitectónico de España;* pero no permitiéndolo la indole de este opúsculo, daremos una noticia somera del monumento,

de que nos vamos ocupando, indicando de pasada las diferentes localidades de que se componia el teatro griego, y el latino, á su imitacion.

Los griegos llamaron *orchéstra* al semicírculo, circunscrito por la grada primera y pared del proscenio. La dieron este nombre, porque daban allí sus bailes y danzas, las cuales se llamaban en griego *orchésis*, el bailarin *orchéstes* y la bailarina *orchéstria*. Todos los operarios trabajaban en la *orchéstra*.

El proscenio, que tambien se llamaba *pulpito*, estaba diez ó doce palmos mas elevado que el plano de la orchêstra. Para bajar de allí á la orchêstra los que debian trabajar, habia generalmente escalerillas; y algunas veces en la frente vertical del proscenio se practicaba una puerta de salida. Polux, autor griego, hace mencion de aquellas escalerillas.

Los operarios de la orchêstra se llamaban *timélicos*, cuya significacion es dudosa entre los escritores antiguos. Polux mismo no esplica satisfactoriamente la significacion de la *timele*, y dice así: «La escena es propia de los actores: la orchêstra del coro. En ella está la timele, la cual ó es un tribunal ó es una ara.» Suidas manifiesta que la timele era la ara de Baco, que estaba junto á la orchêstra. Verbo dice que la timele era el lugar donde se colocaban los músicos; y esta misma divergencia de opiniones se encuentra en Escoligero, Lipsio, Giraldi, Bulengero, Gallucci, Vozio, Gallac, Ferrari, Boidin, Mazzochi, Maffei y Poleni, consultados por Ortiz. Los timélicos eran músicos y bailarines.

En los teatros primitivos habia aras; pero no estaban destinadas á los sacrificios, sino para los que reclamaba el argumento del drama. Habia tambien aras en el proscenio, en el pórtico de las valvas, como vestíbulo, y en los átrios y peristilios.

La gradería empezaba desde el semicírculo, de la orchêstra, siendo la línea de la primera grada el ángulo de esta. El número de gradas correspondia al cálculo

aproximado de los espectadores, que podia haber generalmente.

Si el teatro era de medianas dimensiones, habia hácia la mitad de la gradería una mas alta y ancha que las del asiento, y se llamaba *diazoma*, esto es banda ó faja, para ceñirse, cuya forma tenia; y por esto Vitruvio la llamó *praecinctio*. Servia para el paso de la gente hasta colocarse en sus asientos, ó buscar las puertas y escaleras, sin incomodar á los que estaban sentados. Despues de la última grada de asientos y á la entrada del pórtico habia otra *precinccion* ó pasillo, pero no tan ancha como la de bajo, ni mas alta que las gradas de asiento. En los teatros muy grandes eran tres ó mas estas precincciones.

En el teatro griego habia gradas destinadas para los funcionarios públicos, como consta de las *Aves* de Aristofanes, verso 795; y todos pagaban la entrada, como lo espresa el mismo poeta en las *Avispas*, verso 1184.

La altura de las gradas de asiento era de veinte á veinte y dos dedos; y su anchura de treinta y dos á cuarenta.

Como las gradas de asiento eran demasiado altas, para que pudiera por ellas subir á sentarse, habia varias escalerillas, practicadas en la gradería, correspondiendo dos escalones á cada grada. En la primera cávea ó porcion de gradas habia seis escalerillas, comenzando todas ellas en un ángulo de los cuadrados de la orchêstra.

Las puertas de entrada eran cinco y por ellas se entraba á pié llano y sin rodeo hasta la orchêstra, si el teatro se levantaba sobre un terreno igual; pero si era escalonado, como en Sagunto, Clunia, Argos, Atenas y otros, se daban las entradas, por donde se creia mejor.

En la cávea segunda alternaban escalerillas y puertas con órden opuesto á las de la primera. Daban paso por escaleras rectas hasta la primera precinccion á los que habian de ocupar la segunda cávea, la tercera, si la habia, y el pórtico.

El pórtico coronaba la última cávea, y era tambien la última localidad del teatro, en la porcion correspondiente

á los espectadores. Su altura y anchura no eran fijas; aunque fuesen proporcionadas á la magnitud del edificio. Su techo era sostenido por columnas, que se apoyaban en el pluteo ó podio en la cara anterior. Este punto estaba destinado tal vez á las damas nobles, y si no concurrian éstas, á los que pagaban mas.

La *escena* representaba la fachada de un palacio régio, con su pórtico de columnas delante de la puerta, encima otros órdenes de columnas y en el centro la referida puerta. El espacio que quedaba delante de la fachada se llamaba *proskenios*, esto es, *ante scenam*, ó proscenio, llamado tambien por los griegos *logeion*, ó púlpito, ó sugesto para hablar en público. A un lado y otro de la escena, estaban las *hospederías (hospitalia)*, para representar exactamente las costumbres de los altos señores griegos. Se lee en Vitruvio: «Se hacen dos casas pequeñas á derecha é izquierda (del palacio), con puertas propias, triclinios y aposentos cómodos, á fin de que los huéspedes, que vinieren, no sean alojados en los peristilios ó patios, sino en estas hospederías. Porque cuando los griegos fueron mas delicados y ricos, á los huéspedes que les venian les preparaban triclinios, dormitorios y despensas. El primer dia les convidaban á su mesa: en el último les enviaban pollos, huevos, ensaladas, frutas y demás cosas del campo. Así los pintores solian copiar estos regalos y les dieron el nombre de *xenia*. De este modo los huéspedes estaban en estas hospederías, como en sus mismas casas, gozando en ellas de toda su libertad.»

Resulta de estas noticias que el proscenio representaba la calle pública ó plaza de un palacio, ó sea la casa del protagonista del drama, aunque no siempre la accion tuviera lugar en estas régias moradas. Por las divisiones del podio en los intercolumnios en frente de las tres puertas referidas del palacio y las hospederías salian los actores, conservando siempre la misma decoracion, aunque en el *Ayax* de Sófocles, la escena pasa delante de la tienda del héroe; en *Filocletes*, pasa la accion en una playa desierta

de la isla de Lemnos; y en las orillas del mar las escenas de *Hecuba* é *Ifigenia en Aulide;* en el *Rheso,* delante de los muros de Troya; en los *Suplicantes,* delante de un templo, y dentro de otro la de *Ifigenia en Tauris,* tragedias todas de Eurípides.

Conocidas las localidades de que se componia el teatro griego, que, comparado con el latino, ofrecia pocas divergencias, vamos á aplicarlas al *teatro Saguntino*.

Su arquitecto tomó de los teatros griego y latino lo que le pareció mas conforme á su plan, inscribiendo en el círculo de la orchêstra, ni tres cuadrados como los griegos, ni cuatro triángulos como los latinos, sino solamente cuatro cuadrados. Trazados diez y seis ángulos distribuyó las escalerillas de ascenso entre las cuñas de la gradería y las partes primarias de la escena: de modo, que la anchura de estas escalerillas es de cuatro palmos, escepto la del medio, que tiene medio mas. Daríanla mas anchura, porque por ella subirian tal vez los sacerdotes y ministros de la deidad, á quien se dedicó el teatro, cuya estátua estaba colocada en el centro del pórtico superior. Los escalones de todas estas escalerillas eran en su altura y anchura la mitad respectivamente que las gradas del asiento. Estas escalerillas del teatro saguntino, sin alternar en las cáveas, suben rectas por todas ellas hasta las puertas del pórtico superior, como en los citados teatros de Tiboli, Siracusa, Tindaris y otros. No existen ya estos escalones, que como eran de una pieza, fueron arrancados de allí, dejando marcados, sin embargo, los puntos en que existieron.

Este teatro no ha tenido pórtico en la escena delante de la puerta régia y hospederías; pero en cámbio estas puertas eran anchas y espaciosas, de modo que ofreceria la magestad de un arco de triunfo. La anchura de la puerta régia es de treinta y ocho palmos, y si era de treinta y dos; como es fácil calcular, seria su altura de sesenta y cuatro, dándole cuarenta y ocho hasta la imposta de su arco, pudiendo calcular en cien palmos la altura total de la escena.

El proscenio tiene de ancho veintiocho palmos; y hoy está su plano tres palmos y medio mas hondo, que el de la orchêstra, y ocho ó diez mas que el de las valvas régias ú hospederías. Representa una larga calle de un estremo á otro del edificio. Este proscenio estuvo cubierto de tablas, pues no se halla vestigio alguno de bóveda. Prudencio en su ***Peristephanon,*** himno de San Roman, indica la existencia de estas cubiertas de tablas. El proscenio antiguo no siempre era sólido; pues consta que hacian desaparecer por escotillones en el tablado las sombras, los manes, los lémures, los espectros y otros cuerpos fantásticos.

En el estremo derecho de la escena existen restos de una pieza, dividida en dos por una pared, que serian acaso dos pozos, como los otros de la escena, los cuales eran diez y siete. Detrás de las obras de la escena habia otras dos piezas, que deben estar obstruidas, las cuales servian de ***choragia*** ó de guardaropa y almacen; y por eso se llamaban ***choragi*** los guardaropas y encargados de suministrar todos los trastos de la escena.

La gradería empieza, no desde la orchêstra, sino por tres gradas doblemente anchas, que las del asiento ó sea de cinco palmos y medio de anchura, destinadas á las personas distinguidas y acaso tambien á las señoras. Despues de estas gradas siguen tres de asiento, con la altura de dos palmos y anchura de tres, componiendo la primera cávea. Siguen á ésta dos precincciones juntas, doblemente altas y anchas que las gradas de asiento. A continuacion se suben otras siete gradas, iguales á las seis de la primera cávea, y terminan en otra precinccion, como las inferiores, formando estas siete gradas la segunda cávea. Se hallan luego otras diez gradas que forman la tercera cávea y otra precinccion para recorrer el semicírculo, constituyendo un pasillo, con una grada mas pequeña ó zócalo, pegado á la pared del pórtico y estaba chapado de jaspes como la gradería y la orchêstra.

Sigue inmediatamente el pórtico, cubierto de bóveda semicircular, cuya altura esterior era de veinte palmos.

Encima de esta bóveda hay cuatro gradas de asiento, iguales á las de las cáveas, escepto la última que es mas ancha que las precincciones de la gradería. Para subir á estas gradas habia varias escalerillas dobles ó á dos tramos, que salian al monte, de las cuales quedan vestigios de dos. El Doctor Palos cree que en estas gradas tenian asiento la gente mas humilde ó miserable, así como en otras gradas superiores se sentaban las mugeres. En tiempo de Augusto, habia distincion de asientos, segun las clases y condiciones de las personas, pero no de sexos ni edades. Una nacion tan poco escrupulosa, como la griega, que cantaba públicas alabanzas al ***phallum, verpam,*** y á Mutino de bulto, paseándole en andas por calles y plazas: una nacion cuyas mugeres se bañaban desnudas en los baños públicos, corruptela que se admitió en Roma y que costó muchos tiempos para desterrar; una nacion, cuyas doncellas eran atletas y palestritas, como los hombres, á lo menos en Esparta, y luchaban desnudas con ellos en las plazas públicas, escándalo que Diocleciano introdujo en Roma, ¿tendria escrúpulo en permitir la reunion de los dos sexos en un teatro?

Augusto prohibió á las mugeres la asistencia á las luchas, pero no á los espectáculos escénicos. Tambien prohibió que los caballeros y las damas romanas saliesen á bailar á la orchêstra; pero Calígula levantó esta prohibicion, y Constancio, hijo de Constantino el Grande, en 340 de Cristo, al desterrar de Roma á los filósofos, dejó en la Ciudad Eterna á tres mil mimas y bailarinas con igual número de mimos y bailarines. Estos farsantes representaban las acciones mas indecorosas hasta un esceso, que la decencia no permite indicar.

La pared superior esterna del pórtico y los modillones que el Dr. Palos y Ortiz vieron en su tiempo, han desaparecido casi del todo.

La altura interior del pórtico es de catorce palmos, y la anchura pasa de diez y seis. En el medio de su semicírculo tiene una interrupcion de treinta palmos, donde

probablemente estaria la estátua, que representaba á la deidad ó númen titular del monumento.

En este pórtico están las puertas, para entrar y salir á la graderia, y acaso habria ocho y alguna otra para salir al monte. Este pórtico no daba vuelta á todo el semicírculo, sino que terminaba por uno y otro lado en las segundas escalerillas. Debajo de este pórtico hay otro mas angosto que tenia sus dos vomitorios al monte, con una anchura de siete palmos escasos, y tenia cuatro puertas que salian al tendido y otras dos á la orchêstra.

En el estremo izquierdo quedan restos ó paredones de una torre; y en el opuesto no queda nada. En el macizo que media entre ambos pórticos hay cuatro puertas de bóveda, las cuales desde varias alturas del monte y su cuesta conducian al tendido, viniendo á salir á la grada sexta de la tercera cávea.

En los frentes del semicírculo habia á cada parte dos puertas arqueadas y semicirculares, de las que quedan restos informes.

Por un lado y otro del semicírculo se entra por debajo de unas bóvedas solidísimas á los corredores, que conducian á los vomitorios ó salidas á la graderia: estos corredores ascendian por escalones abiertos en la peña, ó por una rampa suave. En el corredor de la izquierda se encuentran ciertos calabozos, que servirian como de rellano para facilitar el paso á los que entraban y salian: en el de la derecha ya no existe nada.

Tiene de particular el teatro Saguntino dos adiciones, una á cada estremo, las cuales en forma de conos truncados é inversos estaban unidos á la circunferencia del edificio. Parece que su objeto era asegurar el edificio de las avenidas del monte, desviando las aguas, como lo prueba el espesor de sus sólidos muros.

El diámetro de toda la obra es de 420 palmos, poco mas ó menos, segun el cálculo de Ortiz. D. Antonino Sancho, arquitecto provincial, midió su área, para calcular, con motivo del proyecto iniciado por el Escelentísimo

Sr. D.. Joaquin de Peralta, Gobernador de la Provincia, la estension del monumento y encontró que su frente es de 102 metros 60 centímetros.

Espuesto no solo á la accion destructora del tiempo, sino tambien á la ominosa ociosidad de la ignorancia, hubiera acabado de demolerse este precioso monumento, si no se hubiese llevado á efecto cuanto antes el cierre proyectado. La Real Academia de la Historia, avisada ya oportunamente y aceptando benévolamente mis observaciones, obtuvo del Gobierno de S. M. una Real órden, fecha 15 de Setiembre de 1858, para separar de la zona militar del castillo el célebre teatro, poniéndolo bajo la proteccion de la misma Academia. Comunicada la Real órden al Excmo. Sr. Capitan General de estos Reinos, y trasmitida al Gobernador de la fortaleza el coronel Don Juan Fernandez de Castro, persona ilustrada y cuya amabilidad se comunica á su preciosa familia, hizo formal entrega del teatro al Sr. D. Antonio Delgado y al humilde Cronista de este opúsculo, como representantes de la Academia de la Historia, el dia 27 de Abril de 1859, siendo testigos los recomendables y distinguidos señores D. Santiago Piñeiro, entonces brigadier gefe de Escuela del segundo departamento de Artillería, D. Fermin Lasala, D. Emilio Alcalá Galiano, Vizconde del Ponton, Diputados á Córtes, el Conde de Campomanes, D. José Galmés y Cubertorer, Diputado provincial por el distrito de Murviedro, los señores gefes y oficiales del Estado Mayor de la plaza, y D. Joaquin Fernandez del Corral, capitan del batallon provincial de Segorbe. La Real Academia de la Historia ha vigilado desde aquella época por la conservacion de este hermoso monumento y es de esperar que dentro de poco se deba á nuestra celosa Autoridad Superior de la Provincia y á la generosidad de la Excma. Diputacion Provincial la conservacion segura de estas ruinas, que es uno de los mas bellos trofeos de la historia artística de nuestro pais.

MEDALLAS DE SAGUNTO.

El laborioso escritor D. Juan Bautista Erro, á quien cito en otro lugar, pretendió probar que Sagunto no fue de fundacion griega, como lo aseguran todos los escritores antiguos y modernos, sino poblacion ibera, apoyándose en la significacion del nombre Sagunto. Segun este ilustre defensor de la lengua vasca, Sagunto es una voz corrompida de ***Zagunzo,*** que quiere decir, «ciudad situada en un alto, en que hay mucha abundancia de ratones» de ***zagu zaguba,*** que se pronuncia tambien ***chaguba*** suave, de ***uncia*** ú ***oncia,*** sitio abundante, y de la nota de elevacion ***o,*** que todo junto, quiere decir literalmente «de ratones abundante altura.» Respetando los conocimientos de este inteligente escritor, y siguiendo la opinion, hasta ahora no combatida, de los mas concienzudos historiadores de todos los tiempos, me permitiré hacer observar que no seria improbable, que los griegos de Sagunto, admitieran en su colonia á muchos iberos, con cuyas tribus habian de vivir y comerciar,

y que estos indígenas perpetuasen en su lengua natal la memoria de sus hechos y de sus personages. Acaso los griegos estrangeros, respetando á sus nuevos conciudadanos, adoptarian la lengua del pais, si se tiene en cuenta que no se conserva ninguna inscripcion en lengua helénica, al paso que son frecuentes en Sagunto las inscripciones ó desconocidas, ó ibéricas, ó escuaras, segun Erro. ¿No podria haber prevalecido el nombre, impuesto á la ciudad por los iberos indígenas, sin dejar por eso de tener un orígen puramente griego? Por mas importancia que exigiera la raza pelásgica ¿no es fácil suponer que á tan larga distancia de su metrópoli, rodeados de un pueblo hospitalario, pero bravísimo, habrian los estrangeros de adaptarse á las circunstancias de la localidad en que se establecian? Aun admitiendo la etimologia de Sagunto, segun la interpretacion de Erro, ¿no podia ser este nombre el que le dieran los indígenas, supuesto que se ignora el que recibió de los griegos? Dejo esta cuestion á las personas autorizadas, por sus especiales conocimientos, y vamos á dar una noticia de sus medallas.


Lám. 150.


Lám. 151.

Concha marina en el anverso, y en el reverso un delfin y debajo unos caractéres, que Erro lee de este modo: ZaGUNZ.

Los romanos, en todas las medallas latinas, que batieron en esta ciudad, conservaron su nombre en los mismos términos, que nos lo dá á conocer esta medalla, no grabando mas que SAGUNT, que el ilustrado maestro Flores creyó una abreviatura de SAGUNTum. El delfin indica la situacion marítima de la ciudad. (V. lám. 150.)

Moneda que representa una concha como en la anterior, en el reverso media nave, y debajo eRZE ERZE eR; leyendo de derecha á izquierda. Erro la traduce así: «Ciudad situada en la orilla orilla» esto es, «sobre la orilla misma del mar.» Si es exacta esta version, se puede deducir fácilmente, que el mar ha retrocedido bastante desde aquella época, acontecimiento que no está en contradiccion con las revoluciones sufridas en la cuenca del Mediterráneo. (V. lám. 151.)



Lám. 152.

Cabeza de Mercurio en el anverso con morrion alado, y delante en círculo esta leyenda: IaVN ZORLEMa.... En el reverso la nave, caduceo delante y debajo esta palabra: uReRZe. La primera leyenda dice, segun Erro, «Seño ó Dios del comercio» y la segunda «Ciudad de mar.» (V. lám. 152.)



Lám. 153.

Cabeza desnuda en el anverso, detrás caduceo, en el reverso un ginete corriendo con lanza, detrás de él una estrella y á los piés «uReRZE.» La cabeza representa, al parecer, la de alguno de los magistrados; la estrella la

primitiva religion de Sagunto, y la leyenda la situacion marítima del pueblo. (V. lám. 153.)



Lám. 154.


Lám. 155.

Concha marina de un lado, del otro un delfin, delante tres puntos, nota de medalla de tercera forma, debajo la conocida inscripcion uReRZE y encima A. N., que todo unido se lee «uReRZEAN» esto es, ciudad situada en la orilla del mar. (V. lám. 154.)

Concha marina en un lado. En él un delfin y debajo de él esta palabra: IZeRZE que, con la característica de apelativo es Izercea, quiere decir, pueblo situado ***muy á la orilla del mar***. (V. lám. 155.)

NOTICIA HISTÓRICA DE MURVIEDRO.

Cuando los bárbaros del Norte, á fuer de impetuoso torrente, inundaron la Europa meridional, sepultando en sus olas á los pueblos de raza latina, Sagunto fue hollada por los vándalos, vanguardia de los nuevos conquistadores, que vinieron á destrozar los penates romanos de Valencia. Hasta el reinado de Wamba, en el que se supone una division de los obispados de España, no se vuelve á mencionar á Sagunto (1). La crítica no admite, como auténtico de aquella época, el libro de donde se copió este documento, llamado el Ithacio, que se cree redactado en el siglo XII, en el que escribió su geografía Scheriff Ol'Edris, conocido por el Nubiense. Cualquiera que sea por otra parte la autenticidad de aquel documento, nos dá sin

(1) En la copia de que se valió D. Garcia de Loaisa, para incluir la misma division, en la coleccion de Concilios de España, se halla escrito así: «Valentia teneat de Silva (Chelva) usque *Mutetum.*»

embargo una noticia de la existencia de esta poblacion, que habia ya entonces perdido el nombre de Sagunto.

Si la voz Murviedro no tiene su orígen en la corrupcion de las dos voces latinas ***Muriveteres,*** murallas arruinadas ó simplemente ruinas, segun mi humilde opinion, confieso que no conozco la significacion genuina de este nombre, así como no he encontrado la época precisa, ni el personage que varió la denominacion. No parece verosímil tampoco que Sagunto fuera destruida, ni reedificada de nuevo; y es posible que el aumento de la poblacion de Valencia, y su importancia consiguiente, hiciera decrecer la de la célebre ciudad.

En la historia de la dominacion de los árabes de España, debida al infatigable celo de D. José Antonio Conde, se vé que cuando los árabes se posesionaron de España, el egército de Tarick, despues de rendida Zaragoza, se bajó por el Ebro y se apoderó de Tortuxa, ***Murbiter,*** Valencia, Xátiva y Denia. Esto dá á entender que estas ciudades debian ser las principales de toda esta region, que conservaban aun entonces la importancia de que gozaron en tiempo de los Romanos, Griegos y Cartagineses. Sagunto no habia perdido, pues, su antiguo renombre, pues en las guerras de aquellos tiempos se cita siempre esta ciudad, como una de las de primer órden, y sin duda por esta circunstancia la visitó Abderrahman III, octavo de los Califas de Córdoba en el año 305 de la Egira, ó 917 de la era cristiana. Segun el Nubiense, la parte oriental de la España mahometana se componia de los tres reinos de Valencia, Denia y Murcia, regidos por tres príncipes distintos. El de Valencia tenia cuatro divisiones ó distritos, eran ***Morbeter,*** Marbarbara, Alevaten y Albatge. En el de ***Morbeter,*** se comprendia Valencia, Murviedro y Burriana, y «Valencia, prosigue aquel autor, era una de las principales ciudades, edificada junto á un rio, que rendia grandes utilidades á sus moradores con el riego, que beneficia sus campos poblados de alquerías, huertos y jardines. Murviedro, sobre la costa, era una ciudad *populosa,* abundante de aguas

para el riego, llena de huertas plantadas de árboles frutales.» Segun este pasage del Nubiense, se viene en conocimiento que Murviedro no habia perdido nada de su pasado esplendor, y continuó siendo una de las ciudades principales de la Península, bajo los reinados tranquilos del octavo y noveno califas de Córdoba.

Abandonado Murviedro por los árabes, despues de la conquista de D. Jaime I de Aragon, y arrojados allende el Júcar, segun las bases de la capitulacion de Valencia, los muslimes, que no se resignaron á vivir sujetos á los conquistadores, multitud de los moradores mahometanos de la antigua Sagunto debieron pasar á Játiva, Denia y Gandia, para reunirse á sus correligionarios. D. Jaime procuró establecer en todos los puntos abandonados, el mayor número posible de pobladores; y para ello hizo grandes y aun exorbitantes donaciones, respetando tambien las propiedades de los árabes, que permanecieron tranquilos en sus hogares. Los conquistadores, por numerosos que fueran, no bastaron sin embargo para llenar el inmenso vacio, que dejaban los mahometanos, porque los bandas aventureras que seguian al rey de Aragon, no avezados todavía á la tranquilidad de la vida doméstica, prefirieron la existencia nómada de los guerreros de aquella época, esencialmente militar. No consta tampoco documento alguno oficial que indique si el rey D. Jaime hizo del territorio de Murviedro donacion alguna, reservándolo, por consiguiente, incorporado á la corona; y esta circunstancia contribuyó tal vez á la decadencia de Murviedro, porque los particulares, á quienes se hacia una donacion, procuraban al menos atraerse pobladores; y el rey, por el contrario, no podia dejar abandonados á unos pueblos, para atender á la vida de otros. Añádase á esta circunstancia, la no menos importante, de que desamparada la capital, hallaron en ella medios de subsistencia en las propiedades, donadas pródigamente, los que habian seguido al rey en su conquista; y será fácil suponer, que al principio del siglo XIII comenzó la decadencia y la despoblacion de Murviedro, en medio de

los recursos que le ofrecia su magnífica y variada naturaleza. Entonces presentaba efectivamente Murviedro un campo feracísimo; y era que el Serabis, ó vulgarmente Palancia, en el espacio de doce leguas que corre desde su nacimiento hasta el mar, no tenia que fecundar otros terrenos que los de Segobriga (Segorbe), bajando á Sagunto la suficiente para las necesidades de su agricultura; pues acaso se surtieron para el uso comun de otras aguas, conducidas á Sagunto por otros conductos, si se admite la hipótesis de que es obra suya la atrevida y admirable cortadura de un cerro, cerca de Chelva, llamada la peña cortada, y los restos de acueducto que se encuentran sobre el Turia.

Al verificarse, empero, la particion entre los pocos ó muchos nuevos pobladores, del vasto territorio, que se denominaban los *Campos saguntinos*, los que se establecieron á lo largo del Serabis ó Palancia procuraron aprovecharse de su humilde corriente, sin que los pocos habitantes que quedaban en la antigua Sagunto se fijaran en esta circunstancia, que con los tiempos habia de producir tantos y tan peligrosos conflictos. Las crecientes necesidades de cada época por una parte, y el progresivo, aunque lento, crecimiento de la poblacion por otra, les hicieron conocer, tarde tal vez, los graves perjuicios que les irrogaba el aumento del cultivo, y por consiguiente la mayor necesidad de aguas, que tenian los nuevos pueblos de las orillas del Serabis, y trataron de recobrar su antiguo derecho, suscitándose con este motivo profundas y enconadas cuestiones, que terminaron frecuentemente en lances, altamente deplorables. Durante muchos tiempos ha sido ésta una causa de honda perturbacion en este territorio, y yo mismo he intervenido en los medios de conciliacion por los años 1843, pudiendo asegurar que en los actuales moradores de Murviedro hallé una deferencia, una tolerancia y una buena fe, superiores á todo encarecimiento. Parece que la atmósfera que les rodea derrama todavía el espíritu leal y generoso de los antiguos fundadores.

La historia de Murviedro en la época árabe, de la

reconquista y de los tiempos modernos, merece una obra especial: basta ahora, pues, á nuestro objeto haber recogido las memorias diseminadas, para ofrecerlas á otra mano mas diestra, que pueda en su dia levantar un verdadero monumento literario á uno de los pueblos mas grandes de la antigüedad.

El trabajo, que damos por terminado, no es mas que una pobre ofrenda á la memoria de aquella raza de gigantes, de cuyos poderosos brazos se desprende el comienzo heróico de nuestra historia patria.

ÍNDICE.

